



¿Amor o casualidad?

Amanda Fowels



¿Amor o casualidad?

Amanda Fowels





¿Amor o casualidad?

Amanda Fowels

¿Amor o casualidad?

Amanda Fowels, 2023

Primera edición: octubre 2023

ISBN: 9798865863878

Portada: Sypdesign (@sypatrickdesign)



@amandafowelswriter



Amanda Fowels

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)

La escritura sana.
Para el amor de mi vida.
(Amanda Fowels)



Tu amor fue tan efímero como el frescor de una rosa recién cortada.

(Amanda Fowels)



PRÓLOGO

La vida da muchas vueltas y no somos conscientes de los caminos tan diferentes que se nos presentan. A veces sólo nos centramos en lo malo, en la negatividad y la asertividad, pero no nos damos cuenta de que los únicos que somos capaces de dirigir a dónde queremos que vaya nuestra vida somos nosotros mismos.

Es increíble cómo la mente humana es capaz de lograr sacarnos del pozo más profundo de la miseria donde nos encontremos.

En mi caso, nunca he tenido suerte. Todo lo que he conseguido, todo lo que soy hoy, es porque me lo he ganado con mi esfuerzo y dedicación. Todo. Hay personas a las que parece que les viene todo rodado y a otras que por más que se esfuerzan en conseguir sus sueños la vida no hace más que ponerles impedimentos y problemas, que ellos superan a base de luchar.

La lucha es dura, pero muy reconfortante cuando se consigue lo que quieres. Hace valorar más lo que se tiene, sobre todo cuando una vez lo has logrado, lo pierdes por hechos ajenos a ti.

Yo me incluyo en el segundo grupo, me considero una luchadora nata, una luchadora con mala suerte y a la que el universo le gusta poner a prueba.

Te voy a contar que a veces, y de vez en cuando, por muchos palos que se reciban existen momentos de recompensa y lo que vas a leer a continuación es una muestra de ello.



CAPÍTULO 1

AMOR

Sentí cómo algo se interponía entre mí y el sol radiante, interrumpiendo mi momento de relax. Prácticamente acababa de despertarme por el grito inhumano de una niña que jugaba en la playa demasiado cerca de mí. Odio los niños.

Estaba yo sumida en mi mundo de sueños feliz, sintiendo la brisa marina en la piel, el olor a salitre mezclado con la fritanga del chiringuito. Escuchando de lejos la música chillout y el rumor de las olas que chocaban contra las rocas cuando de repente aquella niña, hija de su bendita madre, tuvo a bien pasar a dos centímetros de mi cara, levantando la arena con sus piecillos y emitiendo un grito desgarrador como si la hubieran matado. Si la llego a pillar la que la mata soy yo.

Me incorporé de la posición que ya había acomodado en la dura arena, con cara de pocos amigos para ver quién me estaba tapando el sol.

—Hola, perdona —me dijo una voz masculina.

Abrí los ojos con esfuerzo y me puse una mano a modo de visera para enfocar mejor a contraluz. La sombra que tenía delante mío se agachó para ponerse a mi altura.

—No me interesa, gracias —respondí, seca, sin escuchar todavía lo que tenía que decirme, y volví a tumbarme en la toalla.

Él se rio, mostrando una sonrisa de anuncio y me fijé en que era bastante guapo. Seguramente sería uno de esos relaciones públicas que iba por la playa intentando convencer a las chicas con la oferta de dos por uno en bebidas o chupitos gratis, y para utilizarnos como reclamo de hombres en la discoteca.

—Es que te ha salido volando esto —dijo, sosteniendo la parte superior de mi bikini.

—¡Hostia! —exclamé, tapándome las tetas.

No me recordaba habérmelo quitado para que no me quedara marca en la espalda y quizá al haberme girado dormida se me había salido.

Alargué la mano y se lo arranqué sin delicadeza.

—Gracias.

Él se rio, se levantó y me saludó con la mano antes de marcharse.

—No hay de qué.

Me lo puse con rapidez antes de que alguien más me viera los pechos. No es que fuera una monja de la caridad, es decir algunas veces había hecho topless, pero en aquel momento no estaba yo muy orgullosa de mi cuerpo y no quería mostrarlo al mundo tan descaradamente.

Creo que me puse todavía más roja de lo que ya estaba por el efecto del sol y esperé que el chico no me lo notara, aunque en realidad poco importaba ya.

Miré alrededor y vi que casi no quedaba nadie. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo.

Tenía la boca seca y sentía que me empezaba a doler la cabeza. Me pareció que me había pasado con el sol y aquella noche me acordaría de la siestecita.

Me incorporé de nuevo y saqué el móvil de la mochila. Eran las tres.

—¡Mierda, he dormido más de dos horas! —dije en voz alta.

A veces hablaba sola. ¿Sabes lo que es que te la pele el mundo? Bueno pues más o menos en ese plan estaba yo.

Bebí un poco de agua para hidratarme, pero me dieron ganas de escupirla porque estaba ardiendo.

No supe en qué maravilloso momento se me había ocurrido bajar a la playa a las 12 de la mañana, olé, Amor, bravo.

Sí, me llamo Amor. Mis padres me querían mucho y me pusieron un nombre fácil de recordar para cualquier amante despistado.

“Sí, Amor, ahora voy.”

“Claro, Amor, como tú quieras.”

Y cosas así.

Me levanté con el esfuerzo y el arte de una jirafa recién nacida, y con la poca dignidad que me quedaba, recogí mis cosas y me dirigí al apartamento.

Había conseguido un hueco en primera fila, esperando, como el que va a aparcar, a que una pareja de jóvenes, que parecía había pasado allí la noche, se fueran seguramente a follar como conejos a su pensión barata.

Una punzada de dolor me atravesó al verlos besarse.

Hacía casi un año que mi pareja de “toda la vida” me había dado de lado, entre otros desprecios, cambiándome por un grupo de amigos que le utilizaban y le ponían en mi contra. Qué mala puede llegar a ser la gente, aquellos que se hacen llamar “amigos” y que critican a tu pareja porque ellos están solteros y no quieren compartirte con nadie.

Pues muy bien por él por destrozar una relación de más de 10 años de aquella manera. Como te puedes imaginar me sentó como una patada en la boca del estómago.

Lo pasé extremadamente mal por aquel sinvergüenza sin escrúpulos del que todavía seguía perdidamente enamorada.

Había decidido irme de la ciudad aprovechando que era un despojo social que había tenido las narices de dejar el trabajo, pero que todavía podía tener algo de tiempo para disfrutar de su, ya no tan expandida, juventud.

Necesitaba salir de casa de mis padres ya que mi vida allí se estaba convirtiendo en un auténtico infierno.

No dejaba de llorar todas las noches en cuanto tenía oportunidad de estar sola. Apenas dormía, empecé a comer por la ansiedad y engordé 5 kilos en menos de un mes.

Mi amiga Alex fue la que más me ayudó. Nos conocemos de toda la vida y fue ella la que me animó a que hiciera este viaje. De vez en cuando, me gustaba llamarla Pili, porque su familia es

de Zaragoza y se lo decía cuando quería picarle, ella también tenía un mote para mí.

—Lof (me llamaba ella) vete, aprovecha tú qué tienes tiempo y tírate a todo lo que pilles.

—Pili... lo que menos ganas tengo ahora mismo es de estar con un tío. Si veo un pene creo que se lo arranco pensando en “el cabrón de mierda” (me prohibí mencionar su nombre, como el de Voldemort. Si lo hacía le daba más importancia, así que me refería a él con calificativos poco amables, y ya era más de lo que se merecía.

—He dicho tirarte a todo lo que pilles, si no quieres no tienen por qué ser hombres. Igual a tus años descubres que lo que te van son dos buenas tetas. Quién sabe.

—No creo... pero no. Necesito irme para estar sola. Aislarme del mundo y hacer lo que me dé la gana sin preocuparme de si le molesta a alguien o no. A tomar por culo, estoy harta de tener que dar explicaciones a todo el mundo.

—Pues muy bien también. Chica, tú disfruta, y recuerda, hagas lo que hagas no te pongas bragas.

Solté una carcajada, ella siempre estaba pensando en el tema.

—Gracias Pili, te quiero —dije, dándole un abrazo, para su desgracia, ya que era igual de cariñosa que un cactus.

A lo que iba, recogí mis bártulos y caminé hasta mi coqueto apartamento.

Cuando llamé para reservarlo, el casero me preguntó cuatro o cinco veces si era para mi sola.

—Pero, es un apartamento para seis personas. ¿Solo vienes tú?

Me dieron ganas de contarle toda la historia para que me dejara en paz, pero inspiré para calmarme y le contesté por última vez con toda la educación del mundo que sí.

—Vale, vale. Tú misma. Mejor para mí.

No entiendo por qué los caseros ponen tantas pegas y preguntan tanto para alquilar. Pues preocúpate de cobrar y el resto qué te importa, digo yo...

El piso era una monada, tenía tres habitaciones para elegir y sin embargo las dos noches pasadas me había quedado dormida en el sofá del salón.

Si me metía en la cama empezaba a dar vueltas y me ponía nerviosa, así que mi única solución era ponerme a leer o escribir, o ver alguna serie, a poder ser lo menos romántica posible, hasta que me quedara dormida.

Por la mañana me despertaba por la luz que entraba por el ventanal, con dolor de cuello y de mala leche. Si lo que esperaba era poder dormir, me parecía que me equivoqué.

Llegué a mi nidito de amor para mí y mi misma, dejé la bolsa en el suelo para vaciarla después, y fui directa a la ducha para quitarme el salitre, la arena y el sudor mezclado con la crema.

La playa me encantaba, pero he de reconocer que es bastante marrana. Cada vez que iba volvía hecha unos zorros. Nunca había entendido cómo hacían aquellas chicas que siempre iban monísimas a la playa, con el pelo liso y perfecto y con el maquillaje perfecto...

En fin, así comenzó el que sería el viaje que cambiaría mi vida.



CAPÍTULO 2

SEBASTIAN

Estaba hasta los huevos de aquella situación, dicho claro, sin finuras. Llevaba saliendo con Marina cuatro años, pero ninguno de los dos queríamos una relación. Yo seguí con ella porque la chupaba muy bien y ella seguía conmigo por mi dinero, básicamente. Era un poco triste, pero ambos aceptamos aquel trato tácito.

Sabía de buena mano que ella había salido con otros chicos mientras estaba conmigo, pero yo también había estado con otras. Al final siempre regresábamos el uno a la otra y la otra al uno. Nos sentíamos cómodos así y no teníamos que darnos explicaciones. No obstante, había momentos en que agotaba mi paciencia.

Llevaba un tiempo en que compraba más de la cuenta y le recriminé que debía moderarse, porque la niña no tenía gustos baratos precisamente.

—O vienes o me compras los pendientes de Tiffany's —me amenazó.

Cometí el error de meterla como disponente en mi cuenta bancaria, así que ella podía gastar lo que quisiera.

—Joder, Marina. Deja de comportarte como una cría, por favor, que tienes 32 años.

—Yo solo digo lo que voy a hacer si no vienes, si te sienta mal es cosa tuya.

Se le había metido en la cabeza que fuera con ella a ver la prueba del vestido para la boda de su hermana. Ella era la dama de honor y querían hacerlo al estilo americano.

—Yo allí no pinto nada. ¿No puede ir tu madre o tu otra hermana?

—Ya sabes que ellas están ocupadas con Verónica. Es ella la estrella y nadie se acuerda de mí —dijo, haciendo un mohín arrugando la nariz.

Permanecí callado. En el fondo me daba un poco de pena.

—Por favor —suplicó a punto de llorar.

—Vale, iré —claudiqué, finalmente.

Se le olvidó toda la pena y se puso a darme besos...

Fui un poco gilipollas y pensé en que aquella noche debería salir con los tíos, quizá encontrara alguna jovencita guiri de fiesta de fin de curso y me la follara bajo la luna en la playa. Se me hacía la boca agua solo de pensarlo.



CAPÍTULO 3

AMOR

Me escocían los ojos de tanto llorar. Tuve que echarme las gotas de colirio para que se me calmaran un poco.

Lloraba con cualquier cosa, veía un paquete de pasta: lloraba porque me acordaba cuando preparábamos juntos los espaguetis, veía una botella de vino: lloraba porque me recordaba la cantidad de veces que nos tumbábamos a ver alguna serie y devorábamos una entera entre los dos. Veía un pájaro y lloraba porque me acordaba de nuestro pequeño canario...

Todo, absolutamente todo me recordaba a él y me estaba volviendo loca.

Había probado los psicólogos, pastillas, el tarot, le había hecho amarres, tuve un par de semanas locas de salir hasta las tantas con mis amigas e intentar ligarme a todo lo que pillara, pero creo que los tíos veían la desesperación y se alejaban.

Me descargué Tinder, pero no me duraban más de dos días, porque enseguida empezaba a hablarles del “innombrable” y huían, como es normal. Acabaría siendo monja de clausura a ese paso.

Le odiaba tanto por haberme dejado... El muy cabrón ni siquiera se despeinó al decírmelo. Parecía tan tranquilo, decidiendo por su cuenta que era mejor joderme la vida para él quedarse tranquilo. Puto egoísta de mierda (Se nota el odio latente que le tengo, ¿no?)

Como era prácticamente imposible el preparar algo de comer sin que acabara deshidratándome por las lágrimas, busqué en la App de comida a domicilio algo apetecible.

También lloré, porque era lo que solíamos hacer los fines de semana cuando nos quedábamos en casa en plan vago, antes de que empezara a decidir transformarse una persona completamente diferente a la que no le gustaba quedarse en casa. En fin...

Al menos comería algo más elaborado. Elegí un restaurante chino que tenía muy buena puntuación y añadí al pedido los platos típicos que solemos pedir todos al chino: cerdo agri dulce, pollo con almendras y ternera en salsa de ostras.

Estuve en china y te puedo asegurar que lo típico allí no es para nada eso, pero oye, está rico.

Mientras lo traían, me unté de crema *aftersun* por todo el cuerpo, sobre todo por el pecho que estaba rojo como un tomate.

Me puse la mano encima y al quitarla se me quedó la marca blanca. *Puff*, efectivamente aquella noche me iba a acordar de la siestecilla involuntaria.

Me miré al espejo y lo peor no era que pareciera Zoiberg de Futurama, sino que tenía toda la cara a ronchas, porque me había puesto el sombrero de paja encima y el sol caprichoso había entrado por los agujeritos, dejando mi cara marcada como un cuadro de puntillismo.

—*Puff*... ¡qué desastre!

En aquel momento sonó mi teléfono que estaba en el salón. Pensando que sería el repartidor diciéndome que se había caído de la moto y no llegaría a traerme la comida, sí, soy un poquito agorera, corrí como alma que lleva el diablo a por él.

Pero no, era Alex.

Respondí poniendo el altavoz porque imaginé que la llamada iba para largo.

—¡¡Lof!! ¿Cómo va mi perra preferida? ¿A cuántos te has follado ya?

—Y dale, que no he venido aquí para follar.

—Tía, estás en Mallorca, en plena temporada de guiris, tú sola, es imposible que ninguno se te haya acercado. A no ser que hayas desplegado tu repertorio de “el innombrable” y los hayas espantado. Pero con suerte el guiri no te entiende ni papa y le da igual —soltó.

Puse los ojos en blanco, desesperada.

—Pues no, solo se me acercan los puñeteros relaciones públicas para intentar convencerme de que su discoteca es la mejor del mundo.

—¿Y?

—Pues que no quiero sentirme utilizada como cebo de pesca para babosos, paso.

—Qué tía. Olvídale ya... ¿Acaso es peor sentirse cebo para tíos buenorros que sentirse una ama de casa amargada?

—Bueno, ahí tienes razón, pero no me siento con ganas...

—Al final tendré que ir yo a animarte, ya verás.

—Pues no estaría mal, aunque seguro que tú me llenabas el piso de tíos que se mean en la tapa del váter y conviertes el apartamento en un desfile internacional de hombres.

—*Mmm* —respondió con lascivia, imaginándolo.

—¿Quieres que te cuente la cagada de hoy?

—Cuenta, cuenta —respondió, intrigada.

—Me he quedado sobada en la playa tres horas. Y adivina...

Pulsé el botón de videollamada, porque una imagen vale más que mil palabras.

Me respondió la imagen de ella misma sentada en la taza del váter.

—Estoy cagando —dijo, mostrando una sonrisa a dientes completos.

—Eres una cerda.

—Y te encanta.

—Mira —dije acercándome a la ventana para que me iluminara la cara a ronchas.

—¡Tía! ¿Qué has hecho? Pareces un cuadro de Andy Warhol.

—Pues ya te digo, quedarme sobada...

—*Puff*, date bien de *aftersun* que luego eso te deja marca. Y tienes que mirarte eso del insomnio. No puedes seguir así.

—Yo quiero volver con él, joder. ¿Tú crees que si lo llamo a la vuelta del viaje...?

—No. No lo llares, Lof. Ese gilipollas no te merece. Tú vales mucho más.

—Pero le echo tanto de menos. No puedo hacer nada sin que me venga a la cabeza.

Se quedó callada, no sabía muy bien qué decirme.

—Bueno, date tiempo y ya verás como todo sale bien. Oye, en serio. Voy a mirar si puedo

irme para allí contigo algún día.

—Sí, sí. Vente. Ya ves que aquí hay sitio de sobra para ti y para tus ligues.

—No, tonta. Si voy es para estar contigo, por mucho que mi pepitilla me mate al ver a aquellos jamelgos y no poder hacer nada —puso cara de picarona.

—Vale, gracias, Alex.

Sonó entonces el timbre, anunciando la llegada de mi comida.

—¿Tienes visita? —preguntó, cotilla.

—Sí, de tres.

—¿Tres? Pero no me acabas de decir que no quieres saber nada... blablablá

—*Seh*.

Ella que ya me conoce, y yo que no sé mentir, lo pilló enseguida.

—¿Pizza jamón de york y queso? —preguntó contando tres con los dedos.

Me reí a carcajada limpia yendo hacia la puerta para abrir con el portero.

—*Nop*. Cerdo agridulce, pollo y ternera.

—¡Qué perra! Chino. Yo también quiero —dijo, sacando la lengua.

Escuché los pasos del repartidor en el rellano y llamó al timbre.

—Que aproveche, perra. Luego hablamos.

La despedí con un beso y colgué antes de abrir la puerta.

El chico, que no tendría más de quince años, llevaba el casco apoyado en las orejas y me entregó la bolsa de plástico con los típicos *tuppers* redondos con la comida.

—Gracias —dije, recogiendo.

—Que aproveche —me dijo antes de marcharse escalera abajo casi corriendo.

Envidiaba a los jóvenes con semejante energía. Yo que con 30 no era capaz ni de ir del salón de mi casa al baño sin ahogarme... y eso que había conseguido dejar de fumar.

Menos mal que no me dio por volver a hacerlo tras la ruptura, todavía mantenía un poco de autocontrol.

Dejé la bolsa encima de la mesita del salón y destapé los *tuppers* para que saliera el calor del infierno y se volviera algo comestible. Nunca he entendido cómo consiguen que esté tan caliente.

Mientras se enfriaba fui a la cocina para servirme una copita de vino blanco.

Al pasar por el espejo del pasillo vi mi reflejo y me asusté. Realmente parecía un cuadro. Entre mi pelo rubio alborotado por la humedad, mis ojos verdes y el rojo del quemado era realmente un espectáculo.

Me dieron ganas de llorar, pero acababa de parar así que estaba seca.

Normalmente solía quemarme cuando iba a la playa, mi tez blanquecina y mis rasgos me hacían parecer inglesa o algo así, pero esta vez me había pasado. En más de una ocasión me habían preguntado si era una estudiante de erasmus.

Me tiré, casi literalmente, en el sofá, cogí mi copita de vino y testeeé que la comida hubiera alcanzado una temperatura apta para un ser humano.

Encendí la tele y busqué alguna serie de Netflix para entretenerme. Sin querer fui a caer a una comedia romántica encubierta, por lo que... aún no había terminado la comida y ya estaba de nuevo llorando como una magdalena, al menos me refrescaba un poco las mejillas, pero no era plan...



CAPÍTULO 4

SEBASTIAN

Tenía ganas de hacer algo nuevo. Llevaba en Mallorca más de diez años y desde que llegué de mi Alemania natal, apenas había viajado.

Decidí quedarme tras unas vacaciones en las que acabé completamente enamorado de la isla, de sus playas, de su gente, de su comida y de su vida nocturna.

Empecé ganándome la vida como relaciones públicas de una discoteca. En verano se llenaba de compatriotas que llegaban con ganas de fiesta y desfogue, lo mismo que quería yo en aquel momento.

Mi trabajo consistía en acechar a chicas guapas en la playa y engatusarlas con ofertas en alcohol. Mi físico cuidado ayudaba a conseguirlo, y más de una vez había aprovechado para tirarme a alguna en los vestidores de la playa.

Una vez tenía a unas cuantas en el bote, me acercaba a los tíos, preferiblemente después de que me hubieran visto hablar con ellas, para convencerles de que estaría lleno de tías con las que podrían ligar. Por supuesto ellos pagaban entrada, ellas no.

El hombre es un ser básico “Uga,uga” Alcohol para unas, tetas para otros: negocio perfecto, y a mí me iba genial ya que trabajaba apenas unas horas al día, disfrutaba de la playa, entraba en la discoteca y bebía gratis y encima me daban algo de dinero para poder pagar el apartamento. Estaba fenomenal.

Cuando llegaba el invierno y el turismo descendía, daba clases de alemán en una academia.

Así poco a poco fui creando mi sede en aquel lugar, pero empezaba a cansarme de aquella rutina.

—Cariño, ¿puedes venir un momento? —me llamó Marina desde el salón.

A ella la conocí cuando trabajé de camarero en el bar de un hotel. Ella estaba estudiando hostelería y trabajaba de recepcionista para terminar sus prácticas.

Es guapa, está buena y tiene unas tetas que quitan el aliento... y ya está.

Como te he dicho, ambos hicimos un pacto no escrito en el que estábamos juntos por conveniencia.

No puede decirse que fuera un ricachón, pero no me iba mal y ella se aprovechaba un poco de

eso, aunque me venía bien tenerla en casa cuando volvía. Hacía que no me sintiera solo y al menos tuviera alguien con quien desahogarme. ¿Soy un egoísta? Puede, pero ella estaba conmigo porque así no tenía que vivir con sus padres. No pagaba un duro y prácticamente utilizaba mi tarjeta de crédito para sus caprichos.

Cuando terminó los estudios no la cogieron porque preferían aprovecharse de los pobres estudiantes que hacen prácticas para no tener que pagarles, y conseguir mano de obra gratis.

Hacía un par de meses consiguió trabajo de camarera en el bar de debajo de casa, pero solo de media jornada o cuando había picos de trabajo, por lo que pasaba la mayor parte del día en casa, de compras o en la esteticien.

Fui hacia el salón descalzo porque en verano me encantaba sentir el frescor del suelo en los pies desnudos.

—Mira, cielo —me dijo, enseñándome el móvil con la foto de un gatito.

Lo cogí y lo miré. Era de una protectora de animales.

—¿Y si lo adoptamos?

—No. Ni loco meto un gato en casa.

—Pero, cariño... Por favor, mira qué mono.

—He dicho que no, ni hablar.

—Cariño... —cambió su tono por uno amenazante.

—Marina, me tienes hasta los cojones con tus caprichos. Vale que te gastes el dinero en bolsos de mierda, en manicuras y en joyas, pero no quiero meter un gato en MI casa. He dicho que no y punto.

En un microsegundo su expresión pasó del odio más absoluto a la tristeza de un alma desgarrada por dentro.

Ya sabía lo que venía ahora. Lloraría como una niña caprichosa, después se metería en la habitación dando un portazo, se compraría algún monedero de un diseñador famoso que yo no conocía, pero del que se acordaría mi cuenta corriente, y después saldría, mansa y tranquilita a pedirme perdón. Me haría la mamada del siglo, yo la perdonaría, me la follaría en la cocina y como si no hubiera pasado nada.

Así era siempre, pero también, empezaba a cansarme.



CAPÍTULO 5

AMOR

Cuando me desperté casi no había sol. No recuerdo ni cuánto rato estuve durmiendo, pero por el rugir de mis tripas parecía que era la hora de cenar.

Me levanté del sofá con esfuerzo. Sentía cómo la piel me quemaba. Me toqué la frente y estaba ardiendo. Me miré las piernas y estaban rojas, en carne viva. Me escocía todo el cuerpo.

Miré el móvil: las diez de la noche.

—Joder... vivo de noche, duermo de día —exclamé.

Fui al baño y me asusté muchísimo. Aparte de estar roja como un cangrejo, me habían salido una serie de ampollas por el pecho y los hombros.

Me escocía muchísimo.

¿Qué hice? Lo mejor que puede hacer una hipocondríaca: buscar en Google.

Insolación, cáncer de piel...

Cogí el teléfono y llamé a Alex.

Ahora la que estaba alterada era yo.

—Tía, mira cómo estoy ¿Qué hago?

—¡Joder! Tienes que ir a urgencias. Eso no es normal.

—Ufff, me puede salir cáncer...

—Y a mí puede tocarme la lotería. Lof, por favor, no hagas el tonto y vete a que te miren. Igual te dan una pomada y ya, pero al menos te quedas más tranquila.

—Ojalá estuvieras aquí conmigo. Me canso de estar sola... Creo que he descubierto que ese es precisamente mi problema. No quiero estar sola.

—Ay, mi niña. Pues tengo buenas noticias, además. He mirado los vuelos y podría estar allí en dos días para pasar el fin de semana.

—¡Bien! Pues sí que son buenas noticias.

—Venga, ahora vete a urgencias y llámame cuando te digan algo.

—Te voy a hacer caso, sí. Te quiero.

Colgué con una sonrisa. Alex...Era imposible estar mal con ella.

Me metí en la ducha para intentar refrescarme un poco y creo que fue peor. Llevaba todo el

cuerpo en carne viva y el agua que caía sobre mi piel, casi se evaporaba al instante.

Busqué el hospital más cercano y cómo llegar, pero no había ninguna conexión de transporte público, así que me tocó sacarme un riñón para donárselo al taxista nocturno que me llevó.

Había una fila bastante considerable, sobre todo de guiris pasados de rosca con el alcohol o con golpes en la cabeza porque habían estado haciendo *balconing*. Siempre he pensado que hay que ser idiota por hacer eso. Menos mal que había pasado de moda, pero siempre quedaba algún gilipollas.

Si yo fuera enfermera... más de uno se iba peor de lo que había vuelto, por la somanta que le daba, por idiota. A quién se le ocurre.

En ese sentido tenía práctica con mis sobrinos. En mi casa siempre se decía: un cachete a tiempo soluciona años de terapia y pastillas.

Mis padres eran de la antigua escuela y el haber criado a cinco niños, les daba mucha sabiduría.

Yo era la pequeña de las cuatro niñas y mi hermano el mayor: el primogénito y preferido de mi abuelo.

Siempre pensamos que mi padre quería otro niño y por eso siguieron intentándolo hasta que les salió yo, medio marimacho, pero muy mujer, y se les fueron las ganas de seguir intentándolo.

Total, que llegó mi turno, tras varias horas de espera y de amagos falsos de ser atendida. El doctor de turno, que ya estaba harto de atender a los borrachos con la crisma medio abierta, ni se inmutó al ver mi color salmón.

—Insolación —dijo sin apenas levantar la cara del papel.

Escribió algo y se lo dio a la enfermera.

Pero ¿Cómo? ¿Así? ¿No me iba a preguntar lo típico de tienes fiebre, cuanto tiempo has estado al sol ni nada?

—Vuelve a la sala de espera y después te llamarán para que te inyecten esto. Te va a dejar KO durante varias horas. Compra en la farmacia estas pastillas y date esta crema —me dijo, extendiéndome una receta, casi sin mirarme—. Hasta luego.

Me quedé con cara de imbécil, pero no sé si porque había sido capaz de diagnosticar lo que tenía sin mirarme, o por pensar que era un vago de narices al ni siquiera levantarse de la silla.

Hice lo que me dijo y tas una media horilla me llamaron de nuevo para ponerme la inyección.

Yo tengo pánico, bueno pánico no, lo siguiente, a las agujas, pero estaba tan agotada y caliente, y no en el buen sentido, que en aquel momento habría hecho cualquier cosa.

Me subí la manga de la camiseta, con cuidado de no rozarme la piel, ya que hasta con el más mínimo soplido veía las estrellas y la chica procedió.

—Como te ha dicho el doctor, te va a dejar bastante atontada durante unas horas. ¿Has venido en coche? —preguntó antes de inyectar.

—No, en taxi.

—Vale, pues te recomiendo que cojas uno de los que están en la salida. Es bastante rápido en hacer efecto.

Me asustó un poco, madre mía, ¿qué me iba a inyectar, sedante de hipopótamos?

Parece que me leyó el pensamiento. Tengo un rostro muy expresivo.

—Tranquila, siempre se exagera por precaución —dijo, soltando una carcajada.

Me puso un algodón para el pinchazo y me dijo que podía marcharme.

—Que te mejores, y para otra vez ya sabes, llévate una sombrilla y mucho protector solar.

—Gracias —respondí como un niño al que acaban de echarle la bronca.

Al salir entré en el primer taxi y le indiqué la dirección del apartamento. Por suerte no estaba

muy lejos, pero tuve que donarle el otro riñón a este con lo que me cobró de la carrera. Me había salido cara la siestecita.

Empecé a encontrarme algo atontada. Estaba haciendo efecto la droga. Conseguí entrar en el piso y no exagero que casi me vino justo para echarme en el sofá.

Madre mía, en tres noches no había dormido ninguna en la cama, pero ese sofá y yo nos habíamos convertido en mejores compañeros.

Un par de minutos después, regresé a mi mundo feliz de los sueños.



CAPÍTULO 6

AMOR

No sabía ni dónde estaba cuando me despertó el rayo de sol que entraba por la ventana. Me dolía todo el cuerpo, me quedé frita tal cual caí en una postura de forma del muerto de las películas criminales.

Me levanté haciendo crujir huesos de mi cuerpo que ni siquiera sabía que tenía, y me dirigí al baño.

Aquello tenía mucha mejor pinta. Las ampollas se habían ido, dejando unas pequeñas marquitas blancas y el rojo ya había mutado a un marroncillo suave. Quizá hasta me pusiera con buen color y todo.

Miré el reloj tras asearme y eran las diez. Parecía que el efecto se había prolongado toda la noche.

Lo cierto fue que no me vino nada mal el haber podido dormir como una “persona normal”, me sentía con las pilas cargadas.

Busqué una farmacia para comprar las pastillas y la pomada y una vez localicé una cerca del apartamento, me encaminé hacia ella.

La chica al verme tan requemada me vendió un tarro de crema solar para pieles sensibles y otra de *aftersun* para evitar pelarme lo máximo posible. Total de broma: un ojo de la cara, ya que los riñones los perdí con los taxis.

Acababa de gastarme más en unas horas que en los tres días que llevaba allí.

Es verdad no te lo he dicho: soy una rancia.

Alex siempre se mete conmigo por eso, porque no me gusta gastar mucho. Prefiero hacer más cosas con el mismo dinero, aunque no sean tan de lujo. Con lo único con lo que no escatimé fue con el apartamento.

Ya que pensé que pasaría bastante tiempo dentro, al menos que estuviera bien.

Regresé tan contenta con mis pastillas y mi crema, siempre protegiéndome del sol, ya que me dijeron que al menos estuviera dos días sin que me diera mucho. Era jueves, así que al menos para cuando llegara Alex, podría ir con ella a la playa.

Alquilé el apartamento durante un mes, pero luego si me gustaba, me dijo el casero que podía tenerlo durante más semanas. Estaba bien tener aquella posibilidad, pero tenía el billete de vuelta cerrado, por lo que en principio no alargaría más mi estancia allí.

Escribí a Alex para decirle lo que me había pasado, ya que me empezaron a llegar las notificaciones de sus llamadas. Como me quedé dormida al llegar, no le dije nada.

Estaba trabajando, por lo que luego más tarde me llamaría.

Tras desayunar un poco de zumo y una tostada, me tomé las pastillas que sabían a rayos. Siempre he tenido un problema para tragarlas, por lo que o me las partía, o las masticaba, o si eran cápsulas las abría y me tomaba el contenido. Ya, lo sé, no está bien hacer eso, pero varias veces acabé vomitando, intentando tragarme una de esas cápsulas infernales.

Tenía miedo de que se me quedara atrapada en la garganta con aquel plástico que se hincha en contacto con el agua, y me muriera ahogada.

Me tumbé en el sofá, donde había pasado tantas horas que se había convertido en mi amigo. Debería ponerle nombre. Quizá Dumbo, porque era gris y tenía apoyabrazos enormes que podrían ser las orejas. En el lateral tenía una *chaiselong*, que podría ser la trompa. Era perfecto.

Bautizado quedas: Dumbo.

Sí, lo sé, parezco una loca, pero mi imaginación no tiene límites...

Cotilleé por Tiktok si había algún famosillo haciendo directos, pero no. Estaban todos durmiendo aún.

Me saltó un video de mi hermana Carmen, la mediana, estaba haciendo paracaidismo con su novio. Ella era la perfecta, la más guapa, lista, la que había conseguido todos los éxitos que nos había robado a los demás.

Fue la última en enterarse que lo habíamos dejado el innombrable y yo, porque tras hacerlo empezó a minarme la moral con sus comentarios peor que los de mamá: ¿Qué le has hecho al pobre chico? ¿Por qué siempre serás tan rara? Mucho te ha aguantado. A ver ahora a qué chico engañas para que te soporte con tu edad... blablablá.

La odio. Es mi hermana, pero la odio.

Sonia, sin embargo, la mayor, es la que más me entiende. Con ella me llevo cinco años, pero somos mucho más similares que Carmen y yo que nos llevamos a penas uno.

Mi hermano, Lucas, como te decía, es bastante desaparegado, me llevo con él nueve años y eso se nota, pero nunca se ha juntado mucho con nosotras. Quizá por la presión de mantener el orgullo del primogénito, yo qué sé.

Echaba de menos a Sonia. Nos fuimos juntas a Edimburgo cuando el innombrable me empezó a dejar de lado y me dijo que ella me apoyaría en todo. Se veía que estaba muy orgullosa de mí.

Ella al contrario que yo, es morena, con el pelo muy corto, casi a lo chico de tez oscura, ojos negros y muy bajita.

Parece mi hija en vez de mi hermana mayor. Es la más diferente físicamente entre nosotros. Carmen le chinchaba siempre diciéndole que era adoptada o fruto de una aventura de mamá con un mulato. Pero lo cierto era que la sonrisa la tenía igual que papá y que yo.

Ella también lo había pasado muy mal por amor. Tuvo un niño cuando era muy joven. El padre los abandonó al saberlo y nunca descubrió su paradero.

No ha tenido una vida fácil y sabe lo que es sufrir con la crianza de un hijo ella sola. Se marchó a vivir a Londres donde trabajaba en un centro comercial.

Lancé el móvil a la otra parte de Dumbo, con rabia, porque me estaban entrando las tentaciones de llamar al innombrable y no quería darle esa satisfacción.

Me puse algo de Netflix y miré qué tenía en la despensa para comer. Quizá me haría algo de

pasta o una ensalada de arroz.

Con la ansiedad me zampé los tres boles del chino. Tiempo atrás con eso me habría sobrado para toda la semana.

Me maravillo de cuánto es capaz de cambiar una persona a lo largo de su vida, sea por las circunstancias que la fuerzan o por el desarrollo de acontecimientos que nos hace ver las cosas de otra manera. Incluso el cuerpo es el primero que se revela contra ciertos principios.

Creo que la esencia de la persona siempre sigue siendo la misma, pero que, con el paso del tiempo, aprendemos a gestionar los problemas y las situaciones de manera diferente. *Ains* la vida.

Sumida en mis reflexiones filosóficas pasé el resto del día. Con todo lo que me ocurría, debía escribir un libro sobre mi vida.



CAPÍTULO 7

AMOR

Alex me llamó cuando estaba llegando a la estación para que me acercara a buscarla. Al fin y al cabo, Mallorca es una isla y las distancias son las que son, pero yo también lo pasé un poco mal con las conexiones, así que la pasé a recoger para venir juntas al apartamento.

Mi rojo cangrejo se había convertido en un hasta “casi” bonito bronceado, poco saludable, eso sí.

La esperé en la salida de la estación y enseguida la vi llegar, más bien la olí porque era inconfundible con los litros de colonia que se echaba encima.

Corrí hacia ella para abrazarla.

—Aagrr, ¡quita! —se quejó.

Odiaba los abrazos, pero cuando ella quería...

Me reí.

—Ay, ¡cuánto te quiero!

—Y yo, y yo. ¿Cómo vas? Parece que ya no se nota el rojo, ¿no?

—Mejor, mira. Ha mutado a moreno —le dije, bajándome la camiseta para enseñarle el pecho.

—Qué perra, te queda bien y todo —exclamó.

—Bueno, que llevo dos días encerrada por la bromita y a ver ahora qué consecuencias tiene esto para mí a la larga.

—A ver si aprendes.

—Venga, vamos que tengo hambre.

Le ayudé con las maletas. Siempre llevaba muchas cosas, aunque fuera para un fin de semana. Algunos viajes que habíamos hecho juntas, para tres días facturaba una maleta y yo iba con mil capas para no pagar el extra. Éramos un show, la noche y el día en muchas cosas, pero inseparables en otras.

Cuando llegamos al piso se quedó boquiabierta.

—Te gusta, ¿eh? —le dije, subiendo las cejas.

—Sí, sí. Está muy bien. Mejor de lo que se veía en el teléfono.

Corrió al balcón y abrió la puerta.

—Y encima ves el mar desde aquí. Esto es el paraíso tía. Espera —dijo, volviendo a por su móvil.

—¿Qué haces? —le pregunté, porque estaba tan acelerada que parecía que se había metido anfetetas.

—Le voy a decir al jefe que me despido. Me vengo aquí contigo.

—Ala tira —le dije, soltando una carcajada.

—Qué guay, qué guay. ¿Qué me has preparado para comer?

—Ahora verás.

Me encantaba la cocina y la verdad es que se me daba bastante bien. Ella por el contrario era negada. Siempre que salíamos de viaje en apartamentos me tocaba a mí hacer la comida.

Abrió la nevera como si estuviera en su casa y sacó la botella de vino.

—Así me gusta, que me tengas bien hidratada.

—Siempre. Las copas están ahí —indicué el armario del salón.

Sacó dos y las llenó con el magnífico líquido dorado y las preparó en la mesita con mucho arte para hacer sus fotos de postureo. Le encantaba.

Saqué una bolsa de patatas fritas para hacer un aperitivillo antes de comer.

—Bueno, ¿cómo estás? —me preguntó, recostándose en el sofá con la copa de vino.

—Pues... jodida. La verdad.

—Lof, este viaje es para ti, no deberías pensar en el innumerable. Que le den, tía. Tú vales mucho más que cualquier hombre.

—Lo sé, pero me cuesta mucho. Lo estoy intentando, pero todo me recuerda a él. Fueron muchos años y muchas vivencias. Y el que fuera el predilecto de mis padres tampoco ayuda. Ya sabes cómo se pusieron todos cuando les di la noticia. Además, el muy cabrón tuvo los huevos de enviarles una cesta de comida como despedida.

—¿Qué dices? Eso no lo sabía —dijo, soltando una carcajada—. ¡Hay que tenerlos gordos!

—Ya ves... Te puedes imaginar mi padre. “Era perfecto para ti, yo ya lo veía como el padre de mis nietos, menudo santo para aguantarte todos estos años. Y con lo que me ayudaba en la casa. Pues que sepas que intentaré quedar con él de vez en cuando. Las salidas en moto que hacíamos no las quiero perder, bla, bla, bla” Y ni hablar de mi madre, que ya era un hijo para él, le preparaba hasta los *tupper* para que se llevara al trabajo y se ponía a comentar con él la telenovela turca que ambos seguían... surrealista.

Se partía de la risa.

—Tu historia parece de telenovela.

—No te rías, que es verdad. Y lo estoy pasando muy mal. Estoy intentando controlarme mucho, pero me cuesta...

—*Ains*, mi niña. Esta noche nos vamos de juerga, te ligas un *buenorro* y verás como se te pasa la pena.

Me reí por no llorar, que eso ya lo había hecho bastante. Quizá tenía razón...

Miré en una de las discotecas más famosas para ver qué fiestas había y elegimos una de música urbana.

Hacía mucho tiempo que no salía. Cuando estaba con el innumerable él nunca quería hacer nada, todo lo contrario que hace ahora, por lo que nos quedábamos en casa o dábamos alguna vuelta por el barrio.

No me gustaba salir, me daba mucha pereza y prefería quedarme en casa con música y bebiendo, en vez de estar rodeada de críos borrachos que me hablaban en inglés.

—Me da un *perezón* enorme, pero lo hago por ti. Lo sabes ¿no?

—Lo sé. Pero te va a venir bien, ya verás. Tengo un pálpito.

—Ya sé yo lo que te palpita a ti, marrana —le dije, haciendo un gesto obsceno.

Nos reímos a carcajada limpia. Me encantaban estos momentos con Alex, me daban vida.

Bajamos a la playa un rato después de comer, cuando se había ido un poco el sol y nos tumbamos en la arena a leer y a charlar de nuestras cosas.

Se estaba muy bien, no hacía nada de frío ni calor y no había casi nadie. Me gustaba más ir a la playa por la tarde que por la mañana, sobre todo para ver los atardeceres.

A las ocho se empezó a marchar la gente. Qué pronto cenaban estos guiris, nunca lo entenderé.

Me recordó a mis tiempos de instituto cuando íbamos de viaje a la playa y lo único que hacíamos era salir de fiesta y tomar el sol.

—Venga, ahora te toca hacer la cena a ti —le dije a Alex, tirándome en el sofá.

—Joee —se quejó, abriendo la nevera.

—Tienes una pizza —dije, con una media sonrisa.

—Pero primero aperitivo —dijo, sacando la botella de vino.

—No, primero ducha.

Me sentía pegajosa del salitre y la crema, pero después de salir del agua me quedé como nueva.

—Ahora ya hacemos lo que tú quieras.

—Uhh, ¿segura? —preguntó, picarona.

Me reí y la esperé en el salón mirando el móvil mientras se duchaba.

Tuve tentaciones de mirar la foto del innombrable... y caí. Le miré. Todavía tenía la misma que le había hecho yo años atrás. Estaba guapísimo, la verdad, me quedé mirándola perdida en sus ojos.

En esas me pilló Alex cuando salió con la toalla turbante en la cabeza.

—Eh, eh, eh. ¿Qué haces? Dame eso —me dijo, quitándome el móvil de las manos.

Me tiré en el sofá con dramatismo.

—Porque sé que si lo hago no me hablas en la vida, pero si no te borraba el contacto.

—Te mato, sí.

—Tía, pero no puedes seguir así... ¿Habéis probado a hablar?

—Pues es que ya no sé si lo mejor es hablarle o esperar a que salga de él. Quiero darle espacio, pero me está costando mucho.

—Pues disfruta de este tiempo, no te preocupes y cuando vuelvas, habláis. Pero no te puedes estar amargando en silencio porque no vas a conseguir nada.

—Ya... Tienes razón. Gracias Alex, menos mal que estás aquí.

—Venga, ahora a beber para olvidar y a ponerte guapa para esta noche.

Pusimos música para entonarnos y nos arreglamos, pintadas como puertas.

De normal no solía maquillarme mucho, pero Alex era una experta y siempre conseguía que me pusiera incluso algo de sombra de ojos.

Sobre las once y media salimos del apartamento en busca de un taxi para ir a la zona de fiesta.

En la puerta de la discoteca había muchísima gente, sobre todo jóvenes en grupos y me sentí demasiado mayor.

—Puff, Pili, ¿esto qué es, una guardería?

—Eso parece —dijo, arrugando el labio.

—¿Y si nos vamos? —propuse.

—Espera, voy a preguntar a ver si va a ser así toda la noche o es que hemos llegado demasiado pronto —dijo, indicando al portero de seguridad.

La esperé en medio de aquella marabunta de niñas con minifaldas y críos con “la seta en la cabeza”, como le llamaba yo a ese peinado, y los pantalones pitillos enseñando el tobillo.

No acababa de entender cómo se distinguían entre ellos, porque me parecía estar borracha y ver triple. Eran todos iguales.

Tras unos minutos que se me hicieron eternos, regresó con una sonrisa en los labios y un papel en la mano.

Intenté mirarlo a ver qué ponía.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho?

—Ah, no, esto es el teléfono del *buenorro* ese, me ha dicho que es así toda la noche porque cuando hay fiesta de “mayores” es el sábado.

—Joder, y ¿no te ha dicho dónde podemos ir?

—Al bingo —respondió.

—Ja, ja, muy graciosa —dije con sorna.

—*Naaah*, me ha dicho que aquí al lado hay un pub donde se puede tomar algo y que también ponen música. Está en una terraza con vistas al mar.

—Ah pues sí, mucho mejor. Porque la verdad es que solo de pensar en meterme en ese antro rodeada de gente, empujones y calor... Deja, deja. Mejor a la terracita de *tranquis* —respondí, haciendo el gesto de pija con la mano.

—¡Go! —respondió, pizpireta.

Aquello ya estaba mucho mejor, el portero descolgó la bandita de terciopelo rojo que mantenía cerrada la entrada para dejarnos pasar.

—Señoritas, por favor —nos indicó el guapo portero.

—Esto está mejor —le dije, animándome al ver gente de nuestra edad.

Nos dirigimos a una de las mesas que estaban en la terraza y pedimos dos gintonics.

—Como las *agüelas* —dijo Alex.

—Pues sí, pero con estilo.

Chocamos nuestras copas brindando por nosotras y por aquella noche.

Bebí un trago del elixir transparente y cerré los ojos para saborear el momento.

Me encantaban esas noches de verano en las que no hace ni frío ni calor, huele a mar, a perfume y a vacaciones.

Recuerdo cuando viajaba con el innombrable y paseábamos por la playa de noche, cogidos de la mano y besándonos bajo la luz de la luna.

No sé cuánto tiempo estuve perdida en aquel pensamiento porque Alex me llamó la atención enfadada.

—¡Eh! Vuelve de tu mundo de yupi, que estoy aquí.

—Perdón.

Puso los ojos en blanco, no le hizo falta preguntar para saber lo que estaba pensando.

—¿Has visto ese jamelgo de allí? No te quita ojo —dijo, indicando a uno de los camareros que estaba en la barra.

Me giré sin mucha discreción, y era verdad, estaba mirándonos.

—Ostras, me suena un poco. Se parece a Channing Tatum.

Alex se rio.

—Sí, ya y yo soy Rita Ora, no te fastidia.

—No sé. Me suena de algo, pero no sé de qué.

Me giré de nuevo hacia Alex y me dediqué de lleno a degustar mi gintonic.



CAPÍTULO 8

SEBASTIAN

Aquel verano estaba siendo un poco flojo. Desde que entró en vigor la ley de la limitación de las bebidas alcohólicas en los “todo incluido” muchos extranjeros preferían viajar a otros lugares que lo incluyeran, por tanto, la afluencia turística bajó considerablemente.

Hablé con el propietario de la discoteca para la que trabajaba de relaciones públicas para ver si tenían algo más de trabajo de camarero.

Me dijeron que podía hacer de apoyo en la terraza contigua ya que en aquel periodo no daban abasto.

Desde que vivía con Marina, mis gastos se habían incrementado y aunque intentaba limitarle sus caprichos, ella solía hacer lo que le daba la gana. Pero no me importaba trabajar, me entretenía y me gustaba, por lo que no suponía un problema para mí.

Cuando le comenté que quería buscar trabajo empezó su retahíla de “nunca estás conmigo” “no tienes tiempo para mí” “hace mucho que no hacemos nada juntos” etc. Pero cuando le dije que me pagarían el doble que, de relaciones públicas, se le pasó todo el berrinche. No había conocido a una mujer más interesada en el dinero que ella.

Aquella noche había mucha gente, eran casi todo parejas o amigas que iban a tomar algo. Nada que ver con el ambiente juvenil y fiestero de la discoteca. Yo prefería el bullicio, pero es verdad que de vez en cuando algo de relax no venía mal.

Estaba sirviendo un cóctel a una chica muy guapa que esperaba al otro lado de la barra cuando entraron dos chicas. Me quedé mirando a una de ellas, rubita de ojos verdes. Me sonaba mucho su cara y no sabía de qué.

En aquel momento su amiga pareció decirle algo y ella se giró para mirarme. Entonces la reconocí, era la chica que estaba en tetas en la playa.

Sonreí. Me hizo gracia ver la parte del bikini por ahí tirada, girarme y verla espatarrada con las tetas al aire, muy bonitas, por cierto. Seguro que se le había escapado.

Cuando terminé de servir el coctel sonreí a la chica y salí para dirigirme a su mesa con un cuenco de patatas para picar con la excusa de acercarme.

—Hola, chicas. Aquí os dejo un snack —dije con mi mejor sonrisa.

Ella me escudriñó, analizándome. Estaba seguro de que estaba intentando recordar de qué me conocía.

Me pareció todavía más guapa de cerca, tenía un no sé qué especial que me atraía bastante.

—Gracias —respondió la amiga, haciéndome ojitos.

Ella no dijo nada. Se limitó a apartar la mirada de mí y a sacar el móvil.

Le hice un gesto a la amiga y me marché.

Muy interesante... Tenía que conseguir el teléfono de esa chica.



CAPÍTULO 9

AMOR

—*Bua*, pues sí que está bueno, sí —dijo Alex, haciendo alusión al camarero que no dejaba de mirarme.

—No está mal —respondí sin mucho entusiasmo.

—Pero que ¡no deja de mirarte! Tía, acércate y pídele el teléfono, que has *ligao* —me dijo emocionada.

—¡Qué dices! Deja, deja... yo no quiero saber nada, además ahora te tengo a ti aquí, no me hace falta ningún tío, *grrr* —le dije tocándole la mano y mirándole con lascivia.

Soltó una carcajada que hizo que se giraran los de la mesa de al lado.

—Mira que eres payasa. Yo te quiero mucho pero no puedo darte lo que tiene ese morenazo entre las piernas.

—Y tú qué sabes. Igual tiene un micropene o algo así.

—Se le marca todo...

—Se ha podido meter un calcetín.

—Pues habrá que comprobarlo, ¿no? —me dio un codazo mientras alzaba las cejas.

Cambiamos de tema y cuando nos quedamos sin bebida, antes de que pidiéramos otra, regresó el camarero con dos copas.

—No, no hemos pedido nada —le dije.

—A estas invita la casa —dijo con una sonrisa de anuncio.

—Anda, muchas gracias. Podrías darnos tu teléfono para agradecértelo —inquirió Alex, con mirada pícara.

La miré abriendo mucho los ojos, haciendo el gesto de “cállate”, pero pasó de mí.

Ante mi asombro, el camarero sacó la libreta del delantal y garabateó su número que entregó a Alex con soltura.

—Aquí tienes, aunque no tenéis nada que agradecerme, quizá podríamos tomar la última cuando acabe mi turno.

—Yo creo que me iré pronto —salté.

—No le hagas caso. El otro día le dio una insolación y la dejó todavía más atontada —dijo

Alex.

Al mencionar la insolación se me iluminó la mente. ¡Era el tío del sujetador en la playa! ¡El que me vio en tetas!

Me giré como un resorte para mirarle.

—¡Así que eras tú! —le dije en un tono más alto de lo que me habría gustado.

Él sonrió con la superioridad de quien sabe algo que tú no.

—Yes —contestó—. ¿Cómo llevas las quemaduras?

—Bien, gracias. Ya estoy mejor.

Alex permaneció en silencio, mirándonos como si fuéramos la pelota en un partido de tenis.

La chica de dos mesas más lejos, le hizo una seña para que fuera a atenderles y tuvo que excusarse para tomarle nota.

Cuando pasó de nuevo por nuestra mesa, me guiñó un ojo y yo sonreí, no sé por qué.

—Ehm... ¿Me puedes decir qué acaba de pasar aquí? —preguntó Alex, emocionada.

—No sé... —respondí con sinceridad.

—Lof, ese tío está buenísimo y no hay más que ver cómo te mira. ¡Aquí hay tema, pero vamos! —dijo, imitando al señor Cuesta de la que se avecina.

Me sentí como una quinceañera cuando se acercaba a hablarte el chico más guapo de la clase.

El chaval no estaba nada mal, pero enseguida me ensombreció el sentimiento de culpa por el innombrable. Alex me lo vio.

—Eres tonta, tía. Ni se te ocurra ponerte así, que eso es un repelente para los tíos. Tú piensa que él se habrá estado follando a otras sin remordimiento ninguno, ¡haz tú lo mismo!

No había nadie como ella para subirme la moral.

Tras nuestra segunda copa, el alcohol empezó a hacer mella en mí y me animé mucho más.

—¡Esta canción me encanta! —le grité, esperando no aparentar estar demasiado borracha, aunque tenía esa sensación en la que sabes que lo que te imaginas y lo que sucede de verdad, no corresponde.

Cogí de la mano a Alex y le hice levantarse para perrear con ella al lado de nuestra mesa.

Estaba desinhibida completamente, y no me di cuenta de que un par de ojos verdes me observaban divertidos desde detrás de la barra.

¿Qué significaba aquello?



CAPÍTULO 10

AMOR

No sé si te lo había dicho alguien, pero las resacas después de los treinta son lo peor del mundo.

No recuerdo muy bien lo que pasó después de aquella copa, porque tengo flases borrosos de Alex y yo bailando y después montadas en un taxi, yo vomitando en unos setos, abrazada a la taza del váter y después tirándome en la cama.

Me incorporé con esfuerzo sobrehumano.

Me iba a explotar la cabeza y sentía como si me hubiera atropellado un camión.

Todavía me daba vueltas todo. Odio esa sensación de mareo.

Me sorprendió verme con el pijama puesto, porque dudaba mucho que yo sola hubiera sido capaz de ponérmelo.

Al hacer ruido al levantarme, escuché los pasos de Alex hacia mi habitación.

—¡Buenos días, Lof! ¿Cómo te encuentras?

—Pff, hola. ¿Qué pasó anoche? —pregunté con la voz pastosa.

—Bua, nos montamos una orgía, un fiestón. Justo ahora se acaban de marchar los tíos.

—¡Venga ya! —protesté.

—A ver, queda mucho mejor que te diga eso que la realidad —dijo, soltando una carcajada.

—No me asustes. ¿qué hice?

—Tú... bueno... ¿No te acuerdas de nada?

—Tengo flashes... Tú y yo bebiendo, bailando, en el taxi, vomitando...

—Bueno, pues tan mal no ibas entonces. Y ¿no recuerdas nada más?

Intenté hacer memoria, pero no me acordaba de nada y me dolía muchísimo la cabeza.

—A ver, voy a empezar por el principio. Fuimos a la discoteca, pero estaba llena de críos, entonces yo conseguí el teléfono de un segurata buenísimo y la indicación para poder tomar algo en una terraza cercana. Allí nos pedimos dos gintonic y había uno de los camareros que no te quitaba ojo... después se acercó y os pusisteis hablar porque resulta que....

—Ah, joder. El tío de la playa —le interrumpí.

—¡Bingo!

—Buff, no me digas que hice el ridículo, por favor.

—No, más bien huiste de él, así que tranquila... No se enteró de nada.

Me eché las manos a la cara, avergonzada.

—Madre mía, no vuelvo a beber —dije, negando con la cabeza.

—Eso dices siempre.

Me dirigí al baño, avergonzada. Todavía me daba todo vueltas. Es una sensación muy desagradable que no te la recomiendo si no la has sentido.

Me miré al espejo, tenía una cara horrible, pero gracias a Alex, que me debió desmaquillar, al menos no llevaba el rímel corrido como si fuera un oso panda.

—¡Oye! Mil gracias por adecentarme, ¿eh? —le grité desde el baño.

Se acercó.

—No hay de qué, es lo menos que podía hacer.

—*Ohhhh*. Te quiero —le dije con una sonrisa.

Hice ademán de darle un abrazo, pero salió corriendo.

Solté una carcajada, ella y sus problemas de contacto físico. Lo que nunca he entendido es cómo hace para querer estar siempre con el tema si luego no se le puede ni tocar el brazo.

Desde el baño escuché un estruendo y me asomé para ver qué pasaba. Me la encontré a mitad de pasillo encanada de la risa y entonces comprendí lo que había sido ese ruido.

—¡¡¡Piliiii, qué cerda!!! ¡Menudo pedo te has cascado, guarra! —le grité, sin poder aguantarme la risa.

Éramos geniales, porque nadie se podía imaginar cuando nos veían arregladitas nuestra “afición por los pedos” Nuestros chats de Instagram estaban llenos de videos graciosos del tema.

Sin poder parar de reírme me arreglé un poco y fui a la cocina, donde ya tenía preparados dos platos con el desayuno y dos vasos con agua y un ibuprofeno. Me reí.

—Eres la madre que todo hijo quiere, aunque un poco marrana —le dije, mandándole un beso por el aire.

—Anda toma, come algo y drógate que tenemos que hablar del tío ese...

—¿Qué quieres que te diga?

—Hombre, pues qué te pasa con él. Que le rehúyes como si fuera el demonio. El chico solo quiso ser amable.

—Alex, me vio en tetas en la playa. Creo que es normal que me de vergüenza ¿no?

—Me da que ese tío ha visto muchas más tetas que las tuyas...

—Pues por eso. Más a mi favor.

—Pero ¿tú has visto cómo te miraba?

—Pues como alguien que sirve al público, con amabilidad.

Alex soltó una carcajada.

—Ya claro, yo también era clienta y a mí no me miraba así.

Me encogí de hombros.

—No sé, qué quieres que te diga.

—Que me digas no, que hagas —dijo, buscando algo en su bolso.

Me extendió un papel.

—Llámale y le dices que nos vemos esta noche —me ordenó.

—Ni de coña.

—Bueno, pues si no lo haces tú, lo haré yo —dijo, marcando el número en su móvil.

—Pero si ni siquiera sabes cómo se llama —le dije, echándome las manos a la cara.

—Como si eso importara.

Se llevó el móvil a la oreja y me hizo un gesto para que me callara.

Escuché una voz grave al otro lado del teléfono.

—¡Hola! Te llamo porque me diste tu número anoche, ayer estuvimos en el Pub mi amiga y yo. ¿Te acuerdas de nosotras? —preguntó con voz emocionada—. Sí, sí, la de la playa —asintió con la cabeza mientras sonreía—. Sí, era para quedar contigo esta noche, a tomar algo y estar más rato del que estuvimos ayer...Ya... sí... vale, no hay problema.... Sí, te esperamos.... Genial. Vale, nos vemos luego. Un besito.

Colgó y dejó el móvil encima de la mesa. Como si fuera una quinceañera, se puso a dar palmaditas.

—¿Qué te ha dicho, loca?

—Nos invita a una copa en el bar y cuando acabe su turno nos vamos a tomar algo.

Me golpeé la frente.

—¿Por qué? —pregunté, exasperada.

—Porque ese tío está como un tren. Porque tú necesitas follar y porque tiene pinta de ser un verdadero *fucker*.

Lo pienso un momento y bueno, puede que tenga razón. Intento apartarme de la cabeza el sentimiento de culpabilidad que me invade por fantasear con follarme a otro. Tengo que empezar a pensar en mí.

Todavía se me revuelve el estómago al recordar cómo tras haberle dicho al innombrable que estaba rota y que le echaba de menos, me dijo impasible que me buscara un psicólogo. Maldito hijo de la gran puta....

—Vale, pues tienes razón —contesté, emocionada.

—¡Esa es mi Lof! —gritó, dando saltitos.

Enseguida empezamos a pensar en qué modelito nos pondríamos.

No sé qué me dio, pero me hacía mucha ilusión salir. A veces creía que estaba loca.

¿Prometía aquella noche?



CAPÍTULO 11

SEBASTIAN

En cuanto me llamó esa chica, supe que había hecho bien en entregarle el número de teléfono.

Cuando lo hice me arrepentí. Aquella tía no era nadie, seguramente me había confundido al verle las tetas, por lo que quedaría en un calentón y ya está, me repriminé el haber sido tan atrevido. Lo que sí es cierto es que se me movió algo por dentro cuando la vi, quizá era por aquella manera de pasar de mí.

Sabía que la que llamaba era la amiga, que tampoco estaba nada mal, en aquel instante me imaginé haciendo un trío con las dos (lo sé, estoy enfermo), pero la otra tenía un no sé qué especial. No sabría decirte.

Por la noche debía trabajar en el pub de nuevo, por lo que le propuse que se pasaran a tomar algo, y cuando acabara el turno las llevaría a otro de los locales para los que trabajé de relaciones públicas.

Estaba... *mmm* ¿nervioso?

—Cariño, ¿puedes venir un momento? —me llamó Marina, sacándome de mi ensoñación.

Por un momento me olvidé completamente de ella, fue como si no existiera.

Fui arrastrando los pies, sin muchas ganas.

—¿Cuál te gusta más, este o este? —me preguntó, enseñándome dos vestidos de gala.

—¿Para qué?

—Me ha surgido un evento, de los que suelo hacer de vez en cuando para promo y tal. Es esta noche, pero no sé cuál ponerme. ¿A ti cuál te gusta más?

—Ese —señalé uno al azar.

—¿Este? ¿No será demasiado escotado?

—Pues el otro, entonces —me encogí de hombros.

—¡Así no me ayudas! —protestó, poniendo morritos.

Me di media vuelta y me fui, dejándola con un palmo de narices.

Sé que gritó algo del tipo “Estoy harta de que no me tengas en cuenta, blablablá”, pero no me quedé para comprobarlo.

Salí a la calle, no tenía ganas de estar encerrado en casa. Mis pies pusieron rumbo hacia la playa, no sé muy bien por qué, pero siempre acabo yendo allí, es como un lugar en el que me siento seguro.

Fue aquello lo que me hizo enamorarme de la isla, pero ahora no sé por qué sentía que no era suficiente.

¿Alguna vez has tenido esa sensación de estar en un sitio maravilloso, pero no sentirte pleno?

Eso me ocurría a mí, creía que lo tenía todo, pero no me estaba dando cuenta de que me faltaban muchas cosas.



CAPÍTULO 12

AMOR

Me quedé dormida. Sí, otra vez me quedé dormida en la playa.

Menos mal que en aquella ocasión estaba Alex para echarme cremita y ponerme el sombrero en la cara.

Me desperté con la sensación de haber viajado en el tiempo y espacio. No sabía ni dónde estaba ni qué día era.

—Platón llamando a Júpiter —dijo Alex cuando me incorporé entrecerrando los ojos para que no me dolieran por el sol.

—¿Qué hora es? ¿Dónde estamos? ¿De dónde venimos? ¿Cómo me llamo? ¿Qué hago aquí? —pregunté sin parar.

Ella soltó una carcajada.

—Menos mal que esta vez no se te ha soltado el bikini, ya tengo bastante con verte las tetas en casa como para sufrir el bochorno de que la gente te mire.

Como acto reflejo me toqué para ver si era cierto.

—Ja, ja —le respondí con sorna.

—Eres un *show*. No me extraña que el *buenorro* se te acercara.

—¿Pooooooooor? —pregunté con ese tono que tanto la enervaba.

—Porque estás encorvada, roncas, haces ruidos, te echas pedos y encima te espatarras. No tienes filtro hija.

Solté una carcajada. De las buenas, de las que salen de dentro.

—Ainss, madre mía.

—Qué paciencia me ha dado Dios para aguantarte.

—Sabes que me quieres.... —dije, aleteando mis pestañas.

—Pues sí —admitió.

Hice ademán de acercarme a darle un abrazo.

—Ni se te ocurra —me paró, haciendo un stop con la mano.

Volví a reírme. Si no fuera por aquellos momentos tan nuestros...

Nos untamos bien de crema y paseamos un ratito por la orilla, hablando de todo un poco y de

nada en concreto.

Me volvió a venir a la mente el innombrable. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría de vacaciones?

Me dolió que volviera a aparecer por mi cabeza, pero era algo casi reflejo. ¿Cómo se curaba eso? A veces me encantaría que me hicieran una lobotomía para olvidarme de que existió, pero no, soy masoca y por el contrario lo que hago es alimentar más mi dolor, mirando nuestras fotos y eso...

—Ehhhhh, ¡baja! —me regañó Alex, y con razón.

—Estoy, estoy —me excusé.

—Ains... A ver si te tiras ya al buenorro y se te va el gilipollas ese de la cabeza.

—No se me va a ir, lo sabes, ¿no?

—Bueno... con ese jamelgo a mí se me irían hasta los dolores de regla.

—Tampoco está tan bueno... Además, tiene los ojos verdes, no hay que fiarse de los ojos verdes.

—Pues de los azules se ve que tampoco —me dijo, dándome una buena hostia mental (el innombrable los tenía azules)

—Touché.

Cuando se empezó a ir el sol decidimos marcharnos al apartamento para cenar y empezar a prepararnos.

De camino compramos una botella de vino blanco que metimos en el congelador mientras nos duchábamos.

—Qué bien me cocina mi niña —le aplaudí, saboreando el sushi que habíamos comprado en el supermercado.

—Todo lo que quiera mi reina —dijo, lanzándome un beso.

En alguna ocasión habíamos probado a hacerlo casero, y no estaba malo, pero tardábamos mucho en cocer el arroz y la variedad no era mucha.

—Bueno, ¡a vestirse! —dijo, apoyando la copa de vino en la mesa.

—Puff, me está dando una pereza...

—No, no, de eso nada. Aún tenemos tiempo, pero quiero que te maquilles como una puerta y te pongas tus mejores galas, vamos a salir a darlo todo.

Puse los ojos en blanco y cogí la copa para terminar el vino que me quedaba.

Había goteado un poco y la base estaba mojada. Al separarla hizo un sonido muy particular como un “*plup*”. Imagínatelo. Pues adivina lo que se me vino a la mente: cuando el innombrable me daba besitos sonoros, durante horas. Eso. Justamente eso. En aquél preciso instante se me volvió a venir a la mente. Mierda.

Menos mal que Alex ya se había ido al baño y no me vio.

Me acabé el vino y dejé la copa en la mesa como si quemara. Le odié, le odié muchísimo por todo.

Sacudí la cabeza y me puse la careta de nuevo, dispuesta a darlo todo aquella noche. Al fin y al cabo, estar amargada no iba a cambiar nada, ¿no?

Nos maquillamos escuchando flamenquito y reguetón, moviendo el culo al ritmo del perreo. A Alex le encantaba esa música y la verdad es que contagiaba su entusiasmo. Algunas veces escuchaba esas canciones para recordar nuestros momentos de locura.

Ains, Alex, cuánto la quiero.

Una vez estuvimos lo suficientemente arregladas, hicimos algunas fotos en el espejo y reservamos un Uber que bajamos a esperar en la puerta.

El pub estaba a tope, se duplicaba la gente respecto al día anterior. No supe muy bien por qué.

Esperamos en la fila hasta que el seguridad corrió el cordoncillo rojo de la entrada para dejarnos pasar.

El bullicio era ensordecedor. ¿Cómo había podido cambiar tanto? Me gustaba más cuando se podía hablar. ¿Te suena muy yaya si te digo eso?

Conseguimos una mesita dentro del local. Todas las de la terraza estaban ocupadas por parejitas que se hacían fotos de postureo para subir a Instagram o que no dejaban de besarse, empalagosos.

Dentro había todavía más ruido. La música estaba demasiado alta y el vaivén de gente pasando al lado de nuestra mesa me estaba agobiando.

—*Puff*, ¿no podemos decirle que nos vemos luego? —le dije a Alex, buscando al buenorro con la mirada.

Por cierto, todavía no sabíamos ni cómo se llamaba.

—¡Mira! ¡Allí está! —dijo Alex, señalando a un grupo de camareros.

Se fue hacia él y yo no tuve más remedio que seguirla.

—¡Hola, chicas! —saludó, efusivamente.

Alex se lanzó a su cuello a darle dos besos, y como yo no lo hacía, se lanzó él.

Olía muy bien, demasiado bien.

—Acompañadme que os llevo a la zona VIP —nos indicó, haciendo un gesto para que le siguiéramos.

Alex me miró sonriente y subió las cejas, emocionada. Le seguimos haciéndonos paso entre la gente del bar hasta que llegamos a una puerta corredera de cristal oscuro.

Sacó una tarjeta de su bolsillo y la abrió pasándola por un sensor.

—Señoritas —nos dijo invitándonos a entrar.

La sala tenía un ambiente completamente diferente al resto del pub. Era mucho más moderna y se veía cuidada con todo lujo de detalle.

Había un sofá que parecía muy cómodo, una pequeña mesita y una mini nevera. Al lado de la mesa un recipiente alojaba lo que parecía una botella de champán sumergida en hielo.

Una enorme ventana con vistas al mar se situaba enfrente de nosotras y al lado una puerta también de cristal que daba salida a una pequeña terracita con una mesa y dos sillas.

—Tela —dijo Alex, alucinada.

—Pero, si esto es más grande que mi piso —exclamé, mirando la amplitud.

Él nos miró con sonrisa triunfal, parecía ¿orgullosa? No sé.

—Podéis tomar lo que queráis, en el mueble de allí tenéis copas y dentro de la neverita hay refrescos que podéis combinar con el alcohol que está en esa vitrina. Cuando acabe el turno os llevo a otro sitio —nos explicó.

—¿No nos podemos quedar aquí toda la noche? —preguntó Alex echándole mucho morro.

Él soltó una carcajada.

—Por desgracia no, pero el sitio al que iremos también os va a gustar. Ahí tenéis el mando para elegir la música que queráis —dijo, indicando una Tablet en la pared del otro extremo.

—Gracias —le dije, mirándole a los ojos.

Al fin y al cabo, no nos conocía de nada y el dejarnos entrar en aquel sitio que, seguramente no podría permitirme ni con dos meses de sueldo, era todo un detalle por su parte.

—No hay de qué. Tengo que regresar fuera, creo que en dos o tres horas estaré libre. Mientras, disfrutad —dijo, dirigiéndose a la puerta con una sonrisa.

En cuanto se marchó, me lancé al sofá.

—*Waaaaaaaaa*, ¡¡¡Joder qué guay!! —dijo, emocionada.

Me levanté y nos pusimos a dar saltitos cogidas de las manos como dos quinceañeras.

—¡Qué suerte que te quedaras dormida bajo el sol y semejante *tiarrón* te viera las tetas, hija! —gritó Alex.

—Calla, no me recuerdes lo del sol, que estoy cambiando la piel como las serpientes —le dije, indicando mi hombro pelado.

Pusimos algo de música para ambientarnos. Sacamos dos copas y para empezar nos servimos un poco de champán.

—Por nosotras —dijimos, chocándolas

El líquido dorado enfrió la copa, dejando a su paso un halo opaco en el impoluto vidrio.

—Está buenísimo —dije.

—¿El tío o el champán?

Por un momento pensé en contestarle que los dos, ya que es cierto, teniendo ojos en la cara, que el tío estaba muy bueno; pero no quería darle esa satisfacción.

—El champán.

—Has dudado, perra. Lo sabes que está buenísimo —dijo, soltando una carcajada.

—*Bah*, un chulito de gimnasio.

—Un chulito de gimnasio que quiere follarte —dijo, poniendo cara de pillina.

—Oye, vale ya. Ahora estás tú aquí, te vas en dos días y quiero disfrutar contigo —le respondí, ya un poco enfadada.

—*Vaaale*, tienes razón. Pero cuando me vaya, queda con él.

—Ya veremos.

A partir de entonces nos animamos bailando, bebiendo, haciéndonos fotos de postureo en la terraza.

El tiempo voló y cuando nos quisimos dar cuenta el ruido de la puerta nos sobresaltó.

—Hola, chicas. ¿Qué tal lo estáis pasando? —nos preguntó con una sonrisa radiante.

Tras haber acabado la botella de champán y habernos bebido unos dos gintonics, le veía mucho más apetecible, pero no estábamos en igualdad de condiciones, él seguía sobrio.

—*Eii*. ¿Ya has acabado? —preguntó Alex con un cierto tono de borracha.

Él sonrió, mostrándonos sus dientes perfectos.

—Sí, ya no queda nadie fuera y vamos a cerrar. He apurado al máximo para llamaros.

—*Uooo*, qué majo —exclamó Alex, acercándose demasiado a él.

—Oye, no sabemos cómo te llamas —dije yo, bastante achispada también.

—Ni yo cómo os llamáis vosotras —contestó.

—*Touché* —respondí, creo que bastante más tarde de lo que debería. Mi cerebro iba lento cuando bebía.

—Alex y Amor —dijo Alex, señalándonos respectivamente.

—Encantado. Curioso nombre, Amor. Yo os voy a preguntar cómo creéis que me llamo yo.

—Federico —dijo Alex.

—*Nop*.

—Jaime —dije yo.

—*Nup*.

—Pues tienes cara de Jaime —murmuré pensativa.

Sonrió.

—Empieza por S.

—¡Sergio! —exclamó Alex.

—*Nuup*.

—Santiago.

—*Meeec*.

—Joder cuánto misterio ¿Eres un agente secreto o algo? Dilo ya —dijo Alex, exasperada.

—Sebastián —claudicó.

—Hostia, como el cangrejo de la Sirenita —dije, riéndome.

—Ja, ja —masculló con sorna.

—Oye, pues es bonito. Encantada, Sebastián —le dijo, dándole dos besos, sin desaprovechar la oportunidad de sobarlo.

—Bueno, hechas las presentaciones ¿nos vamos? —nos invitó.

—Vale. ¿Recogemos esto? —pregunté.

—No, no, ni se te ocurra. Ya lo recogeremos mañana, para es nos pagan —respondió sorprendido de mi proposición.

Acabamos de un sorbo nuestras copas, las dejamos encima de la mesita, y cogiendo nuestros bolsos nos fuimos.

—Os llevo en mi coche —nos informó, sacando unas llaves del bolsillo.

—*Vaaale* —dijimos a la vez.

Fuimos al parking, siguiéndolo sin saber muy bien a dónde nos dirigíamos.

—Yo creo que tiene un cochazo —me susurró Alex—. De BMW para arriba, fijo.

Me encogí de hombros. La verdad es que me importaba más bien poco qué coche tuviera.

Peeero, finalmente llegamos hasta un BMW serie no sé qué, porque no era muy entendida del tema, aunque por la cara que puso Alex debía ser de los caros.

Empezó a darme codazos cuando accionó el mando de la llave y parpadearon las luces dándonos la bienvenida.

—Ves, ves. Tengo buen ojo —me dijo, sonriente.

Nos abrió la puerta como un caballero y yo pase detrás, Alex se sentó en el asiento del copiloto.

Estaba alucinando con los interiores de aquel coche. En mi vida había estado yo en uno así.

Al arrancar, los cinturones de seguridad se regularon solos y me asusté.

Una hilera de lucecillas se encendió en el salpicadero y Alex empezó a hablar con él de datos técnicos sobre el coche. Le encantaban.

Lo cierto es que, durante el trayecto, por muy cochazo que fuera, me pareció bastante incómodo, me sentía como una canica, yendo de lado a lado en los asientos de cuero. Por suerte no duró mucho.

—Ya hemos llegado —anunció Sebastián para mi alivio.

Salimos de aquel amasijo de dinero y entonces fui yo la que se quedó boquiabierta.

Estábamos en una especie de mirador donde se veía la luna reflejada en el mar. No había nadie y se respiraba una paz particular.

Estábamos en una especie de colina desde la que se podía observar el impresionante paisaje.

—¿Dónde vamos?

—Allí —nos indicó una pequeña luz que brillaba al fondo.

—¿Es un faro? —pregunté, curiosa.

—Ya lo verás —respondió con misterio.

Caminamos por un estrecho sendero a la orilla del acantilado. En el suelo, unos faritos solares marcaban el camino y poco a poco nos fuimos acercando a lo que se mostró como un imponente y magnífico faro, había visto bien.

Me quedé mirándolo, alucinada.

La puerta estaba cerrada, pero sacó una llave y la abrió.

Alex y yo nos miramos, asombradas.

Pero y este tío ¿de dónde había salido?

Nos sonrió con la seguridad de alguien que tiene el control de la situación.

—Subid, lo mejor está arriba.

Siempre había pensado que los faros eran antiguos, húmedos y oscuros, pero lo que se despegó ante mis ojos borró todo tipo de prejuicio anterior.

Una pequeña sala muy moderna e iluminada nos dio la bienvenida y al fondo una moderna escalera de caracol se dirigía hacia arriba de una manera elegante y sofisticada.

Comenzamos a subir por ella, haciendo paradas en varios descansillos hasta que finalmente llegamos a la “cima” donde no pude reprimir un grito de asombro.

Sebastián accionó un botón y unas luces de ambiente iluminaron la sala.

—¡Ostras!

—¡Joder! —dijo Alex.

En la cima había un bar, un puñetero bar circular con varias mesas alrededor, mostrando unas vistas preciosas del acantilado.

Fuera de los cristales había una terracilla alrededor por la que se podía sentir la brisa fresca del mar.

—Esto es impresionante, pero ¿es tuyo? —me atreví a preguntar.

Soltó una carcajada.

—No, pero casi. Es de un buen amigo y me lo deja para que se lo cuide de vez en cuando.

—Joder, tú tienes buenos contactos, ¿eh? —dijo Alex.

—Bueno, ya ves. Sentaos que os sirvo algo —nos dijo, indicando una de las mesitas.

Nos dirigimos hacia una que daba justo al ventanal donde la luna se reflejaba en el mar.

Lo que sucedió después me pareció sacado de una película.

Nos sirvió unas copas de vino, puso una música ambiente, que hizo que se me erizara el vello, y se sentó junto a nosotras.

No supe muy bien por qué, pero cada vez que hablaba me sentía más cómoda. Tenía algo en la mirada... y entonces en aquel momento dejé de pensar tanto en el innombrable...



CAPÍTULO 13

AMOR

No sé muy bien cómo explicar lo que sentí cuando Sebastián nos dejó en casa.

Tras haber estado hablando en el faro, se me pasó un poco la tontería que tenía y me desvelé.

Sin embargo, a Alex parecía aburrirle todo lo que nos contó sobre astronomía.

Me encantaba el cielo y el escuchar de sus labios todos los datos sobre las constelaciones y la formación de las estrellas, me impresionó.

Lo que pensaba que iba a ser una noche de fiesta alocada, se convirtió en una velada muy instructiva que me hizo salir a la terraza del apartamento a observar el cielo y pensar sobre lo pequeños que somos.

Alex se fue a la cama y yo aquella noche lloré, lloré de rabia, de impotencia por sentir tanto dentro de mí por aquel hombre que ni siquiera me respetaba.

Lloré porque me acordé de todos nuestros momentos juntos, de cómo siempre había pensado que él era el indicado para mí. Aporreé con rabia la barandilla y me vacié soltando aquella presión contenida, porque deberíamos normalizar el poder estar de mierda el tiempo que queramos y no tener que fingir que somos mujeres fuertes e independientes a las que no les duele que las pisoteen y las maltraten.

Lo siento mucho si tú eres una de estas, pero yo necesitaba desahogarme y el fingir estar bien o el tragarme muchas de mis emociones, no me hacía bien.

También pensé en Sebastián. Era guapo, atractivo y quizá empezaba a darme cuenta de que lo prejuzgué demasiado rápido.

Cuando explicó todo aquello sobre las estrellas, pude ver cómo se le iluminaba la cara y a la vez cómo un atisbo de tristeza se cruzó en su mirada.

Siempre había pensado que “los guapos” no tenían derecho a quejarse por pasarlo mal, porque contaban con muchas facilidades que el resto de los mortales teníamos que ganarnos, pero me equivoqué.

Aquel chico era más de lo que parecía, no obstante, tampoco lo conocía de nada y una noche no iba a quitarme de la cabeza al que era el amor de mi vida, estaba segura de que era él a pesar del daño que me estaba haciendo.

Cuando me encontré más tranquila, regresé al interior del apartamento.

La brisa fresca del mar en la terraza había enrojecido mis mejillas y agradecí el calorcito del interior.

Me lavé los dientes, me puse el pijama y me fui a la cama con una sensación de vacío, eso era lo que sentía: vacío.



CAPÍTULO 14

SEBASTIÁN

No supe muy bien por qué me dio por llevarlas al faro. Era un lugar muy especial para mí y al que solía ir cuando necesitaba estar solo.

Me encantaba la astronomía desde pequeño. Podía pasar horas y horas mirando el cielo y cada noche era diferente.

Me impresionaba el sentirme tan pequeño bajo aquel manto de estrellas que habían nacido miles de años atrás, y estaban allí observando todo lo que iba ocurriéndonos a lo largo de las generaciones.

Me parecía increíble que, en ese preciso momento, otra persona que no conocía pudiera estar viendo lo mismo que yo, y que en otras partes del mundo incluso lo veían al revés. Me hacía sentir tan pequeño, tan insignificante...

Cuando veía una estrella fugaz siempre me emocionaba y pedía un deseo, ya que el mero hecho de haber podido ver un pedazo de lo que fue una “vida”, atravesar la atmósfera para acabar muriendo en nuestro planeta, era un deseo hecho realidad.

Solo salimos a la terraza Amor y yo, porque a Alex no le apetecía.

Me encantó ver las expresiones que ponía cuando le iba explicando las cosas y, quizá te suene cursi, pero me encandiló ver las estrellas reflejadas en sus ojos.

Me gustó ver cómo se abrazaba a sí misma para resguardarse del fresquito que traía la brisa, y me gustó mucho su sonrisa sincera.

No sé, había algo en aquella chica que me atraía y a la vez me daba miedo.

Era como que una parte de mí pudiera ver el futuro y me avisara de que me alejara entonces que estaba a tiempo, pero no le hice caso.

Cuando volví a casa, Marina no había llegado todavía. Ya era algo habitual, pensaba que estaba viéndose con alguno y no me importaba, pero aquella noche me jodió un poco, porque yo en aquel momento quería haber estado junto a Amor. No dejaba de imaginar cómo sería dormir con ella.

Eso es algo que siempre he considerado muy íntimo. Más incluso que el propio sexo.

Había dormido con muy pocas chicas, ya que por lo general prefería dormir solo, y no sabía

muy bien por qué tenía tantas ganas de dormir con ella. Me la imaginaba dando vueltas y echándome las piernas por encima, no sé por qué.

Me acurruqué y me perdí en mi imaginación hasta que me quedé dormido.

La mañana siguiente me desperté solo. Miré el móvil, pero no tenía ningún mensaje de Marina.

En el fondo me daba mucha pena que estuviéramos así, porque al inicio cuando empezamos me planteé que fuera ella la elegida, el amor de mi vida que lo llaman.

Nos conocimos en el bar, y enseguida saltaron chispas entre nosotros. Marina es una chica muy potente que podría estar con cualquiera y al principio no pensaba que fuera tan consumista, al menos no lo demostraba.

Empezamos a salir juntos al poco de conocernos. En el sexo éramos dos bombas de relojería y nos compenetrábamos muy bien.

Al inicio era mucho más cariñosa conmigo y hacíamos muchas más cosas juntos, salíamos a cenar, viajábamos. Todo iba bien hasta que empezó a cambiar. Creo que influyó mucho el que empezara a salir con una de las nuevas compañeras del trabajo. Era una de esas que creen que los novios están para mantenerlas y se empezó a comportar igual que ella. Por aquel entonces empezaba a sospechar que ya se había cansado de mí, y que lo único que le interesaba era mi dinero, y tenía poco, que conste.

Despejé de mi cabeza aquellos pensamientos que no me hacían bien y me preparé para salir a hacer deporte.

Era una rutina que no cambiaría por nada. Me despejaba y me daba energía para empezar el día con buen pie, además el deporte me ayudaba a relajarme y no pensar demasiado en mi vida de mierda.

Eran todo ventajas, me ayudaba a la salud mental y además conseguía un cuerpo de “mazado de gimnasio” que era un imán para las chicas para subirme el autoestima.

Al regresar a casa con ganas de darme una ducha escuché la voz aguda de Marina, estaba hablando por teléfono.

—Perdona, cielo, te tengo que dejar. Hablamos más tarde —dijo a su interlocutor.

Estaba guapa. Había follado.

—Hola —la saludé, frío.

—Hola cariño —se acercó para darme un beso, pero la rechacé con la mano.

—Estoy sudado, voy a darme una ducha.

Hizo un mohín, pero no me giré para complacerla. Me encerré en el baño dando un ligero portazo, quería mostrarme enfadado, pero es que en realidad ni siquiera sabía si lo estaba.

Solo quería salir de allí e irme junto a Amor. No sabía por qué, pero era ella lo que necesitaba.

Cuando salí de la ducha Marina se había ido, de lo cual me alegré.

Aquello no iba nada bien...



CAPÍTULO 15

AMOR

Me desperté atontada, no sabía ni dónde estaba ni cómo me llamaba ni qué día era.

Al abrir la puerta de la habitación y ver a Alex, recordé de golpe todo.

—Buenos días —me saludó con aire triste.

Cierto, se iba esa noche.

—Ohhh, no te vayas —le pedí.

—No me lo digas dos veces, que llamo al jefe, le digo que no voy y me quedo tan ancha —dijo, pizpireta.

—Ojalá...

—Te he preparado el desayuno, te estaba esperando.

—¿Llevas mucho despierta?

—No, quince minutos o así.

—Ah, bueno, al menos no te he hecho esperar mucho.

—No, no, tranqui. Además, he aprovechado para ir recogiendo mis cosas —dijo, haciendo un puchero.

Desayunamos en la terraza disfrutando de las vistas del mar. Hacía un día buenísimo.

Nos pusimos los bañadores y bajamos a la piscina del apartamento, que todavía no había tenido el gusto de usar.

Era un complejo de apartahoteles y la piscina era enorme, tenía spa con jacuzzi y hamacas con sombrilla.

Enseguida nos hicimos amigas de Fabiano, el que llevaba el mantenimiento, daba las toallas y llevaba las sombrillas.

Parecía que estábamos en un resort de todo incluido.

—Jo, no quiero que te vayas. Y ¿ahora qué hago yo sola? —le dije mientras chapoteaba con el agua en el borde de la piscina.

—Estarás sola porque quieres... —me contestó.

—¿Lo dices por Sebastián?

—Claro.

—No, ni de coña. Huele a problemas.

—Huele a sexo del bueno —respondió subiendo las cejas.

No le contesté y seguí chapoteando con el agua. Sí es cierto que había pensado en la posibilidad de volver a verle, pero no me sentía bien haciéndolo. Solo el mero hecho de pensarlo me hacía sentir mal.

Realmente a quién quería era al innombrable, por mucho daño que me hubiera y estuviera haciendo.

—¿Tú crees que estoy enamorada del innombrable? —solté a bocajarro.

—Pues parece que va a llover...

—Joder...

—Deja de pensar en él, te ha jodido, no le des más importancia. Y esto será lo último que te diga hoy del tema —concluyó.

—Vale.

Estuve pensativa durante unos minutos y ella no hacía más que decirme lo guapo que es Sebastián, lo bueno que está, etc. Pero ya no la estaba escuchando.

Intenté relajarme y hacerle caso. Por suerte no dejaba de hablar así que, aunque quisiera ya no podía pensar.

Ains, mi Alex, qué lista es.

Vino un rato Fabiano a hablar con nosotras y nos dio algunas recomendaciones para hacer cosas en la isla. Muy majo también.

Estuvimos un ratito más en el agua y cuando nos entró el hambre salimos a secarnos.

Me encantaba el verano, ojalá no acabara nunca.

La hora de salida llegó demasiado rápido. Tras comer y tomarnos un mejunje de gelatina con ginebra que había visto en TikTok, la acompañé a la estación.

Todavía me quedaban tres semanas en la isla, así que aún faltaba para que nos viéramos y ya la echaba de menos.

—Pásatelo bien y disfruta mucho que te lo mereces y te hace falta. No seas tonta y piensa en ti. Haz lo que quieras sin preocuparte de las críticas o de lo que digan los otros. Y recuerda, que te quiero —me dijo dándome un abrazo.

No supe si me había emocionado más lo que había dicho o que me hubiera dado un abrazo de propia voluntad.

—Te quiero, amiga —le dije, achuchándola.

Nos despedimos en el control, donde ya no me dejaban pasar y me subí para verla salir desde el autobús para el aeropuerto. Ahí se iba mi gran amiga, la mejor.

De regreso decidí ir a pasear por la playa, no tenía ganas de encerrarme en el apartamento, estaba atardeciendo y necesitaba el mar para calmarme.

Como casi siempre hacía en aquellas condiciones, lloré, me desahugué vertiendo mis lágrimas saladas a la orilla del mar.

Sin apenas darme cuenta se hizo de noche.

Pensé entonces en que me gustaría volver a ver a Sebastián. Me lo pasé muy bien con él y estuve a gusto durante ese tiempo. ¿Por qué no darme ese “lujo” de poder ser feliz sin el innombrable?

Había un problema y es que, aunque quisiera llamarle, no podía ya que no tenía su número.

Podía ir al pub... pero no tenía muchas ganas.

Regresé a casa y al encender la luz de la cocina y mirar hacia la nevera, sonreí.

Bendita Alex...

Me había dejado una nota con el número de teléfono de Sebastián, un emoticono de un guiño y escrito:

Disfruta, te quiero.

Cogí el móvil, le hice una foto y le escribí.

Yo sí que te quiero =).



CAPÍTULO 16

AMOR

Habían pasado dos días desde que Alex se fue, y ¿adivina dónde los pasé?

En la cama. Ella empezó a trabajar, por lo que siguió su ritmo habitual y no hablamos mucho. Yo me encerré un poco en mí misma. Casualmente, el tiempo pareció estar unido a mi estado de ánimo, porque empezó a llover. Sí, en Mallorca en pleno verano estuvo dos días lloviendo con tormentas sin parar. Olé.

No dejé de martirizarme, de pensar en mi relación y en qué narices le había pasado para dejarme. Sí, sé que soy pesada, lo siento.

La cosa es que de tanto y tanto pensar, al final empezó a salir el sol, en todos los sentidos.

Era miércoles y tomé una decisión: darme una oportunidad a mí.

Cogí el teléfono y llamé a Sebastián, decidida a proponerle salir aquella noche. Lo había pensado y tenía ganas de verle no debía sentirme mal por quedar con él, si ni siquiera sabía lo que iba a pasar. Quizá únicamente él estuviera siendo amable con nosotras y yo me había imaginado aquellas miradas solo en mi cabeza, aunque mi intuición me decía lo contrario.

Un tono, dos, tres... nada.

Bueno, eran las ocho de la mañana, quizá estaba durmiendo. Ya lo intentaría más tarde.

Me preparé para ir a la playa. El día era prometedor, estaba de buen humor y tenía ganas de salir.

Me embadurné con la crema solar y cogí mis bártulos, incluida la sombrilla que compramos Alex y yo.

Era una maravilla tener la playa a tan solo unos pasos del apartamento. Si hubieran puesto un tobogán desde el balcón habría llegado al agua directamente.

Era muy temprano y me sorprendí a mí misma habiéndome puesto en marcha tan pronto, me sentía renovada y con ganas. Después de tanto llorar al final había conseguido sacar un poco la cabeza al innombrable.

Respiré profundamente la brisa marina y saludé con un gesto a una señora mayor que colocaba su silla.

Los únicos que estaban tan temprano en la playa eran los jubilados. Lo cierto era que se estaba

de maravilla, pero yo seguía prefiriendo ir por la tarde.

Monté mi “campamento” y me tumbé a la sombrita.

El sol empezaba a levantarse y se notaba cómo quemaba.

Saqué mi libro y me sumergí en la lectura. Aquel era uno de esos pequeños placeres de las vacaciones, lectura en la playa, con buena temperatura y una cervecita fresca.

El tiempo avanzó y me entró el hambre, no fui consciente de que eran ya las tres de la tarde.

Miré el móvil: las 15:15. Era una hora que veía de manera recurrente y leí en internet que, entre otras cosas, aquello significaba que mi ex seguía pensando en mí. La ansiedad que albergaba en mi interior llamó a la puerta para salir, pero no le abrí. No quería que me arruinara mi “nuevo despertar”. Enseguida cambió a las 15:16, por lo que me relajé.

Para darle un portazo más fuerte a mis pensamientos recurrentes, busqué el número de Sebastián y le llamé de nuevo. ¡Chúpate esa ansiedad!

No me lo cogió, para mi decepción. Imaginé que a esas horas ya estaría despierto. Luego pensé en que él no tenía mi número, por lo que quizá no me había devuelto la llamada por eso.

Como no respondió, fui a la orilla. Necesitaba darme un baño.

Me sorprendió lo inmersa que había estado en el libro, para no darme cuenta de la cantidad de gente que había llegado a la playa.

Me hice paso entre un grupo de jóvenes que charlotteaban en la orilla con los bañadores remangados. Nunca entenderé eso, si quieres que se te pongan morenas las piernas ponte paqueteros, ¿no?

Me re Coloqué el sombrero para que no se me volara y entré en el agua. Al principio estaba fresquita, pero me fui aclimatando.

Noté alguien que me estaba salpicando y me giré con cara de mala leche, pero enseguida la cambié al ver de quién se trataba.

—¡Anda! ¡Tú por aquí! —exclamó con su sonrisa Profidén.

Me puse un poco nerviosa, y para arreglarlo, llegó una ola que me tragó entera, haciendo que se me soltara el sombrero y antes de que pudiera contestar, pareciera un Gremlin loco con los pelos chafados y escupiendo agua por la boca.

¿Qué pasaba, que cada vez que me veía aquel chico tenía que estar en algún apuro o qué?

Cuando conseguí parecer una persona y recuperaré mi sombrero, le respondí.

Creo que me puse roja como un tomate.

—Hola, Sebastián. ¿Qué tal?

—Bien, mejor que tú, creo —respondió riendo.

—Ja, ja. Tienes el don de la oportunidad —le dije, sacándole la lengua.

—Qué casualidad, ¿no? ¿Ya se ha ido tu amiga?

—Sí, se fue hace dos días. Estoy sola —respondí, achinando los ojos por el sol.

Se acercó otra ola, pero esta vez no me pilló desprevenida y me agarré el sombrero.

—¿Quieres que salgamos a tomar algo en tierra? —me propuso, sonriendo al verme en dificultad.

El mar parecía que nos estaba empujando a salir de él, porque se encabronaba por momentos.

—Vale —conseguí decir, saltando otra ola que amenazaba con hundirme.

Nadamos hacia la orilla y cuando hicimos pie salimos caminando.

Se estaba empezando a nublar, lo cual por una parte agradecí.

—Tengo la toalla allí. Podemos ir al chiringuito del paseo.

—Vale, espera, tengo que encontrar la mía... —dije, poniéndome la mano encima de los ojos a modo visera, buscando mi sombrilla.

Había tanta gente que no la veía.

Él recogió sus cosas y me quedé mirando cómo se arrugaba la piel de sus marcados abdominales. Estaba realmente bueno.

—A ver dónde tiene la señorita montado el chiringuito —me dijo, con tono de burla.

Me siguió mientras me adentraba entre la gente en busca de mi sombrilla de topitos, pero no había manera.

Me fijé en que había una papelería en la misma línea para tomarla de referencia, pero allí no estaban mis cosas.

Hasta que entonces las vi. Mi mochila encima de lo que se suponía que era mi toalla hecha un gurrño y unos metros más atrás, cerrada y tirada en el suelo, mi sombrilla.

—¡Joder!

La señora que me había saludado por la mañana, y que ya estaba negra como el tizón, me miró mal y se dirigió a nosotros.

—Ha salido volando y le ha dado en el ojo al chico de detrás. Se han tenido que ir al centro médico, pero te la han dejado allí—, dijo indicando mi sombrilla—. Para otra vez ten más cuidado y sujétala bien para que no pasen esas cosas —me regañó.

En aquel momento quise que se me tragara la tierra. Me sentí como a un niño patoso al que los padres le echan la reprimenda por algo de lo que no ha tenido la culpa, pero de lo que se siente responsable.

—Lo siento mucho —murmuré.

Sebastián me ayudó a recoger la toalla y cogió la susodicha sombrilla sin decir nada. Al menos fue respetuoso y no se burló de mí.

Salimos por patas de aquella zona y pensé en que tendría que cambiar de playa para los próximos días.

Cuando salimos al paseo reorganicé los bártulos.

—Anda qué, vaya mala suerte —me dijo, con compasión.

Asentí sin decir nada.

—Por cierto, te había llamado esta mañana.

—Ah ¿sí? No me ha sonado el móvil.

—Sí. Me dejó tu número Alex y la verdad es que me apetecía verte y preguntarte si querías tomar algo, pero mira, aquí estamos sin haberlo pedido —dije, sonriendo.

Soltó una carcajada echando la cabeza para atrás, dejándome hipnotizada con su nuez masculina.

—Pues mira, ya no tienes que llamarme. Me he dejado el teléfono en casa, así que luego grabo tu número.

Cuando estuve lista pusimos rumbo al chiringuito. No estaba muy lejos y estuve tentada de ir al apartamento a dejar la sombrilla, pero me parecía mal.

—¿Vives cerca de aquí? —le pregunté.

—No mucho, pero me encanta esta playa. Cuando llegué a Mallorca hice un tour por sus calas y la que más me gusta para bañarme es esta. Las otras son más para pasear o alguna tarde suelo ir a ver el atardecer, pero para nadar el agua está mejor aquí. Además, por trabajo aquí es donde vienen todos los turistas y me es más fácil.

—¿Por trabajo? Pero ¿no eres camarero?

—Sí, pero también soy relaciones públicas de una discoteca. Cuando hay mucho lío me contratan de camarero, pero en realidad mi puesto es de relaciones públicas.

—¡Ah! ¡Lo sabía! —exclamé, orgullosa por haberlo intuido cuando se agachó para darme el

sujetador.

—¿Eres bruja o qué? —dijo, sonriendo.

—No, no. Bueno igual un poquito a veces —respondí con una sonrisa burlona.

Llegamos al chiringuito y nos acomodamos en una mesita bajo el tendón.

El sol estaba en su máximo esplendor, pero tenían unos tubitos que pulverizaban agua y se estaba en la gloria.

—Viendo la hora que es, ¿te apetece comer algo? —me preguntó.

—Pues sí, la verdad es que se me ha ido la mañana volando y ya tengo hambre —dije, echándome las manos a la cara.

—Aquí hacen unas hamburguesas buenísimas.

—Venga, pues a por ellas.

Pedimos al camarero dos cervezas y dos hamburguesas y me relajé mirando al mar.

La gente ya empezaba a marcharse, y había cambiado el ambiente. Los jóvenes se congregaban en grupos y empezaban a preparar el botellón precena. Aquello a mí ya hacía muchos años que se me había quedado lejos.

Parece que me leyó el pensamiento.

—A esos son a los que me acerco yo cuando trabajo, sobre todo a estas horas que ya van contentos y te dicen que sí a todo. Lo importante es que te vean y que les suene tu cara, así se gana la clientela.

—Vaya, todo tiene su técnica, ¿eh?

—*Sip* —respondió con chulería.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunté a bocajarro.

—El 22 de julio.

—¡Anda! Cáncer... Pues no te falta nada ya —exclamé, sorprendida.

—*Sip* —repitió.

—El mío es el 20 de marzo, Piscis —dije, orgullosa.

—¿Te gusta el horóscopo? —preguntó con curiosidad.

—Sí, desde siempre me ha interesado mucho, la verdad.

—Pues ya sabes lo que dicen de los Cáncer con los Piscis...

Me sorprendió mucho que lo conociera. Por lo general era algo que no solía ser del agrado de todo el mundo, pero curiosamente en general la gente se sabía su signo. Cáncer y Piscis son los signos más sensibles del horóscopo y son muy compatibles en todos los sentidos.

—Vaya, vaya, qué bien que te interese. Pues sí, aunque creo que tu parte orgullosa te viene por estar cercano a Leo, ¿eh? —le dije, chinchándole.

Estuvimos un rato charlando sobre las características de uno y otro signo, y sin darnos cuenta se nos hizo de noche. El tiempo había volado junto a él y sentí que quería estar más veces así.



CAPÍTULO 17

SEBASTIÁN

La vi, desde la otra punta de la playa la vi y supe que era ella. Inconfundible entre la marea de gente que se agolpaba en la orilla. ¿Posible? Sí, posible. Aquella chica tenía algo que me atraía como la luz a una polilla.

Los dos últimos días había estado solo. Marina regresó a casa para coger un par de vestidos y se marchó sin decirme nada. No me importó mucho, pero me sentía inquieto.

Fui a trabajar y como estuvo lloviendo me encerré en casa a jugar con la PlayStation.

Aquella mañana decidí bajar a la playa. Necesitaba despejarme y lo que menos me esperaba era encontrármela allí.

No había dejado de pensar en ella desde que estuvimos en el faro. No sabía por qué no dejaban de aparecerme en sueños sus ojos verdes. Algo me estaba pasando.

Me metí al agua, porque de solo imaginarla desnuda, y ya había visto gran parte de su cuerpo, se me puso dura y tenía que calmarme.

Nadé unos metros y entonces allí estaba, con un sombrero más grande que ella, andando algo torpe, quizá porque le quemaba la arena en la planta de los pies y poniendo mala cara a los niños que le pasaban corriendo al lado.

Me acerqué a ella a la orilla y le salpiqué a posta.

Me hizo gracia cómo le cambió la cara al verme. Era un espejo y eso me encantaba. Al contrario que Marina que siempre había que preguntarle las cosas porque nunca lo decía claramente y siempre estaba a la defensiva.

No me podía resistir y le propuse ir a comer al chiringuito.

El tiempo pasó sin darnos cuenta y me hizo gracia que se sorprendiera al decirle que me interesaban los horóscopos. Desde niño he sido siempre un poco místico y sobre todo porque los horóscopos tienen mucho que ver con las estrellas. Me encanta el tema.

Nos quedamos los últimos en el local y nos echaron de manera muy poco sutil.

Nos reímos al vernos sucios de salitre y con pintas poco presentables ante la avalancha de chavales que esperaban súper arreglados para coger los taxis que los llevarían a las discotecas.

—Si quieres puedes subir a mi apartamento para lavarte —me propuso.

Lo pensé dos veces, pero finalmente decidí que era mejor irme a casa. No sabía cómo podía acabar si aceptaba aquella proposición.

Cuando llegué a casa me masturbé pensando en alguna posible respuesta a aquella propuesta.

Añadí su número y le envié un mensaje para avisarle de que ya la tenía agregada. Me respondió y empezamos una larga conversación hasta las dos de la mañana. ¿Cómo podía hablar tanto aquella chica?

No había ni rastro de Marina, ni siquiera un mensaje o una llamada. Yo tampoco la llamé.

Seguimos así los dos días siguientes. No pude quedar con ella ya que tenía bastante lío, pero la noche del viernes la vi entrar en el pub. Le había comentado que estaría sirviendo en la barra como cuando vino con Alex, y sin decirme nada se presentó allí.

Me dio un poco de pena el verla sentada sola en la mesa, pero no podía abrirle la sala VIP ya que la estaban preparando para un evento, por lo que traté de estar más con ella.

Por suerte pudimos cerrar pronto, ya que se notaba que los turistas se iban marchando.

Cuando terminamos el turno, me cambié y me dirigí a ella que me estaba esperando.

Estaba sujetando algo con las manos, como si fuera una bandeja y cuando estuve lo suficientemente cerca vi de que se trataba, una magdalena con una velita.

—¡Felicidades! —me dijo, tendiéndomela.

Puse cara de no entender por qué me estaba felicitando hasta que caí. ¡Era mi cumpleaños!

—¡Hostia! Se me había pasado por completo. ¡Gracias!

Encendió la vela con un mechero y me la puso para que soplara.

—Pide un deseo —me ordenó.

Así hice, cerré los ojos y soplé con fuerza apagándola.

Aplaudió como si fuera una niña pequeña.

—Pero ¿Cómo se te puede pasar tu cumpleaños? ¿No te ha felicitado nadie?

—No, no sé. No he mirado el móvil desde anoche.

—Jo y luego la despistada soy yo.

Solté una carcajada.

—Por raro que pueda parecer, no es la primera vez que me pasa. No suelo celebrar mis cumpleaños.

—¿Noooo? —me miró como si fuera un extraterrestre.

Negué con la cabeza.

—Madre mía, yo soy la más pesada de este mundo con mi cumpleaños. Es sagrado. En fin, toma, tengo algo para ti —me dijo, tendiéndome un sobrecito.

Me quedé muy sorprendido, ya no solo porque se hubiera acordado y me hubiera traído la mini tarta, sino porque nadie me había hecho algo así antes, ni siquiera Marina que era mi novia en teoría.

Lo cogí y rasgué el papel para abrirlo. Era una pulserita de cuero negra.

—Oh, me encanta ¡Muchas gracias!

Con la efusividad me acerqué para darle dos besos, pero no calculé bien y acabamos dándonos un rápido beso en los labios.

Sentí un escalofrío y me aparté rápidamente.

—Perdón, perdón —dijo ella, avergonzada.

—Perdona tú. La emoción,

—Es una chorradilla, la cogí porque me recuerda mucho a los surfistas y tú tienes pinta de que te guste ese rollo.

—Gracias, gracias —repetí—, ¿Quieres que vayamos a tomar algo? Te invito yo.

—¡Vale!

—Voy a por mis cosas y enseguida vengo.

De camino al vestuario busqué en internet algún sitio que pudiera gustarle y descubrí un bar abierto a la orilla de una de las calitas de la isla. Estaba a unos quince minutos en coche desde allí. Era perfecto.

—Estoy listo —anuncié al salir.

—Genial —me respondió con una sonrisa.

—He encontrado un sitio que creo que te puede gustar, vamos en mi coche y luego te acerco a casa.

—Muy bien, gracias.

De camino al bar fue admirando las calas por las que pasamos.

—Esto no lo había visto, es espectacular.

—Pues de día todavía más. Ya vendremos si quieres —esto último se me escapó con demasiado énfasis. Yo sí que quería.

Llegamos al bar, no había estado nunca, pero tenía muy buenas reseñas. Estaba dentro de la arena, pero tenía unas maderas que elevaban la zona de las mesas, por lo que no se manchaban los zapatos.

La música era chillout y había varias parejas en la terraza con cocteles muy bien presentados.

Un defecto que tenemos los camareros es que nos fijamos más en esos detalles que a lo mejor para un cliente “normal” pasan desapercibidos.

Tomamos asiento y pedimos dos caipiriñas.

—Está siendo un cumpleaños bastante diferente, la verdad —le confesé.

—Y ¿Por qué nunca lo celebras?

—No sé, no me gusta. Para mí es un día más.

—Jo, y ¿tu familia tampoco te dice nada?

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y mi padre es demasiado frío, apenas hablamos.

—Oh, lo siento mucho.

—No pasa nada, estoy bien así, ya hace muchos años.

—Bueno, de todas maneras, cambiemos de tema —me dijo, con una sonrisa.

—A ti te gusta mucho celebrar los cumpleaños o qué.

—Sí, yo un mes antes ya estoy recordándoselo a la gente.

Solté una carcajada, le pegaba mucho hacer eso. No sé por qué me la imaginaba dando saltitos como una niña pequeña.

Me encantaba cómo hablaba y cómo se reía. El alcohol empezó a hacernos efecto y la lengua se fue soltando. Acabamos por cerrar el bar de nuevo, pero como todavía queríamos seguir hablando nos fuimos a su casa entre risas.

—Sube, sube —me instó para que subiera.

Me daba algo de respeto subir, porque no era responsable de mis actos una vez estuviera a solas con ella. Al fin y al cabo, nunca habíamos estado en la intimidad y me daba miedo, pero me dejé llevar y no me arrepiento en absoluto.



CAPÍTULO 18

AMOR

Loca, estoy loca, pero no loca en el mal sentido, sino loca de felicidad. No sé si fue el alcohol, la playa, sus ojos o aquellos morritos que no dejaban de abrirse y cerrarse, lo que fuera, pero si hubiera sido un ratón estaría muerta porque habría caído en su trampa de lleno.

Nos lo estábamos pasando en grande y como ocurrió el día del chiringuito, nos acabaron cerrando el bar.

Nos autodenominamos los *cierrabares* oficiales. Ni él ni yo parecíamos tener prisa por regresar a casa, por lo que le invité a mi apartamento.

Alex estaría orgullosa de mí, pero solo hasta aquí, no por lo que hice después, aunque yo me lo pasé en grande.

Subimos al apartamento y se quedó maravillado de que estuviera allí yo sola. Observó todo y aunque no teníamos hambre le propuse un plan.

—¿Alguna vez has probado la gelatina con alcohol? —le pregunté, poniendo cara de pícara.

—No... —respondió, alzando el tono a modo pregunta.

—Pues ven, vamos a hacerla y verás qué delicia. Me lo enseñó Alex.

—Qué peligro tenéis vosotras dos...

—*Seh*.

Nos pusimos manos a la obra y se rio cuando me vio echar media botella de ginebra en el túper con la gelatina de fresa.

—Luego tengo que conducir ¿eh?

—Siempre puedes quedarte aquí —le dije, envalentonada por el alcohol.

—Bueno, bueno.

Mientras se enfriaba la gelatina puse música en la tele y jugamos a las cartas con una baraja que apareció en uno de los cajones.

—¡Te he vuelto a ganar! —me dijo, con retintín.

—Ja, ja —respondí, haciéndole la burla.

Odiaba perder, aunque fuera al parchís.

—Cuando era pequeña me picaba muchísimo con mis hermanos cuando jugábamos al parchís.

Si perdía me pegaba horas sin hablarles. No me gustaba hacer trampas, pero me fastidiaba perder y eso le encantaba a mi hermana, que no perdía la oportunidad de picarme cada dos por tres — dije, perdiéndome en mis recuerdos—, odio el pueblo —concluí.

—Qué raro. ¿No te gustaba ir a las fiestas como a todos los niños?

—Nooooooo. Lo odiaba. Prefería irme con mis padres de viaje, de hecho, en una ocasión se querían ir sin mí porque era la más pequeña, me dejaron en casa de mis abuelos y yo me levantaba por las noches para llamarlos para que me vinieran a buscar.

—¿Qué dices? ¿Cuántos años tenías?

—Pues seis o así.

Se echó las manos a la cara.

—Madre mía, ya apuntabas maneras.

—¿De qué?

—De rebelde.

Solté una carcajada porque en el fondo tenía razón.

Las horas siguientes volaron. Puse música y empezamos a bailar en el salón.

—¿Esta música te gusta? —pregunté al empezar mi lista de reproducción.

—A mí me gusta todo —respondió, subiendo las cejas.

Sonó una de mis canciones favoritas del momento: Car keys de Ava Max.

Me motivé y empecé a cantar.

*I'm the keys to your car, babe
If you lose me, then baby, good luck
I'm the king to your checkmate
Still yours, oh, baby, you've won
I'm the bubbles in your champagne
Grip me tight like you're holding your cup
I'm the keys to your car, babe
Whoa, know that you need me*

No me di cuenta, pero se quedó mirándome mientras saltaba como una loca disfrutando de la canción.

Cuando acabó la canción paré y estaba sudadísima.

—Puaj, voy un segundo al baño —le dije con sobrealiento por el esfuerzo.

Soltó una carcajada y asintió con la cabeza.

Me refresqué y perfumé, y cuando regresé al salón había sacado la gelatina que ya estaba sólida.

—Me parece que esto está listo.

—Tiene buena pinta, sí.

—A ver, tengo curiosidad por probar vuestros inventos.

—En realidad la idea no es nuestra, viene de un video de Tiktok.

—Bueno, pero lo habéis aplicado. A ver qué tal —dijo cogiendo una cucharada.

—¡Ostras, pues está muy bueno! —exclamó.

Me reí y le imité cogiendo la misma cuchara que había utilizado él.

Lo saboreé y sí, estaba buenísimo.

—¡Exitazo! —grité, tendiéndole la mano para chocar los cinco.

Cogí el móvil y le mandé a Alex una foto de nosotros dos con el tarro de la gelatina.

Enseguida me contestó.

¿Estás con el buenorro? ¡Qué perra! ¡Así, así, disfruta!
Siii, mañana te cuento —le respondí.

Sebastián me vio sonreír con el móvil y noté una pizca de... ¿celos? Pero no dijo nada. Lo dejé enseguida.

—Le he enviado la foto a Alex, ya que fue ella la promotora —expliqué.

—Pues dile que está buenísimo.

—Sí. Sí, mañana creo que nos vamos a acordar... —murmuré.

—¿Qué?

—Nada, nada —dije, cogiendo otra cucharada.

La lista de reproducción siguió su curso y nosotros seguimos bailando. La gelatina se acabó y nuestras ganas de más se hicieron presentes.

Se notaba fuego en nuestras miradas. Yo estaba bastante atontada, no borracha pero sí en ese punto en el que te da todo igual y lo único en lo que piensas es en disfrutar del momento.

En ese estado en el que piensas que hablas bien, que bailas bien y que estás perfecta, pero que en la realidad arrastras las s, te mueves como un pato mareado y llevas unos pelos de loca que echarían para atrás a cualquiera un jueves por la tarde. Así estaba yo. Y él... perfecto. No dudé que fuera el efecto del alcohol, aquel hombre que creo que hasta en cualquier momento escatológico estaba sexy.

Sonó uno de los temas latinos que me había incluido Alex y se acercó a mí para perrear.

Pobres vecinos.

Se me erizaron los pelillos del cuerpo al sentirlo tan cerca.

No estaba acostumbrada a bailar aquella música, pero él parecía tener mucha soltura.

Me llevaba como quería y pude casi corroborar lo que dicen que el reguetón es follar bailando, porque madre mía, con tanto roce creo que me acabé corriendo sin darme cuenta.

Me hizo gracia la letra, no me había parado a pensar en ella, pero me recordaba un poco a lo que nos había pasado, ya que la primera vez que nos vimos fue en la playa.

¿Qué pasó entre nosotros dos?, no sé
Nadie puede explicar lo que nos une
Se quedó en el coche tu perfume
Pasaba por la playa como de costumbre al trabajo
Vi un destello que no era una ola, sino una sirena
Me hizo así con la mano de lejos, creo que pa' que fuera
Y pudiera apreciar su culo lleno de sal y arena

Cuando acabó le pedí una pausa. No aguantaba tanto, los años y los kilos se notaban y yo no estaba tan en forma como él.

Miré el reloj de la cocina al ir a coger algo de agua, eran las tres de la mañana.

—Dios, los vecinos se deben de estar cagando en mí, raro que no hayan subido ya.

—Igual no hay nadie, pero supongo que lo entenderán.

—Bueno, igualmente quizá deberíamos parar un poquito —dije, haciendo caso a mi pepito grillo.

—Vale.

Volví al baño para refrescarme y cogí dos vasos de la cocina con una garrafa de agua, hacía falta.

Nos sentamos en el sofá, rozando nuestras rodillas y yo sentí que mi cuerpo se hacía cada vez

más pesado.

Él empezó a hablar, ya no recuerdo muy bien de qué, porque pasé de on a off en media hora hasta que acabé por quedarme dormida en el sofá.

Sí, esta es la parte de la que Alex no estaría orgullosa, pero yo preferí que fuera así, me lo pasé genial y disfruté de cada momento con él, un sexo quizá algo forzado no habría llevado a nada.

Solo sé que dormí, profundamente, relajada como hacía tiempo y casi podría decir que feliz.



CAPÍTULO 19

AMOR

¿Tú qué harías si te despiertas con el cuello dolorido, sin saber muy bien qué pasó la noche anterior y abrazada en el sofá a un pedazo de *tiarrón*?

Bueno, yo lo que hice fue gritar.

Sí, grité. ¿Por qué? Pues no lo sé, quizá porque estoy mal de la cabeza. Pero grité de tal manera que lo desperté sobresaltándolo.

—¡Dios! ¿Qué pasa? —exclamó, asustado.

No supe qué contestar, me sentí imbécil y mi cabeza tuvo que trabajar a mil por hora para buscar una excusa justificable.

—Perdón, perdón, estaba teniendo una pesadilla y me he asustado. Lo siento.

—Joder, si gritas follando igual que asustada, que tiemblen los vecinos —farfulló.

Al darse cuenta de lo que había dicho y de que un bulto en su pantalón luchaba por salir, bajó la mirada, avergonzado.

Solté una carcajada, no me pude resistir.

—Qué mala. Mucha suerte tenéis las mujeres de que no se os note —dijo, tocándose el paquete para que le bajara.

Fui al baño para asearme y dejarle intimidad, y cuando salí estaba en la puerta.

—Joder, qué susto —exclamé.

—Ahora te ha tocado a ti —me dijo, sacando la lengua.

Me hacía gracia, porque estábamos comportándonos casi como si fuéramos una pareja que se conociera de toda la vida, no sé, era algo raro y bonito a la vez, y lo mejor era que cuando estaba con él apenas me sentía triste por pensar en el innombrable. Me venía a la cabeza, sí, con algún gesto, alguna palabra o alguna canción, pero enseguida lo apartaba de mi mente.

—¿Te quedas a desayunar? —pregunté.

—Sí, si me invitas, claro —respondió algo tímido.

Me sorprendía verlo en una faceta así, fuera de juego, sin tanta chulería y me encantó. Estaba segura de que era mucho más dulce y sensible de lo que intentaba aparentar.

Justo en aquel momento me vinieron a la cabeza las sensaciones que tuve con el innombrable

cuando fuimos a vivir juntos. Era muy diferente a lo que estaba sintiendo ahora con Sebastian, pero no quería pensarlo mucho.

—Voy preparando algo rico —le dije desde la cocina.

—¡Vale! A ver con qué me sorprendes ahora. Con la gelatina acertaste de lleno.

Busqué en internet alguna receta rápida, pero me acordé de que tenía masa de hojaldre y Nutella, así que preparé unos croissants rellenos. Mientras preparé dos zumos exprimidos y dos tazas de café con leche.

—¡Qué bien huele! —dijo, entrando en la cocina.

—Pues mejor sabrá, como decía mi abuela —respondí, sonriendo.

Me ayudó a sacarlos y dejamos que se enfriaran un poco antes de comérmolos.

Estaban buenísimos.

—Oye, y a ti ¿qué te pasa? —me preguntó de repente.

—¿Cómo?

—Sí, ¿Qué te pasa?

—Nada, no sé, ¿por qué preguntas eso?

—Pues porque tienes la mirada triste.

Me quedé muy parada. No era consciente de que se me notara, pero pensando que era un espejo parlante quizá podría ser, aunque intentaba evitarlo a toda costa.

Dudé en si contárselo o no. Decían que a veces hablar de tu vida con un desconocido ayuda a desahogarse y a obtener una visión diferente de los problemas. Pero, por otra parte, el seguir hablando de él le daba más importancia, una que no se merecía.

Finalmente me pudo la necesidad de desahogarme.

—Por mi ex —respondí, clara y concisa.

—No entiendo como alguien como tú puede tener un ex.

—¿Eh?

—Sí, porque yo si estuviera contigo no te dejaría escapar por nada del mundo.

—Oh —respondí sorprendida por lo que acababa de decir.

Parece que se arrepintió de haberlo dicho nada más cerrar la boca.

—Pues, bueno, gracias, pero mira él no parecía pensar lo mismo.

—Puedo preguntar ¿qué ocurrió? —preguntó con sinceridad.

—Sí. Y la verdad es que no sé muy bien cómo contestarte, porque ni siquiera yo lo tengo muy claro. Para mí iba todo bien, pero se ve que él llevaba años acumulando rencor hacia mí, ya sabes por pequeñas cosas que no se hablan y se van encalleciendo hasta que un día explotó. Estábamos viviendo juntos y una mañana me soltó la típica frase de “tenemos que hablar” y básicamente me dejó. Aunque sí que es cierto que llevábamos varios meses en los que él me estaba mandando mensajes indirectamente, no hacíamos nada, me dejaba sola en casa mientras él se marchaba con sus amigos, no sé...

No dijo nada, se limitó a mirarme y como respuesta se acercó y me abrazó.

No sé si fue por el hecho de sentirme protegida entre sus brazos, su olor, el haberme desahogado, el haber reabierto la brecha o qué, pero me derrumbé y empecé a llorar.

Inconscientemente me toqué la pulsera que él me regaló, y que todavía llevaba. Las lágrimas corrieron por mis mejillas cayendo sobre sus hombros.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero poco a poco me fui calmando. Él no dejó de abrazarme y de acariciarme la espalda.

Cuando me encontré mejor me separé un poco y lo miré con ojos llorosos.

En un gesto muy dulce, me apartó el pelo de la cara y me lo colocó detrás de la oreja. Me

agarró la cara con las dos manos y se acercó poco a poco hasta darme un beso en los labios.
Cerré los ojos y sentí el sabor de mis lágrimas saladas cayendo hasta nuestros labios.
Fue un beso dulce, lento, cargado de significado y que quería decir muchas cosas.
Me perdí, me perdí en sus labios y no fui capaz de pensar en nada más.



CAPÍTULO 20

SEBASTIAN

El tacto con sus labios fue como tocar el paraíso. Lo cierto es que lo había imaginado muchas veces, pero la realidad superó a la ficción con creces. Besaba demasiado bien.

Todavía no lo sabía, pero creo que fue en ese preciso momento en el que corroboré que aquella chica me traería muchos problemas.

Ninguno de los dos parecía querer parar, éramos adultos, y mi novia, o la que decía serlo se estaba tirando a otros igual que yo lo había hecho en otras ocasiones. No obstante, con Amor lo sentí diferente, no era sólo atracción física, una gran parte de ella me atraía más allá de lo carnal.

La intensidad de nuestro beso subió, le agarré la cara con las manos para conseguir más profundidad de nuestras lenguas y lo que había empezado como un beso compasivo se convirtió en un beso de pasión, de deseo y de fuego.

Se abrazó a mi cuello y me devoró con ganas. La agarré por el culo y se subió sujetándose con sus piernas en mis caderas.

—¿Qué estamos haciendo? —murmuró, sin apenas separar su boca de la mía.

—Disfrutar —contesté.

Me giré para llevarla hasta el sofá.

—No, espera, vamos a la cama —me dijo, incorporándose.

—No tengo condones —dije.

—Alex me dejó una caja —me dijo, sonriendo.

—Recuérdame que la llame para agradecérselo.

La volví a besar, era ya algo irresistible.

Fuimos a trompicones hasta la habitación y la ropa empezó a volar. No llevaba sujetador y aunque la hubiera conocido en tetas, me quedé sorprendido de lo perfectas que eran.

Redonditas y respingonas. No eran demasiado grandes, pero lo suficiente.

Me gustó ver que su cuerpo no era tan extremadamente delgado como el de Marina. Ella era mucho más natural y me encantaban sus curvas.

Me quitó la camiseta y se acercó con lujuria a mi torso para lamerlo de arriba a abajo.

—Joder —exclamé.

Se veía que era una chica muy potente en la cama, pero no me imaginaba que me pusiera tanto.

Mi soldadito estaba listo desde el primer roce, y eso pareció empoderarla.

Lo miró pelear por salir del pantalón y sonrió, sacando la lengua. Me encantó aquella mirada profunda. Sus ojos parecían negros de lo dilatadas que tenía las pupilas.

Se agachó y acariciándome los abdominales fue bajándose el pantalón hasta quedar de rodillas ante mí.

—Guau —susurré.

Me miró desde abajo y me la habría comido si hubiera podido. Estaba preciosa, se veían claramente sus ojazos verdes y su boca carnosa.

Se retiró el pelo de la cara y lo recogió en una coleta que le daba un aire muy sexy.

Se relamió los labios, provocándome.

Me parecía increíble aquella transformación, parecía una leona en celo. Le había cambiado hasta la cara y ya no se veía frágil ni indefensa, entonces era ella la que dominaba la situación.

Me provocó pasando sus manos por mi calzoncillo, acariciando mi miembro.

Yo también quería tocarle a ella, pero al estar agachada no podía, por lo que le dejé hacer un poco hasta que no aguanté más.

—Ven —le ordené, agarrándola por los brazos.

Se lanzó a mi boca como una serpiente sobre su presa y me metió la lengua hasta el fondo.

Dios mío, qué energía.

La agarré y la tiré en la cama, dejándola expuesta ante mí.

Levantó las caderas para que pudiera bajarle con facilidad el pantaloncito de tela que llevaba.

Me relamí ante el regalo que encontré debajo.

Me encantaba, era perfecta. Estaba completamente depilada y era demasiado apetecible.

Dirigí mi mano hacia su sexo y se estremeció.

Me tumbé junto a ella y la besé mientras la masturbaba. Ella gemía, indicándome que iba por el buen camino.

La primera vez que follé con Marina fue todo mucho más frío e impersonal y a pesar de que era una loba en la cama, Amor desprendía algo que no sabía muy bien qué era, que me hacía sentir pequeño, como si fuera mi primera vez. Quería impresionarla y dejarla satisfecha, quizá era esa la presión que me estaba autoimponiendo, pero no sabía muy bien por qué.

Mi mano se humedeció con su flujo y me la llevé a la boca. Quería saborearla y estaba deliciosa.

Hice ademán de bajar, pero ella me retuvo y me besó.

—No lo des todo la primera vez, deja algo para después —me dijo.

Me resultó curioso aquello, pero en el fondo tenía razón y me gustó el que se planteara que hubiera segunda vez sin ni siquiera haber empezado.

Me devoró los labios con pasión y yo ya no aguantaba más.

—¿Tienes un condón? —le pregunté con la voz ronca.

—Están en el cajón —me indicó la mesilla.

¿Por qué la mayor parte de la gente guardamos los condones en los cajones? Deberían inventar algo para dejarlos y cambiar un poco, pensé, riéndome yo solo.

Me incorporé y cogí uno. Regresé junto a ella y se agarró de nuevo a mi cuello para besarme. Con su mano juguetona me tocó el torso y bajó hacia mis calzoncillos. Me acarició y sacó mi pene, liberándolo.

—¡Joder! —exclamó.

Fue mi turno para sonreír con orgullo. Sabía que mi pene les gustaba, no sé qué tenía el no tener prepucio que las volvía locas.

La vi con tentaciones de llevárselo a la boca, y me habría encantado, pero tal como había dicho ella, era mejor guardarse un poco para la próxima vez.

Rasgué el envoltorio del condón y lo saqué. Apreté la puntita y me lo coloqué bajando con cuidado. No me gustaban nada esos cacharros, me hacían sentir embutido y me cortaban un poco el royo.

Con Marina ya no los utilizaba porque tomaba la píldora y en teoría no teníamos relaciones a pelo con nadie más, eso era un punto a favor suyo, la verdad.

Me quité su imagen de la cabeza. Me jodía estar pensando en ella en aquella ocasión, no sabía muy bien por qué me venía a la mente.

Amor me agarró del cuello para acercarme a ella y me besó de nuevo, activándome.

Llevé mi mano a su sexo y le introduje un dedo. Estaba empapada y lista, por lo que de un movimiento la penetré.

—*Ahh*—gimió.

Noté cómo su vagina se contraía, engullendo mi polla como si tuviera mucha hambre.

Aquellos segundos en los que estuve dentro de ella por primera vez me sentí el hombre más afortunado del mundo.

La penetré con fuerza haciendo que se retorciera de placer. Gritaba muy fuerte y me gustó. Se notaba que intentaba contenerse, y cuanto más lo hacía más fuerte le daba.

Estábamos los dos muy excitados, y no aguanté mucho, lo cierto es que menos de lo que me habría gustado.

Me recoloqué para darle más profundamente y vi como ella se masturbaba a la vez.

Unos segundos después sentí cómo me apretaba con los músculos de la vagina. Casi me corrí en ese instante, pero aguanté. ¿Cómo narices habían hecho eso? No me lo había hecho ninguna.

Siguió masturbándose y yo seguí dándole fuerte hasta que explotó con un fuerte gemido y convulsiones.

Me encantaba ver cómo se corrían las mujeres, el arqueo de su espalda, cómo se les ponían duros los pezones y la expresión de placer puro de sus rostros, para mí aquello era como ver a un ángel caído del cielo.

Pocas embestidas más sirvieron para incrementar el ritmo como a mí me gustaba y acabar derramando mi semen dentro de ella.

Me apoyé en la cama para contenerme y resoplé. Después de cada orgasmo era como si perdiera la fuerza, pero como si me renovara. Era una sensación muy particular que me encantaba.

Salí de ella con cuidado de no derramar el semen al sacar el condón y me recosté a su lado en la cama.

Ambos resoplamos, relajados.

Nos giramos para mirarnos y nos besamos. Nuestras bocas estaban secas por el esfuerzo.

Después miramos hacia el techo y nos quedamos los dos perdidos en nuestros pensamientos.

Ella no lo sé, pero yo sólo podía pensar en repetir aquello una segunda, tercera, cuarta y un millón de veces más.



CAPÍTULO 21

AMOR

Impresionante. Esa era la palabra, impresionante. Así se lo estaba relatando a Alex, que la muy morbosa me había pedido todos los detalles de mi polvo con Sebastián.

—Qué zorra, ya sabía yo que ese tenía pinta de buen follador. ¡Tu coño lo ha disfrutado! ¿De qué te quejas?

—*Puff*, pues porque la he cagado, pero bien.

—¿Por qué dices eso? Te has tirado a un tío que está como un tren y que además la tiene enorme. Es el sueño de muchas. ¿Dónde está el problema?

—En que quiero recuperar al innombrable y creo que tirándome a otro no es el mejor camino.

—Amor, o dejas de decir gilipolleces o te cuelgo, y sabes que no voy de farol.

—Joder, Alex, deberías entenderme, ¿no?

—No, no te entiendo. Estás ciega, ¿no ves que a ese chico le gustas?

—Ya, para un polvo y se acabó. Ya verás como ya no vuelve a llamarme. Ya ha conseguido lo que quería, soy una más de su lista.

—No lo creo. Hazme caso, vi cómo te miraba y creo que no eres “una más”.

—Bueno, no sé. Pero no está bien lo que he hecho y me he rayado.

—Pues no te ralles porque no tienes motivo. Te lo dije, ese gilipollas de mierda no te merece. Nunca te ha merecido, te estás jodiendo la vida por él y te voy a decir algo más, él está haciendo la suya tan feliz. No tiene ni un puñetero remordimiento porque sabe que te tiene en la palma de su mano. Si se entera de que te has follado a otro, seguro que le jode en su orgullo y vuelve.

—¿Se lo digo?

—¿Estás tonta? No hables con él. Si se tiene que enterar se acabará enterando y si no es por ti, le joderá todavía más. Pero no te aconsejo que entres en ese juego. Simplemente y cómo te he dicho siempre, vive tu vida, céntrate en ti y que le jodan. Si era para ti, volverá él solito, pero no le esperes. Él no va a esperarte a ti, y siento ser tan dura, pero es por tu bien.

Me la imaginé poniendo los ojos en blanco. No me gustaba nada cuando se ponía en modo “yo lo sé todo” porque en realidad nadie excepto él y yo sabíamos lo que había pasado en nuestra

relación y me molestaba que todos lo trataran de cabrón, cuando yo no pensaba que lo fuera. Siempre albergaba una esperanza por todo lo que vivimos, que fue muy real. Lo que sí que es cierto que me molestaba era que él no hiciera nada para quitarles la razón, por eso estaba tan mal muchas veces, porque dudaba de mí misma por confiar demasiado en que él me seguía queriendo.

—¿Te gustó el polvo? —me preguntó en tono serio.

—Sí, claro. Folla muy, muy bien.

—Pues tíratelo las veces que puedas y verás como poco a poco te encuentras mejor y puedes pensar con claridad. Lo que pasa en Mallorca se queda en Mallorca. Cuando vuelvas a casa ya apañarás algo.

—Ese consejo ya me gusta un poco más, aunque tengo que darle una vuelta. Además, en algo tienes razón, ahora mismo estoy soltera y estoy aquí y vine para relajarme y no hacer ninguna tontería, quizá me venga bien a modo de desconexión y cuando vuelva como tú dices ya apañaré algo. Total, el daño está hecho ya...

Aunque bueno, repito que él no creo que me vuelva a llamar y tampoco quiero pillarme. Ya sabes cómo soy.

—No creo que lo hagas, para tu desgracia y la mía, tienes demasiado metido en la cabeza al innombrable.

—Yes... —contesté, alargando la s.

—Bueno, perra, me han encantado los detalles, un día de estos me tocaré imaginándomelo, pero ahora te tengo que dejar.

—Diooossss, no me digas eso, ¡cerda! —contesté, riendo.

No tenía remedio.

—Tengo que investigar sobre la muerte de un carnicero y me da mucho yuyu. Mañana te cuento a ver si no me quedo tiesa en la sala.

—Madre mía, vale. Mañana hablamos.

—¡Folla mucho!

—¡Y tú también!

Colgué la llamada y dejé el móvil en la mesa con una sonrisa.

Alex era tremenda, tenía ese poder de sacarme siempre de mis casillas, pero a la vez hacerme feliz.

No te lo había dicho, pero es criminóloga. Una a la que le dan miedo los muertos, así que todo muy lógico, como es ella.

Pero desde niña siempre le había encantado lo de investigar, buscar asesinos...

Siempre estaba leyendo libros de thriller. Una de sus escritoras favoritas era Sophie Fletcher. Devoraba sus libros como si los bebiera.

Fui al baño a lavarme y cuando estaba sentada escuché el sonido del móvil.

Corrí, pero ya habían colgado.

No te miento si te digo que me emocioné un poco pensando que fuera Sebastián, pero no, era mi madre.

La tenía muy abandonada. Sólo había hablado con ella un par de días desde que estaba allí.

Le devolví la llamada.

—Hola, mami. Perdona que estaba en el baño.

—Hola hija mía. ¿Cómo estás? Nos tienes un poco preocupados, aunque mi intuición me dice que estás viva, nos gustaría poder corroborarlo de vez en cuando.

Mi madre es un ser de luz. Ella se guía siempre por la intuición. También es Piscis y me

inculcó nuestra faceta de soñadores y de tener ese sexto sentido que nos hace especiales para muchas cosas.

—Perdón, perdón, lo sé. La verdad es que me está volando el tiempo.

—¿Cuándo vuelves?

—Me quedan dos semanas y media.

—Bueno, aún puedes disfrutar. Vino Alex a vernos y nos enseñó alguna foto. Estás muy guapa hija, te sienta bien la libertad.

Como te dije, a mi madre no le gustó la idea de que el innombrable y yo rompiéramos, y me martirizó un poco culpándome de ello. Pero no podía hacer nada, la primera que quería volver era yo.

—Vaya, me sorprende escuchar eso de tu boca mamá.

—Soy objetiva, aunque ya sabes lo que pienso.

—Lo sé, y yo también quiero, pero si él no... Yo ya no puedo hacer nada más. Bastante hago ya.

—Bueno, hija, perdona, no quiero martirizarte más. ¿Te hiciste la limpieza el mes pasado?

—Sí, mamá.

Le encantaba el tarot, y cada mes quería que fuera a hacerme una limpieza espiritual para liberarme de las malas vibraciones.

—Ya verás como eso te ayuda. Siento que algo nuevo ha pasado, por eso te he llamado. ¿Estás bien?

Joder, al final va a ser verdad que era algo bruja, eso o Alex le había contado todo, pero no, con mi madre no se atrevía a hablar de esas cosas.

—Bueno, algo hay —confesé.

—Ya... bueno ya me enteraré. Lo importante es que estés mejor.

—No sé si estoy mejor, mamá. No sé nada.

—Hija, alinea tus chakras y verás como todo se arregla. Ya verás.

—Gracias. ¿Vosotros estáis bien?

—Sí, nos vamos el fin de semana al pueblo a ver a tus abuelos.

—¿Cómo está la yaya?

Llevaba mucho tiempo enferma y el día menos pensado nos daba un susto.

—Bueno, va aguantando. Ya sabes que es dura como una piedra. Como buena Tauro que es.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré hija. Bueno cuídate mucho, y ya me contarás a tu vuelta.

—Sí, mamá. Gracias, te quiero.

—Y yo a ti, hija, aunque a veces tu padre y yo no te lo demostramos mucho...

Dejé el móvil de nuevo en la mesa y regresé al baño. Me había quedado a medias.

Un sentimiento raro me invadió. Era una mezcla entre melancolía y sentimiento de culpa. Cuando estaba fuera de casa me daba pena y eso que la relación con mis padres había cambiado mucho desde que el innombrable y yo nos separamos.

Estoy segura de que todavía seguía yendo a casa. Un nudo se me instauró en el estómago y como no quería volver a lo de antes, salí a dar un paseo.

Cuando acabamos de follar Sebastián y yo, nos quedamos tumbados en la cama, los dos en silencio. Yo me arrepentí casi después de haber tenido el orgasmo, y él no sé en qué estaba pensando, pero se puso muy serio de repente. No me gustó.

Lo que ocurrió después fue una mierda.

Se levantó, fue al baño a limpiarse y vestirse y regresó para darme un beso y avisarme de que

debía irse.

Me sentí como una puta, ya no solo por el remordimiento que tenía, sino porque me estuviera tratando así.

Estaba desnuda y de repente ante ese anuncio me dio mucha vergüenza. ¿Por qué cuando nos tratan mal y estamos sin ropa nos sentimos más indefensos? Es como si taparnos el cuerpo nos diera fuerza al no estar tan expuestos, no lo sé.

Me quedé bastante helada, no supe reaccionar. Creo que ni le contesté y se resignó a levantar los hombros y salir por la puerta.

No me escribió ni yo a él, y ya había pasado un día y medio.

Quizá ambos estábamos esperando a ver quién hablaba primero. No quería pensar mal, pero al final la idea de que sólo quería acostarse conmigo me rondaba una y otra vez, y lo peor. Que cuando me tumbaba en la cama le sentía a él dentro de mí, follándome duro con su precioso pene y todo lo que me hizo aquella mañana... Mierda, ¿por qué?



CAPÍTULO 22

SEBASTIAN

Mierda, mierda y mierda ¿Qué había hecho? ¿Por qué me había ido de aquella manera?

Eso no se hace, es regla número uno del caballero. Después de follar no se abandona a la otra persona, es algo de lo más denigrante que te pueden hacer. No me quería ni imaginar cómo se pudo sentir, lo mal que le pudo sentar mi comportamiento.

Fui un gilipollas y seguro que pensó que sólo quería aprovecharme de ella.

No puedo decir que no lo haya hecho nunca, pero sí es cierto que la situación era distinta, y que las últimas veces siempre me quedaba con ellas.

Sé lo que jode porque me lo hizo una chica una vez y me sentí utilizado. Desde entonces me dije que no volvería a hacerlo.

A veces debemos sufrir en nuestras propias carnes los hechos para poder comprender el daño que hacemos sin darnos cuenta.

Me daba mucha vergüenza llamarle o decirle algo después de haber actuado así, temía el que me mandara a la mierda o me dijera cuatro cosas bien merecidas.

Para empeorar mi estado de ánimo, cuando llegué a casa estaba Marina.

—Hola, cariño —me saludó.

—Hola ¿Dónde has estado todos estos días? —pregunté, seco y directo al grano.

—Ya te lo dije, teníamos servicio en uno de los yates privados.

—No, no me lo dijiste.

—Sí, te lo dije hace un par de meses.

—Joder y ¿tú te crees que me voy a acordar?

—Deberías —respondió con chulería—. Te he echado de menos —me dijo, acercándose a mí.

La vi guapa, la verdad. Pero algo había cambiado, después de haber follado con Amor era como que la veía muy artificial.

Seguía estando demasiado buena, y es cierto que el sexo que tenía con ella era siempre perfecto, pero me daba la misma sensación que cuando te masturbas viendo porno, sabes que no lo están disfrutando porque es todo fingido. No sé cómo explicarme.

Hice ademán de echarme para atrás, pero el sofá me lo impidió.

Se acercó todavía más, hasta el nivel en que podía sentir sus hormonas.

Sentí cómo mi pene se levantaba. ¡Mierda! ¿Por qué tenía que ser tan independiente?

La sangre se me fue abajo y ya no fui capaz de pensar. Se acercó a mí y juntó su boca con la mía.

Tras haber besado a Amor, los besos con Marina me parecieron fríos e impersonales, pero tenía algo que no me dejaba parar.

En un arrebato, la agarré y la tumbé en el sofá, no me detuve en preliminares, le bajé las braguitas, me quité los pantalones con los calzoncillos y la penetré.

Descargué toda mi rabia contenida sobre ella con cada embestida.

Aumenté el ritmo y ella hizo aquello que me volvía loco. Se corrió a borbotones sobre mi polla, gimiendo y gritando.

La agarré por el cuello con fuerza y se convulsionó por el placer, nos encantaba el sexo así, rudo y salvaje.

Poco después me corrí sobre ella, llenándole la vagina con mi semen, vaciándome por completo de nuevo, dentro de otra mujer, sin necesidad, por puro vicio y por gilipollas.

Salí de ella y me fui al baño dejándola en el sofá, relajada.

Me miré en el espejo y me eché las manos a la cara, avergonzado ¿Qué acababa de hacer? ¿Por qué me sentía peor habiendo follado con la que era mi novia que habiéndolo hecho con Amor?

Me sentí como una mierda, y de nuevo, también con Marina, la volví a cagar.

Me aseo y al salir del baño, sin ni siquiera mirarla, salí del piso dando un portazo y me dirigí a la playa, necesitaba pensar.



CAPÍTULO 23

AMOR

No entendía nada, no entendía al ser humano y en concreto al género masculino. Había ido todo bien y de repente era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Aquello me hizo valorar todavía más al innombrable. Era algo que él no me habría hecho, porque si no lo hubiera tenido claro ni siquiera se habría acostado conmigo.

Llamé a Alex y le dije que llevaba tres días sin dar señales de vida. Había pasado el fin de semana y pensé que igual tenía lío en el trabajo, pero algo me decía que no era ese el motivo.

—Oye ¿Y si está casado? —me preguntó Alex.

—No sé, me lo habría dicho, ¿no?

—No creo.

—No sé, no sé.

—¿Has probado a llamarlo tú?

—No....

—Pues prueba y a ver qué te dice. A ver qué excusa tiene.

—*Pozi, puff* estoy harta de los tíos de verdad... No tenía bastante con preocuparme con uno y ahora con otro. Ya sabía yo que esto no me ayudaría.

—Venga, dale una oportunidad. Seguro que tiene alguna explicación.

—*Ains*, Alex. Yo no sé cómo haces para estar con uno y con otro, pero bueno, te haré caso.

—Hazme caso, sé cómo te miraba ese tío y no te follaría y te abandonaría, más bien creo que se ha acojonado.

Suspiré y nos despedimos.

De verdad que no sé cómo había gente que cada fin de semana estaba con uno, yo nunca lo había hecho y ahora al “volver al mercado” y haber follado con uno que no era el innombrable me sentía fatal. En fin... le haría caso a Alex y le llamaría más tarde.

Para oxigenarme decidí ir a una de las calas que me había dicho. Busqué un autobús y quince minutos después estaba disfrutando de las maravillosas vistas del mar azul.

Me acerqué a la orilla, aunque era imposible caminar ya que estaba llenísimo de personas. Me anoté mentalmente el volver allí por la tarde, cuando no hubiera gente debía ser precioso.

Un sonido metálico me sobresaltó. Sonó por detrás de mí, pero allí no había nadie.

Siguió sonando, incluso con más fuerza, y entonces caí en que llevaba el móvil en la mochila. No reconocía aquel tono en absoluto.

Abrí la cremallera, y sí, era mi móvil, pero cuando finalmente lo encontré, habían colgado. Qué rabia me daba eso, porque parece que están escuchando y cuelgan cuando estás a punto de cogerlo... Bueno, no sé, cosas mías.

Al desbloquearlo y ver de quién se trataba, el corazón me dio un salto. Era el innombrable.

No me lo podía creer. Seguro que se había equivocado o algo. No sabía si alegrarme o mandarlo a la mierda.

Me temblaban las manos y casi se me cayó el móvil. No sé cuánto tiempo estuve quieta inmóvil, pero creo que más de lo que una persona normal haría.

No sabía qué hacer, ¿le devolvía la llamada? ¿Me hacía la dura y si volvía a llamar otra vez le colgaba?

No pude pensar mucho más ya que volvió a sonar aquella musiquita que no conocía, era él de nuevo.

No aguanté, me tragué mi orgullo de nuevo y descolgué. Las ganas de escucharle eran mayores y además él no solía llamar, ni aun cuando estábamos juntos, y menos dos veces tan seguidas. ¿Y si pasaba algo? ¿Y si había ocurrido algo con papá y mamá? Empecé a rayarme y respondí, quizá algo más brusca de lo que quería haber sido.

—Hola ¿qué pasa?

Se quedó algo en shock, creo que no se esperaba esa respuesta o al menos en ese tono.

—Hola Amor, ¿cómo estás?

—Hola, estoy. ¿Ha ocurrido algo? ¿Por qué me llamas? —pregunté, poniéndome nerviosa.

—No pasa nada, tranquila. Sólo quería hablar contigo, quería escuchar tu voz, ver cómo te va y contarte algo.

—Pues no sé ni qué contestarte, me has jodido, no puedo dormir, como como una cerda, no puedo estar en mi casa y no dejo de pensar en ti, aparte de esto creo que todo perfecto —respondí con un cierto tono de ironía.

—Joder... Lo siento.

Me encantaba su voz, no podía evitar que se me pusieran los pelillos de punta cada vez que le escuchaba.

—Te he llamado porque esta mañana me he encontrado a Pipi muerto en su jaula —soltó a bocajarro.

Pipi era un canario que le había regalado hacía algunos años. Le encantaban los pájaros y me hacía ilusión que tuviera uno en casa. Él de su propia voluntad no se lo habría comprado, pero siendo regalado no se veía en la tesitura de ir a buscarlo o no.

—Ostras, lo siento mucho —dije con sinceridad.

No le hacía mucho caso al pájaro, pero me daba pena que quizá el último vínculo que teníamos ya no estuviera, y también me daba pena por el pobre animal.

Estuvimos hablando un poco de él, de las aventurillas que habíamos vivido y me sorprendí riendo como siempre hacía con él. En aquel momento si le hubiera tenido delante le habría besado, no me habría podido contener, lo sé.

Seguimos hablando, le acabé confesando que me había marchado a Mallorca, aunque no quería haberlo hecho, me dijo que él seguía su vida como siempre, y eso me dolió, porque sí, me había llamado, pero según avanzaba la conversación sospeché que era más porque estaba aburrido o porque tenía curiosidad, que porque realmente me echara de menos.

Como siempre, él para mí lo era todo, así que no quise pensar mal y simplemente me quedé con la idea de que en aquel momento había pensado en mí y me había llamado. Ya está.

Quedamos en vernos a mi regreso y me despedí con una sonrisa en los labios. Era una idiota. Miré el mar embelesada, mi cuerpo estaba allí pero mi mente había volado junto a él. Me sobresalté al escuchar de nuevo aquella melodía. No sabía cómo se había configurado sola, quizá con la nueva actualización del teléfono se había cambiado, solo sé que no lo reconocía como mi móvil.

Pensé que era él de nuevo queriendo contarme algo más, pero no. ¿Adivina quién era esta vez? Sebastián. ¡Toma ya!

Descolgué y respondí.

—Hola —dije, seca.

—Hola, Amor.

Me di cuenta de que el efecto que me había producido la voz del innombrable no tenía nada que ver con el que había sentido al escuchar a Sebastián.

No era ni mejor ni peor, sino simplemente, diferente.

Como no dije nada más, continuó.

—Lo siento muchísimo por lo que hice. Lo siento, de verdad. No quería irme de aquellas maneras, después me arrepentí y no me atrevía a llamarte por si me mandabas a la mierda, la verdad.

—No te hubiera mandado a la mierda, es más, me habría ayudado a perdonarte antes el que te hubieras ido.

—Joder... Lo siento.

Misma frase, dicha por dos hombres diferentes.

El tono del innombrable sonaba algo forzado incluso, pero el de Sebastián sonaba sincero. De esos que se dicen con cuentagotas porque realmente salen del corazón.

—No pasa nada, tranquilo, ya está. ¿Cómo estás?

—Bueno, ahora que he hablado contigo y me has dicho que no estás enfadada estoy mucho mejor.

—No, no estoy enfadada ni muchísimo menos.

—*Fiuff*, gracias —resopló—. Oye, me gustaría compensarte por lo del otro día.

—No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. No debí irme así. ¿Te apetece quedar esta noche?

No sabía qué responder, por una parte, tenía ganas de salir de casa, pero por la otra, al haber escuchado al innombrable volvía a sentirme un poco mal por quedar con él.

—¿Y si quedamos mejor por la tarde?

—Por la tarde no puedo, tengo que echar una mano en el bar, pero por la noche estoy libre. Te prometo que no pasará nada que no quieras, de verdad. Te invito a cenar y si luego no te apetece seguir conmigo te llevo a tu casa.

Me lo pensé durante un momento, valorando los pro y los contra de la situación. Finalmente decidí que también era justo que pudiera expresarse, supuse que para él era importante que nos viéramos, así que accedí.

—Vale, pero no muy tarde.

Casi pude verlo sonreír al otro lado del teléfono.

—Gracias. Te paso a buscar sobre las nueve.

—Muy bien, hasta luego, Sebastián.

—Hasta luego, Amor.

Paseé por la calita, inspirando profundamente la brisa marina que llegaba hasta mí.

Me encantaban esas pequeñas cosas que tenía el verano. El poder pasear con un vestido de tirantes sin necesidad de llevar capas y capas. El poder sentarte en una roca a ver el atardecer rojizo, sabiendo que al día siguiente no tienes que trabajar, respirar el olor a mar de la playa y la mezcla de perfumes que dejaba aquella estación. Me encantaba.

Le envié las buenas nuevas a Alex, excluyendo mencionar la llamada del innombrable, no quería ninguna charla de madre volviéndome a decir lo mismo.

Una vez recargué las pilas, recogí los bártulos y regresé a casa.

A las nueve en punto sonó el timbre, y yo ya llevaba más de media hora lista. Tenía ganas de verle de las que quería admitir.



CAPÍTULO 24

AMOR

Bajé corriendo los escalones como una niña pequeña a la que avisan para ir al parque de atracciones.

Cuando llegué a casa me puse a pensar en que la llamada del innombrable no tenía por qué cambiar lo que estaba viviendo entonces. De hecho, inconscientemente le odié un poco aparecer justo en ese momento para amargarme el viaje. No tenía suficiente con llorar sin parar cuando me quedaba sola, sino que encima debía joderme el resto de las vacaciones. Pues no.

Reconozco que Sebastián cometió un error marchándose así, pero no debía tampoco martirizarlo, todos nos equivocamos.

Supe que debía darle otra oportunidad, además estaba muy cómoda con él y no quería que las cosas quedaran así.

—Guau, estás preciosa —me dijo al verme cuando abrí la puerta del coche.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Y era más que cierto. Llevaba unos pantalones blancos, que le marcaban demasiado bien sus atributos, y una camisa negra con las mangas remangadas hasta el codo.

Me acerqué para darle dos besos, pero él me agarró la barbilla para girarme la cara, y me plantó un beso en los labios.

Me quedé quieta, fue tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar.

—Necesitaba pedirte perdón por lo del otro día —me dijo en tono avergonzado.

—No pasa nada. No te voy a negar que no me sentó bien, pero ya está, tampoco hagamos un drama de ello.

—Amor, me fui porque me gustas demasiado —murmuró.

Una parte de mí, la peliculera, se moría de ganas por decirle que a mí me ocurría lo mismo, me tiraría a sus brazos y empezaríamos una historia de romance de manual, en la que mi amor por el innombrable quedaría eclipsado por el pasional Sebastian, por otro lado, mi yo sensato me advertía de que esto era lo que llamaban “amor de verano” prácticamente lo acababa de conocer y no sabía nada de su vida.

Finalmente opté por no decir nada y asentir con la cabeza.

Sonrió, mostrándome su dentadura perfecta. ¿Cómo un ser humano podía tener aquel físico de revista? Pensaba que era sólo cosa de los anuncios o del Photoshop de los famosos, pero de verdad que nunca había visto en carne y hueso a un chico tan “perfecto”.

—¿Vamos? —me sugirió, abriéndome la puerta del coche como un caballero.

—Vale —le sonreí.

Durante el camino me volvió a pedir perdón, estaba realmente bastante afectado. En uno de los semáforos cuando paró el coche, le cogí la barbilla, le obligué a girar la cara y le besé, fundiéndome en un beso exprés y dando por concluido el problema. Sonreímos.

Besar sus labios era como comer una gominola, eran suaves, carnosos y muy apetecibles. Me encantaban.

—¿Dónde me llevas?

—Al faro. Tengo algo preparado para ti.

—Oh. ¡Qué misterio!

Aparcó el coche en el parking de la explanada y fuimos caminando por el sendero que llevaba hasta el faro.

Cómo cambian los caminos que ya conoces, ¿verdad? Es como que te da la seguridad de que sabes a dónde vas, a pesar de no saber qué sorpresa me esperaba.

—Por favor —me indicó, abriéndome la puerta.

—Oye, si todas tus disculpas son así, tendrás que portarte mal más veces —le dije con tono pícaro.

Sonrió.

Accionó las luces y una pancarta enorme colgada de las escaleras que subían a la torre me recibió.

“Lo siento, Amor”

—Madre mía. ¿Cuántas pelis de Bridget Jones has visto? —solté una carcajada.

—Ninguna.

—Gracias, Sebastián. De verdad, ya está. No pasa nada.

Me acerqué a él y lo besé. Me perdí, perdí la cabeza, perdí la noción del tiempo y perdí el miedo que me daba abrirme con él.

Cuando conseguimos separarnos, subimos hasta la sala superior, donde había preparada una mesita redonda a lo estilo francés, decorada como si fuera un restaurante de alta gama, si es así cómo se definen.

Copas, varios cubiertos, una vela, la servilleta de tela perfectamente plegada encima del plato, etc.

Accionó el equipo de música y empezó a sonar Michel Bublé.

—Madre del amor hermoso. ¿Dónde está la cámara y qué hago yo dentro de una película romántica? —pregunté, soltando una carcajada atónita.

Lo cierto es que yo he sido siempre mucho más sencilla, a mí con una cena en el McDonald's ya me llega, y creo que sólo una vez el innombrable me preparó una sorpresa así, de las que luego te duelen al pagar la cuenta.

No obstante, y a pesar de todo, he de admitir que la puesta en escena era super erótica y que tenía ganas de follarle allí mismo, pasando de tanta parafernalia.

¿Quién eres tú y qué has hecho con Amor?

Mi vocecita de la conciencia me recriminó ese atrevimiento por mi parte, pero la encerré con

llave en la habitación. Me enfadé un poco con el innombrable, y quizá fue para mí una especie de “darme un capricho y pensar en mí por una vez” pero sí, con aquel ambiente saqué mi lado salvaje.

Me abalancé sobre él con la intención de agarrarle por detrás y devorar sus labios cuando estaba de espaldas abriendo la nevera para sacar una botella de vino, con tan mala suerte que le empujé, perdió el control y la botella cayó al suelo explotando en miles de cristalitos.

Mierda, una señal.

—Joder, joder, joder. Lo siento —le dije.

—¡No pasa nada! Lo recojo en un momento, y por el vino tampoco te preocupes que tengo la nevera llena.

Me alejé con las manos en la cara, avergonzada.

—Lo siento.

Soltó una carcajada sincera.

—¿Me vas a preparar una cenita romántica en tu apartamento para pedirme perdón? —preguntó, acercándose a mí, peligrosamente.

—No, pero se me ocurren otras formas de hacerlo.

—¿Ah sí? —preguntó, juguetón.

Se acercó a mí, acorralándome contra la encimera.

La temperatura empezó a subir y el corazón empezó a bombear sangre a toda velocidad.

Me lancé a él con cuidado de no pisar los cristales. Me levantó en volandas como si no pesara nada y aquello hizo que se le marcaran los bíceps de los brazos, poniéndome todavía más cachonda.

Me llevó hasta un rincón donde había un pequeño sofá en forma de medialuna y me tiró sobre él.

Apartó la mesita que estaba enfrente y se colocó encima de mí.

Intenté revolverme y salir de su prisión de carne y hueso, quería llevar el control, pero no me lo permitió.

Me agarró del cuello y me besó con pasión. Me encantaba aquello, era algo que me volvía loca. Me devoró los labios y empezó a palparme los senos con delicadeza.

Sin dejar de besarme subió su mano por mis muslos, levantándome el vestido negro que llevaba. Sentí su suave mano acercándose poco a poco a mi entrepierna, acariciándome con la yema de los dedos y volviéndome loca, provocándome.

Separó su boca de la mía y gemí a modo de quejido. Moví mis caderas para acercarlas a su mano.

Sonrió con aires de superioridad y la seguridad que da el tener el control.

—¿Quieres más? —preguntó.

—Sí —respondí con la boca seca.

Siguió subiendo hasta acariciarme las braguitas. Menos mal que me había puesto las de mi conjunto “elegante” y no las de esparto como las solía llamar Alex.

Pasó uno de sus dedos por mi sexo, acariciándome a través de la tela, humedeciéndome.

Con la otra mano me levantó el vestido y me incorporé levantando los brazos para que me lo sacara.

Alargué mis manos para tocarle el pecho, quise hacer lo mismo con su camisa, pero me lo impidió. Sacó la mano de mi entrepierna para mi desgracia y se la quitó.

Quería tocar su torso desnudo, ese que me había imaginado cuando lo miraba.

Nos separamos un segundo y sonrió con aquella boca que me estaba volviendo loca.

La realidad había superado a la imaginación. Un pecho moreno, perfecto, evidenciado todavía más por el contrate de la camisa negra, y esculpido por los dioses quedó ante mis ojos y regresó a la acción.

Me agarró el culo y me obligó a levantar las caderas para bajarme las braguitas. Me sentía aprisionada así que aproveché para soltarme el sujetador y quedar completamente desnuda ante él.

—*Mmm* —se relamió al ver mis pechos bamboleantes al tumbarme de nuevo en el sofá.

Acercó su boca a uno de ellos y me lamió el pezón, lo agarró con una mano y lo apretó mientras se llevaba un dedo a la boca y lo chupaba, para después pasarlo por mi vagina, empapándola.

Me estremecí. Sentí sus dedos expertos moverse con pericia, calentándome, excitándome a niveles estratosféricos.

Alargué mi mano para tocarle el pene, pero me la retiró y gruñí.

—Primero tú —dijo.

Emití un quejido al cual hizo caso omiso y siguió con su juego.

La intensidad de sus movimientos se volvió más fuerte, introdujo uno de sus dedos en mi vagina y lo movió, haciendo que casi me corriera al instante.

El sonido de chapoteo de mis fluidos chocando con su dedo en mi vagina me excitó todavía más, hasta que sentí cómo el orgasmo se apoderaba de mi cuerpo, descargándose como un rayo y manifestándose en forma de explosión acuática sobre su mano.

Me corrí, me corrí mucho, como hacía días que no conseguía. Me deshice y me vacié, y pareció encantarle, porque se agachó y acercó su boca a mi sexo para lamerme, paseándola sobre mi clitoris hinchado y provocándome otro brutal orgasmo sobre su boca.

Me temblaban las piernas, me quedé relajadísima, en estado de paz absoluto, pero quería más. Quería sentirlo dentro con su pene, quería que me follara hasta la saciedad y volver a correrme junto a él. Quería sexo, y lo conseguí.

Se bajó los pantalones y los calzoncillos sin dilación y me penetró con rudeza. De una estocada, así tal cual estaba, espatarrada en el sofá, en lo que yo creía era una de las posturas menos sexys del mundo. Así me folló hasta que volví a correrme. Y así seguimos, cambiando de postura y de lugar.

Perdí la noción del tiempo, solo era capaz de disfrutar y gozar de él, hasta que finalmente no aguantó más, salió de mí, se quitó el condón y se corrió encima de mi espalda. Guau.

—*Fiuf* —suspiró, agotado.

—Joder... —dije, regulando mi respiración.

Se levantó para coger papel de la cocina y me limpió con cariño mientras yo permanecía inmóvil.

—Lo siento, me ha podido la fogosidad del momento —dijo, refiriéndose a su corrida de mi espalda.

Solté una carcajada.

—Tranquilo, no me disgusta.

—*Uhh*, así que eres de esas, ¿eh?

—Bueno, juzga tú —respondí, pícara tras lo que acabábamos de hacer.

Estuve completamente desinhibida y siendo yo misma. Me gustaba el sexo, no tenía vergüenza y aquella noche quería disfrutar, me lo merecía.

Nos quedamos tumbados con las piernas colgando por el respaldo del sofá, despatarrados, relajados y felices.

Nos giramos para mirarnos y pude ver su expresión postcoital. Esa mirada que se queda tras conseguir el clímax.

—La mejor manera que ha tenido nadie de pedirme perdón —le dije.

—Lo mismo digo —respondió, haciendo alusión a la botella de vino—. ¿Comemos algo? No sé qué hora es, pero creo que bastante tarde.

—Sí, tengo un hambre atroz. Además, imagino que tendrías una super cena preparada, ¿no?

—Así es —dijo, asintiendo y levantándose.

Hice ademán de acompañarle, pero me detuvo.

—Eres mi invitada, descansa y yo lo preparo.

Le dejé hacer, pero no pude aguantar sin hacer nada así que me levanté y me acerqué para ayudarlo.

Le agarré por detrás y me abracé a su torso desnudo. Se había puesto los calzoncillos y se marcaba la curva de su culo.

Estaba sacando unas cajas del horno. No sabía muy bien qué iba a preparar, pero dejé que me sorprendiera.

—Voy limpiando este desastre —le dije, mirando a los trozos de cristal.

—Ten cuidado, por favor.

—Sí, papi.

Le dejé hacer, y cuando me quise dar cuenta sacó una bandeja que olía de maravilla.

—Madre mía, pero ¿Cómo lo has hecho tan rápido?

—Lo tenía en las bolsas del cáterin, bastaba calentarlos, aunque no sea lo ideal porque es mejor comerlos recién hechos.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí, claro. Lubina al Cava, espero que te guste.

—Seguro que sí.

Recordé aquella vez que el innumerable me cocinó pescado, era nuestro aniversario y quiso sorprenderme.

—¿En qué piensas? —me preguntó con curiosidad.

Me sorprendí de aquella pregunta, no era consciente de haber sido tan evidente.

—En el pasado.

—Amor, sabes que el pasado nos ayuda en el presente, pero para que haya futuro debes mirar hacia delante, si no cuando llegue el mañana y te veas como estás ahora seguirás queriendo volver al pasado para cambiarlo. Yo soy el primero que se perdería en los recuerdos felices, pero hay que ser conscientes de que solo son eso, recuerdos.

No estaba completamente de acuerdo con lo que acababa de decir, pero asentí y volví a prestarle atención.

—Perdona —le dije.

—Nada, yo quiero que estés bien.

—Gracias, Sebastián.

—No hay de qué. Oye, quería comentarte algo. ¿Cuándo regresas a casa?

—En dos semanas más o menos. ¿Por?

Le vi hacer cálculos mentales en silencio.

—Perfecto. Pues porque quiero proponerte una cosa.

—Miedo me das...

—Voy a tener algunos días libres de trabajo y me preguntaba si te apetecería hacer un viaje para recorrer la isla conmigo.

Me quedé de piedra, no sabía qué contestar. Ni siquiera yo misma sabía lo que quería.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Pues a eso, a viajar por la isla para poder enseñarte todos los rincones que descubrí durante estos años.

—Ah, ¿Cómo que descubriste? ¿no eres de aquí? —pregunté con curiosidad.

—No, soy del sur de Alemania.

Abrí la boca con expresión de sorpresa, habría dicho que era muchas cosas, pero creo que nunca habría adivinado que era alemán.

—¿No me crees? Te lo enseño —dijo, echando la mano al bolsillo para sacar la cartera.

—No, no, te creo tranquilo —le dije, sonriendo —, solo que es impresionante, no tienes absolutamente nada de acento.

—Ya... es una suerte que tengo, se me dan bien los idiomas y enseguida se me pega el acento del lugar.

—Ya veo. A mí me encantan los idiomas.

—¿Sí? ¿Hablas alemán?

—Ja, *ein bischen* —respondí intentando sacar mi mejor acento.

—¡Ah! Pues puedes practicar conmigo si quieres.

—Ja! *Das ist super!*

Seguimos la conversación en alemán y me di cuenta de lo oxidada que estaba, pero él me corregía con diligencia.

—Entonces qué dices, ¿te apetece venir de viaje conmigo?

Me lo repensé un poco, había hecho este viaje para estar sola, pero en realidad me había dado cuenta de que no me estaba haciendo bien, que lo único que conseguía era retroalimentar mi malestar y encerrarme en mí misma, así que decidí que un viaje con él y más tras lo que habíamos hecho, sería algo muy positivo.

—Sí —respondí, concisa.

Una chispa de ilusión se instauró en sus ojos y me gustó el haberle hecho feliz con mi respuesta.

—Genial, tengo un par de ideas, mira....

Y me perdí, no me enteré de nada de lo que me estaba diciendo, sólo tuve la certeza de que aquel viaje me traería algo nuevo, aunque por otra parte me daba miedo, mucho miedo.



CAPÍTULO 25

AMOR

No tengo remedio, no lo tengo. Siempre que voy de viaje me pasa lo mismo. Me lo propongo cada vez, ¿eh? Créeme que lo hago, pero es imposible. No sé cómo, pero siempre llevo muchísimas más cosas de las que necesito.

—Ya voy, ya voy —le dije a Sebastián que estaba al teléfono.

—En cinco minutos estoy en tu casa —anunció.

—Vaaale.

Vacíé la mochila encima de la cama y volví a meter los vestidos en las bolsas de vacío, apretando todo y sacando huecos de dónde no los había.

Cuando terminé de cerrar la cremallera escuché el timbre.

Mierda, me habría gustado darme una ducha porque había sudado como si hubiera estado haciendo crossfit con la mochila, pero no quería hacerle esperar.

Le mandé un audio avisándole que bajaba enseguida. Recogí las cosas y cargada como un mulo bajé al portal.

Esperaba encontrármelo con su BMW, pero para mi sorpresa me estaba esperando con un Land Rover Defender con una tienda encima del techo.

Puse cara de asombro. Cuando me dijo de ir de viaje con él no me comentó el cómo. Di por hecho que nos alojaríamos en hoteles, pero una vez más me sorprendió.

Bajó para ayudarme a cargar las bolsas.

—Pero y ¿esto? —pregunté, mirándolo atónita.

—Nueva aventura, ¿no?

—Sí, sí. Desde luego. Pero ¿también es tuyo?

—Sí. Mi pasión escondida —respondió, encogiéndose de hombros—. ¿Vamos?

—¡Sí!

Me costó un poco subir ya que estaba muy levantado de suspensiones, pero enseguida le pillé el truco.

Era alta, pero mi libertad de movimiento y coordinación motriz eran bastante limitadas, por lo que se rio al verme “hacer malabares” para sentarme.

Le di un golpe cariñoso en el brazo.

—Oye, no te rías, puede que tu estés acostumbrado, pero yo no. Lo más parecido a un todo terreno al que me he subido ha sido la pickup de mi padre y allí hay un escalón —le dije, haciendo el gesto pijo con la mano.

Soltó una carcajada y arrancó el motor una vez estuve lista.

—*¡Let's go!* —dijo, sonriendo.

Llevaba unos pantalones cortos de aventura y una camiseta negra que le marcaba los bíceps y los pectorales. Me fijé en que se había puesto mi pulserita negra de cuero. Parecía otro, mucho más joven y con ese punto de salvaje que me atraía como la miel a las moscas.

No pude resistirme y le besé.

—Uh, empiezan bien las vacaciones.

—Eso parece, pero creo que voy yo demasiado elegante, ¿no? Me podías haber avisado de que íbamos de aventura —aprecié, mirando mi vestidito corto.

—No te preocupes, también llevo ropa pija —dijo, sacándome la lengua—. Venga, vamos.

Puso la meta en el navegador y así comenzó nuestra aventura particular.

Estaríamos cinco días en los que recorreríamos la costa y parte del interior de la isla. No había visto nada en los días en los que estuve así que para mí sería todo nuevo y me hacía ilusión.

Mallorca no es muy grande, pero seguro que nos dejábamos muchas cosas por ver.

No tenía ni idea del recorrido, me quería dejar sorprender.

—Bueno, la primera parada de hoy es la playa de Es Trenc.

Me puse a buscar en Google dónde estaba y me salieron algunas fotos.

—¡Ala que chulo!

—Pues espera a verlo allí.

Nos costó más dar vueltas para aparcar que el llegar allí.

—Puff, qué follón —me quejé porque estaba muerta de calor y quería ir ya a mojarme.

—Por eso te había dicho que debíamos salir pronto —me reprimió.

—Jo, lo siento. ¡Mira, ese se va! —dije, indicando un coche que tenía las puertas abiertas.

Finalmente aparcamos y sacamos las cosas para la playa. Nos pusimos los bañadores y las chancletas para ir más cómodos.

Ya sabes que yo soy más de ir por la tarde, pero es cierto que aquellos colores turquesa del agua no se veían con el sol vespertino.

—Guau, parece que estemos en el caribe —exclamé al ver la fina arena blanca, la playa larguísima y las aguas turquesas incitantes a entrar en ellas.

—Precioso, ¿eh?

—Sí.

—La pena de estas playas es que están llenas de gente, pero es lo que toca en esta temporada del año. Tendrías que venir a finales de septiembre que están mucho más vacías.

—Me lo apunto —respondí, sonriendo.

Buscamos un sitio y colocamos la sombrilla, las toallas y llegó el momento cremita. No sé por qué, pero eso siempre me ha parecido un acto muy de pareja. A poca gente le daba crema en la playa, la excepción era Alex.

Me había puesto el mismo bañador que llevaba cuando me vio y sonrió al desabrochármelo para darme la crema en la espalda.

—Quién lo iba a decir, ¿eh? —dijo con una media sonrisa.

—Ya te digo, desde luego yo ni me lo creería.

El roce de sus manos en mi espalda, masajeándome y bajando poco a poco para darme

también por las piernas, me excitó.

Bajó a los gemelos y me dio en los pies, aprovechando a masajearlos también.

—*Mmm*, esto más que protegerme del sol es un completo —murmuré, emitiendo un gemido de placer.

—A sus pies, señora.

Subió hasta mi trasero y cogiendo más crema me la extendió, masajeándose. Me estaba poniendo enferma. No aguanté más, me giré de improvisto y lo agarré del cuello para besarlo.

Le pillé desprevenido y perdió el equilibrio cayendo encima de mí.

Mierda, ¡cómo podía ser tan torpe!

—*Auuu* —me quejé.

—Joder, joder. Perdón. ¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, sí —dije, incorporándome.

—Ay, mi *pequechuela*, ven aquí.

Me abrazó como si fuera una niña que se acaba de caer, con una ternura y un cariño más propio de un padre.

—Gracias, gracias, estoy bien.

Me llenó de besos y mimos.

—Ya está, ya —me reí.

Le di la crema, sin detenerme en masajear y fuimos al agua.

Estaba buenísima, me habría quedado allí horas. No era yo muy de meterme, pero reconozco que se estaba en la gloria.

Nadamos juntos, nos relajamos, nos besamos como si fuéramos una pareja normal y salimos a la toalla para secarnos.

Me parecía que el tiempo pasaba demasiado deprisa. Sin darnos cuenta se hizo la hora de comer, y no me habría percatado si no me lo hubiera dicho él, porque estaba tan tranquila que no tenía ni hambre. Toda la ansiedad de los últimos días se había desvanecido.

—¿Tienes plan para comer?

—Sí —respondió, apretando los dientes en una sonrisa pícara.

—Madre mía, qué miedo me das.

—Jijiji. Ya verás.

Recogimos las mochilas, pero dejamos las toallas para guardar el sitio mientras comíamos. La idea era volver un ratito después de comer y después seguir hasta Caló des Moro.

Nos dirigimos al coche, y yo pensaba que nos íbamos a algún sitio, por lo que me monté y me quedé como una tonta esperando.

—¿Qué haces? ¿vamos o no? —le pregunté al ver que no se subía y le oí trastear por el maletero.

Le escuché reírse y bajé para ver qué estaba tramando. Me lo encontré sentado en una de las sillas plegables y ante una mesa de camping en la que había puesto un hornillo.

—Tachán, esta será nuestra comida —dijo, señalando una lata de conserva.

—¡Anda la leche! Me podías haber avisado de que comíamos de picnic.

—¿Y eso? ¿no te gusta? —preguntó, preocupado.

—¡Me encanta! Lo digo por haber traído el mantel —dije, mirando a las manchas que había sobre la mesa y sacándole la lengua para chincharle.

Realmente me encantó el comer allí en medio de un parking, sin importarnos que la gente nos mirara y que estuviéramos rodeados de bares y restaurantes donde podíamos ir a comer con total comodidad.

Ir a un restaurante podía hacerlo cualquiera, pero aquello tenía mucho más valor.

No pude resistirme y me acerqué para besarlo. Desde ese momento y casi hasta el final del viaje estuve con una sonrisa permanente en los labios.



CAPÍTULO 26

SEBASTIAN

Creo que me enamoré todavía más de ella en aquel momento. Cuando me dijo que le encantaba comer de picnic.

Era algo que yo siempre quería hacer, pero con Marina era imposible. A ella había que llevarla siempre a sitios lujosos y caros, para ella el sentarse a comer un bocadillo en el bordillo de la calle, o en el asiento trasero del coche era una vulgaridad, ella era así... era ella y ya está.

Degustamos unos sabrosos tortellini con atún y tomate, y entre besos recogimos todo para volver a la playa. Quería ir a ver el atardecer desde la calita, pero antes me habría gustado hacer algo de snorkel en sus aguas cristalinas.

No nos dio tiempo. A lo que me quise dar cuenta ya eran casi las siete y todavía estábamos en la playa tumbados hablando.

—¡Uh!, nos tendremos que ir —exclamé al mirar el reloj.

—Bueno, tendremos más días, ¿no? —me preguntó, dejando las cosas en el maletero.

—Sí, mañana podemos probar en otra cala.

Fuimos a ver el atardecer a Caló des Moro cerveza en mano, no estaba muy lejos de allí, y aunque se estaban dispersando un poco mis planes, no me importó. El poder estar con ella 24 horas seguidas me encantó.

Era mucho más natural de lo que me esperaba, todo parecía irle bien, no ponía pegas por nada, y me sorprendió lo poco que tardaba en arreglarse. Acostumbrado a Marina que estaba horas enteras en el baño maquillándose, el que Amor acabara en diez minutos me parecía un sueño.

—Bueno, señorita, ahora llega la hora del baño —le anuncié con tono misterioso.

Frunció el ceño, arrugando su pequeñita nariz.

—¿Qué baño? No querrás volver al agua ahora, ¿no?

Me reí en silencio y sin contestarle saqué la caja de la bomba eléctrica y coloqué la garrafa de agua en posición.

—No, no, el baño para lavarte, no pensarás irte a la cama sucia del salitre, ¿no? —la miré como haría un padre que quiere regañar a sus hijos.

La vi poner cara de sorprendida, creo que no había contado todavía con que nuestro medio de

transporte era también nuestro alojamiento.

—Ostras... pues... no lo había pensado —dijo, con preocupación.

—Tranquila, ven —le dije, acompañándola a la parte trasera del coche donde había colocado la alcachofa y el plástico de la ducha.

Soltó una carcajada y se llevó las manos a la boca.

—¡No fastidies! ¿Nos vamos a duchar ahí?

Por un momento pensé que la había cagado y que ahora era cuando me decía que la llevara a un hotel, pero nuevamente me sorprendió.

—¡Me encanta! —gritó, dando saltitos.

Me contagié su energía, la agarré sin pensar en un gesto impulsivo y la besé.

Cerró los ojos y fundimos nuestros labios en un beso salado pero muy, muy dulce.

La tensión empezó a crecer, como lo estaba haciendo mi pene al sentirla tan cerca.

Me tuve que controlar para separarme.

—Venga, a la ducha —le ordené con tono autoritario.

—¿Y tú? ¿no vienes conmigo?

Solté una carcajada.

—Me jode ser un cortarollos y decirte que aquí duchas largas para hacer juntos... no podemos —le dije mirando la garrafa de agua.

—Oh, vaya. Bueno, en seco tampoco se está mal —me dijo, acercándose y pasándome un dedo por los abdominales.

Me estaba poniendo malo.

—Venga, al agua —le dije, dándole una palmada en el culo y agarrando la alcachofa de la ducha para sujetársela.

Se quitó el bañador, quedándose desnuda sin ningún pudor.

Estábamos solos en el parking de la playa, pero fácilmente podría haber pasado alguien.

Me miró con picardía y se colocó en el centro del cubículo que preparé con el plástico. Una vez dentro ya no se veía nada.

—Dale —me ordenó.

Accioné el botón de la bomba y empezó a salir el agua por la alcachofa. La moví para mojarla entera y al ver caer el agua por su cuerpo desnudo me excitó muchísimo.

Estábamos en medio de la nada, ella mojada, y yo viendo cómo sus pezones se ponían duros y su pelo se empapaba creando pequeños hilillos de agua que recorrían su cuerpo, me dieron envidia.

Miré hacia otro lado para controlar el abalanzarme sobre ella y follármela ahí mismo.

Cuando terminó, me tocó a mí. Me pregunto si le ocurriría lo mismo, porque no dejaba de morderse el labio mientras me enjabonaba y la vi que evitaba mirar mi cuerpo desnudo.

Recogimos todo y comprobé que todavía nos quedaba agua para otro par de duchas.

—*Ohh* qué felicidad, qué bien se está —dijo, entrecerrando los ojos.

—Ya te digo.

—Oye, eres un crack, ¿lo sabes?

—¿Por qué?

—Porque tienes todo esto preparado, es una pasada. Seguro que no es la primera vez que lo haces.

Noté un cierto tono de... *Mmm* ¿celos?

—No, no es la primera vez que lo hago, pero sí es la primera vez que voy acompañado. Cuando llegué a Mallorca, la recorrí entera así. Solo —maticé.

Me pareció ver que se relajaba un poco.

—Pues mola, a mí también me gustaría hacer algo así —me dijo con la mirada perdida.

—Ya que vas a estar aquí un mes, es un paso.

Subió los hombros y noté una chispa de tristeza en su mirada.

—Bueno, ahora nos toca la cenita.

Sonrió, aunque vi en sus ojos un brillo que no me gustó. Intentó disimularlo, pero supe que en aquellos momentos no estaba allí conmigo, su mente estaba en otro lugar.

—¿Quieres cenar aquí o buscamos ya el sitio para dormir? —pregunté.

—Vamos mejor, así cambiamos de vistas.

—Vale.

Recogimos todo y nos montamos en el coche. Puse el GPS hacia el destino. Me había hecho una ruta con las áreas de autocaravanas donde podíamos dormir tranquilamente, tampoco quería llevarla off-road como había hecho mi primera vez.

Conduje con la ventanilla bajada, sintiendo la brisa del aire marino en mis mejillas. Me encantaba esa sensación, y no sé muy bien por qué en aquel momento vino a mi mente Marina. ¿Qué haría?

Recuerdo que en un viaje que hicimos juntos sentí esa misma sensación de libertad al conducir mi coche escuchando la música, con la diferencia de que al girarme hacia la derecha la copilota era diferente.

Marina no dejaba de mirarse al espejo para comprobar que su maquillaje estuviera en orden y de hacerse fotos para subirlas a redes. Era ya guapa al natural, no le hacían falta todos esos retoques, pero no le importaba.

Amor sin embargo estaba mirando el paisaje por la ventanilla, perdida en sus pensamientos como lo estaba yo.

El aire mecía su melena rubia como si fueran cientos de caballos cabalgando. También ella era preciosa al natural.

Miré a la carretera para no despistarme, no me imaginaba así el viaje con ella, según la iba conociendo me gustaba todavía más y eso que apenas acababa de empezar.



CAPÍTULO 27

AMOR

Nunca habría llegado a pensar que haría un viaje así de salvaje. Lo más extremo que había hecho fue un fin de semana que Alex y yo cogimos el coche con la tienda de campaña y nos fuimos a la playa un fin de semana.

Me quedé embobada mirando cómo se duchaba aquel adonis bajado a la tierra. ¿Cómo un ser podía estar tan bueno?

El hecho de estar en medio de la nada, solos él y yo también ayudó a que me excitara, porque lo hizo y mucho.

Cuando llegamos al área de autocaravanas que había visto en la aplicación, montamos la tienda del techo.

Flipé, en menos de dos minutos teníamos el que sería nuestro nidito de amor encima del coche.

Sacamos la mesa y las sillas y las colocamos debajo y Sebastián, con pericia, empezó a montar el hornillo para hacer la cena.

—La degustación de hoy especial para la señorita es, crema de puerro recién cortado acompañado de pechugas en salsa roquefort —dijo orgulloso, mostrándome las dos cajas de platos preparados.

Nos reímos y le ayudé a calentar el agua y verter el sobre.

Tras nuestra exquisita degustación entre risas y anécdotas que me contó sobre el camping salvaje, llegó la hora de recoger para subir a dormir.

Estaba cansada después de todo el día de aquí para allá. Me había acostumbrado a llevar una vida sedentaria en la que únicamente iba de la cama llorando al sofá llorando, no hacía mucho más.

—¿Preparada para una noche fantástica? —me preguntó en tono pícaro.

No supe si lo decía por la tienda o por otra razón diferente, pero la sangre se me fue a la entrepierna y mi vagina se humedeció ante la idea de un sexo salvaje encima del techo de un coche.

Recogimos todo y subí yo primera para acomodarme. La tienda era más grande de lo que parecía, podía incluso ponerme sentada dentro sin tocar la lona.

El colchón era muy cómodo y tenía muy buena pinta. Cerró el coche y subió para tumbarse a mi lado.

Evidentemente no era tan grande como una cama, y nos rozábamos codo con codo, lo cual hizo que se me erizaran un poco los pelillos.

Un escalofrío me recorrió y se propagó hasta mi sexo.

Sentí cómo su respiración se aceleraba cada vez más. Me estaba poniendo enferma, no sabía cuánto más aguantaría.

Hasta que entonces me agarró del brazo opuesto, y como si fuera un papel, me colocó encima suyo.

En un abrir y cerrar de ojos estaba sobre él mientras me agarraba la cintura con un brazo y la cara con la mano.

Me obligó a besarlo, nos fundimos en un apasionado y largo beso, muy deseado por los dos. La temperatura subió considerablemente y noté cómo su polla se engordaba bajo mi pubis.

Con la misma facilidad que me había colocado encima de él, me retiró para bajarse los pantalones y hacer lo mismo con los míos.

En apenas unos segundos estábamos desnudos. Se colocó un condón y se acomodó. Allí no había mucho sitio para moverse, lo cual dificultaba un poco las maniobras, pero nos apañamos.

Sentir su piel bajo la mía fue una sensación mágica. Siempre me preguntaba cómo podía estar tan suave.

Me acarició la espalda con sus grandes manos y fue bajando hacia mi culo, donde apretó con tanta fuerza que casi me hizo daño.

Emitió un gruñido muy varonil que me encendió.

Fue bajando más su mano, hasta pasarla poco a poco por mi vagina. Introdujo un dedo para humedecerlo con mi flujo y después lo llevó al clítoris donde encendió mi botón del placer haciendo que me corriera prácticamente al instante.

Vibré sobre su mano. Tuve que controlarme para no ponerlo todo perdido.

Entonces él no aguantó más, me agarró con fuerza de las caderas y me obligó a acoplarme sobre su polla erecta, la posición no era de lo más cómoda, pero me penetró con fuerza haciendo que sintiera su pene hasta el fondo.

Aumentó el ritmo, todo lo que daba de sí la estabilidad del coche, ya que parecía que estábamos en un barco si la intensidad era muy alta.

Varias estocadas más tarde, nos corrimos juntos al unísono, vaciándose dentro de mí.

Me giré sobre mí misma para quedar tumbada a su lado. Había sido uno de los polvos más salvajes de mi vida, ya no por el hecho en sí, sino por la circunstancia, en medio de un descampado dentro de una tienda encima de un coche, supera eso.



CAPÍTULO 28

AMOR

Esos morritos eran un pecado y yo estaba cayendo en la tentación. Eran de esos a los que te tirarías a morder, que te pegarías horas chupando y lamiendo, sobre los que podrías dormir, los que imaginas en ciertas partes de tu cuerpo y solo de pensarlo te morías de placer... Esos.

Puf, suspiré intentando coger aire, porque sentí que me faltaba la respiración ante semejante adonis.

Mi cabeza estaba un lío, me sentía atraída por aquel hombre hedonista, pero por otra parte la moral me impedía gozar. Moral infundada, porque, al fin y al cabo, yo era libre de hacer lo que quisiera, no tenía que rendir cuentas a nadie.

Durante unos segundos en los que varias opciones con varios finales se plantearon en mi cabeza, permanecí en silencio. No sé cuánto tiempo estuve, pero creo que para él fue eterno, ya que resopló, se incorporó acercándose a mí, me agarró de la nuca con aquella mano perfecta y acercó mi boca a la suya, quedando fundidos en un fantástico beso.

Rozar aquellos labios fue como alcanzar el cielo entre nubes de algodón.

Eran super suaves, blanditos y que incitaban a ser lamidos sin piedad.

Saqué mi lengua y desaté mi lívido contenida durante aquellos meses.

Abrí la boca y él hizo lo mismo con la suya. Quedamos fundidos en el vaivén de nuestras lenguas que se movían acompasadas al ritmo de nuestros corazones.

Parecía que nuestras bocas se conocían de siempre ya que se acoplaban a la perfección. Besaba extremadamente bien.

Sus manos ayudaron a beneficiar la tarea, ya que se dedicaron a acariciar mi pelo, haciendo que se me pusiera piel de gallina, y a bajar hacia mis muslos desnudos.

Su piel era tan suave que se notaba como una tela de seda sobre la mía. ¿Cómo un hombre podía tener las manos más finas que yo?

La temperatura subió y el ritmo se incrementó, haciendo nuestro beso más fogoso, más obsceno.

La vergüenza había desaparecido completamente y me encontraba ya completamente desinhibida.

Mis manos se dirigieron a su camiseta de lino blanco con urgencia para levantarla.

—¡Joder! —exclamé.

Él me miró con sus ojos verdes con expresión de superioridad. Sabía el poder sexual que ejercía sobre mí.

Estábamos sentados en la orilla de la playa, las luces de las farolas de la terraza a punto de abrir, y el tenue sol que aparecía tras el horizonte dibujaban un baile de luces y sombras en la arena. Aquella iluminación era perfecta para dejar volar la imaginación.

Sus abdominales se marcaban todavía más con aquella luz azulada.

No pude resistirme y mis manos se tomaron la licencia de acariciarle. No tenía ni un solo pelo en el pecho.

Fueron bajando poco a poco hasta llegar a su ombligo y acaricié su marcada V. Dios, estaba buenísimo.

Bajé un poquito más y por encima de sus calzoncillos acaricié lo que prometía ser una de las pollas más grandes que había visto nunca.

La boca se me hizo agua.

Él empezó a acariciarme los muslos. Me ponía muchísimo aquel juego de apenas rozarme con la yema de sus dedos. Se me erizaron los pelillos del cuerpo solo de pensar en el placer que me estaba proporcionando con un dedo.

Metió su mano por debajo de mi falda, abrí las piernas para dejarle acceso y él fue directo al grano.

Habíamos madrugado para ver el amanecer en la playa, y en lugar de eso, la salida del sol nos sorprendió follando bajo una de las rocas de la orilla. ¿Qué mejor manera que eso había de empezar el día?

Regresamos al coche con una sonrisa de oreja a oreja. Sebastián tenía todo súper estudiado y seguimos el plan de la jornada.

Los días siguientes recorrimos la isla visitando rincones maravillosos que se conocía como la palma de su mano. Me encantaba cómo conducía, le hacía super sexy.

Cada noche follábamos en la tienda, era como nuestro nidito de amor, no sé qué tenían aquellas cuatro telas, pero me ponían malísima.

Nos reíamos cada dos por tres porque hacíamos vida de hippies, lavarnos al aire en la calle, comer en la calle, follar sin parar...

En el recorrido visitamos Es trenc, valldemossa, deia y sa foradada, donde viví una de las puestas de sol más preciosas de mi vida.

Creo que fue ahí en ese momento, cerveza en mano, los dos sentados frente al mar, donde no se escuchaba nada más que el rumor de las olas chocando contra las rocas... justo ahí, creo que empecé a sentir algo más por Sebastián.

—¿Alguna vez has hecho paracaidismo? —me preguntó, cuando recogimos para volver al campamento.

—Una vez, pero hace mucho.

Recordé cuando el innombrable me regaló aquel bono para mi cumpleaños. Una punzada de dolor me atravesó.

—¿Por? —añadí, al ver que se quedaba pensativo.

—Porque he visto una empresa que pone que son los mejores de la zona. ¿Quieres que lo hagamos?

—¡Vale!

Me enseñó en el móvil el punto del que se lanzaban, y la verdad es que era impresionante. Reservamos para la mañana siguiente, me sorprendió que hubiera tanta disponibilidad.

—¿Qué te está pareciendo esta manera de viajar? —preguntó, sirviéndonos un vasito de licor que sacó de la nevera.

—Genial, la verdad. Da muchísima libertad y tranquilidad. Cuando viajas de hotel tienes que ir siempre corriendo para llegar a los check in y salir a los horarios que ellos quieren, etc. Es agobiante. Y ya ni te cuento si viajas en organizado, una vez fuimos a la Capadocia en esa modalidad y fue horrible. Acabé agotada y muy enfadada porque encima te enseñan lo que ellos quieren. Nada, muy mal. Así muchísimo mejor —le respondí, sonriendo.

—Ya, tal cual. Cuando empecé a viajar solo y descubrí este mundillo me enamoró, pero bueno, por circunstancias de mi vida no puedo hacerlo tanto como querría.

Vi en su mirada algo que me hizo pensar que aquello le hacía sufrir, pero cambié de tema.

Estudiamos dónde pasaríamos nuestro último día de la aventura antes de regresar a la “rutina”. Todavía me quedaba una semana en la isla y empezaba a pensar en que no quería regresar a casa. Tenía miedo, ya que todo lo que estaba viviendo era como un soplo de aire fresco. Incluso había conseguido pasar un día sin pensar en el innumerable. Quizá te parezca enfermizo, pero para mí era todo un logro.

El último día sería el plato fuerte, visitaríamos Pollensa, cap de Formentor, haríamos el paracaidismo por la mañana y por la tarde me dijo que tenía una sorpresa.

Le vi trastear con el móvil y cuando lo dejó encima de la mesa, en un arrebato se acercó a mí, me agarró la barbilla con la mano y me besó.

Sonreímos los dos por aquel ímpetu y le vi todavía más guapo.

Sus ojos claros brillaban ante la luz de la linterna de mesa y se le veía feliz. Me encantaba mirar a la gente cuando es feliz, me vi en el reflejo de la chapa del coche y yo también lo estaba. ¿Era aquella sensación la felicidad?



CAPÍTULO 29

SEBASTIAN

No me pude aguantar, estaba preciosa y tras reservar la sorpresa que le tenía preparada para la tarde me levanté y la besé.

Creo que nunca había tenido tanta conexión con alguien. Con ella me sentía libre, me sentía yo mismo. Era algo nuevo para mí y la verdad es que me asustaba un poco, pero no quería preocuparme entonces. Solo quería disfrutar el poco tiempo que me quedaba con ella.

A veces me preguntaba si ya nos conocíamos antes porque era como si lo hiciéramos de toda la vida.

Aquella noche el cansancio se notaba y cuando nos tumbamos nos quedamos dormidos casi al momento.

Un movimiento brusco me despertó. No sabía muy bien dónde estaba y me costó enfocar. Al girarme vi a Amor con los ojos abiertos.

—Amor. ¿qué pasa?

No me contestó y me asusté. No pestañeaba, no se movía.

Me incorporé como pude y me acerqué a ella para menearla.

—¡Amor, amor! Respóndeme. ¿Qué pasa?

Abrió mucho la boca e inspiró profundamente, empezó a boquear y cerró los ojos para después abrirlos de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó, asustada.

—Joder, qué susto me has dado. ¡Estabas con los ojos abiertos y no reaccionabas! —grité.

—Mierda, joder, otra vez no...

Reguló su respiración y cuando estuvo más tranquila me contó lo que ocurría.

—Soy sonámbula. Hacía mucho que no me pasaba, creo, porque cuando estoy sola tampoco me doy cuenta. Lo siento, te lo tenía que haber dicho.

—Joder... Bueno lo importante es que estés bien.

—Sí, sí. Estaba teniendo una pesadilla y seguramente por eso me ha dado el ataque.

En un gesto instintivo de protección la abracé.

—Joder, me he asustado mucho. Pensaba que te había dado un ataque.

Me di cuenta entonces de lo que la quería ya. Solo unos instantes en los que pensé de haberla perdido fueron suficientes para descubrir que no quería hacerlo, que aquella chica tan particular había entrado en mi vida dando una patada a mi puerta cerrada y lo había hecho para quedarse.

—¿Qué hora es?

Miré el reloj del móvil que tenía en el bolsillo de la tienda.

—Las dos y cuarto.

—Ostras, parece que haya dormido quince horas —exclamó.

—Nos dormimos muy pronto, pero aún tenemos unas horitas.

—Ya, ahora no tengo sueño, se me ha pasado.

—Ni yo, menudo susto.

La abracé y acerqué mi boca a la suya para besarla.

Lo que empezó como un beso tierno de cariño evolucionó hasta convertirse en una explosión de sentimientos.

Mis manos acariciaron su piel desnuda, haciendo que su vello se erizara y provocándome una erección incontrolable.

Follar en la tienda de campaña del coche era cuanto menos incómodo, pero la sensación de placer prohibido que generaba lo estaba transformando en una droga. La penetré con fuerza hasta que se corrió ahogando un grito en la almohada. Cuando terminó, lo hice yo, desplomándome sobre ella, muy relajado.

—Gracias —le dije.

Soltó una carcajada.

—Gracias a ti, si yo no he hecho nada. En esta posición no tengo mucho margen de maniobra —dijo, moviendo sus caderas contra mi pene todavía erecto.

—Haces más de lo que piensas.

La besé. Nos limpiamos como pudimos y nos quedamos dormidos agarrándonos de las manos.

Estaba nervioso. Aquel día teníamos preparadas muchas actividades y me daba miedo no poder cumplirlas.

No había dado tiempo a hacer todo lo que tenía planificado para el viaje, pero al menos lo que vimos lo disfrutamos. Hicimos snorkel y me moría de risa por sus caras. No mentía cuándo decía que no era mujer subacuática.

Grabamos varios videos con la GoPro, que todavía veo de vez en cuando para rememorar aquel momento.

—¿Preparada para tirarte con una bolsa desde miles de metros? —le pregunté, mientras preparaba el desayuno.

—*Of course!* Me encanta volar. Ya te lo dije, el agua no, pero aire todo lo que quieras —me guiñó un ojo.

—Bien, bien.

Tras desayunar y recoger la tienda, pusimos rumbo hasta la escuela donde nos darían un cursillo rápido para enseñarnos a tirarnos y después nos llevarían hasta la avioneta.

Estábamos nosotros y otra pareja más.

No dejaban de besarse y ambos lucían orgullosos un anillo de oro en sus manos. ¿Recién casados?

¿Por qué tuve el instinto de agarrar a Amor, como hacía el chico con ella? ¿Quizá porque yo también quise que Amor fuera mi mujer?

En aquel momento me acordé de Marina y lo celosa que se ponía cuando había otras parejas

que se besaban y abrazaban, siempre me reclamaba más cariño, pero no me salía dárselo a ella, sin embargo, con Amor era distinto, me salía instintivamente.

Ella me miró, extrañada de aquel gesto y temí que se hubiera molestado, pero, al contrario, me sonrió y se acurrucó más contra mí.

La abracé desde detrás, protegiéndola con mis brazos mientras el instructor nos indicaba cómo teníamos que orientar las manos al tirarnos.

El cursillo duró poco más de media hora y cuando acabamos, he de reconocer que estaba un poco nervioso.

Llegamos a la avioneta donde nos estaban esperando los dos instructores que se lanzarían con nosotros, dos a la vez para poder vernos, y el piloto.

Eran muy amables y en todo momento nos preguntaban si estábamos bien.

Primero se lanzó la otra pareja y después lo haríamos nosotros.

Me impresionó ver cómo caían a toda velocidad.

Nos colocamos en el borde de la avioneta, en la posición que nos indicó el instructor. Miré a Amor con complicidad y ella me devolvió el gesto.

El semáforo se puso en verde y llegó el momento. El instructor nos dio un pequeño empujón y nos lanzamos al vacío. Coloqué los brazos como nos habían dicho y miré a Amor que volaba con el otro instructor. Sonreía y gritaba de felicidad.

Hicimos varios giros en el aire que me encantaron. La primera vez que me había lanzado tenía veinte años y apenas lo recordaba, por lo que en práctica lo reviví como si no lo hubiera hecho nunca.

Cuando alcanzamos la distancia correspondiente, el instructor tiró de la cuerda para abrir el paracaídas y planeamos hasta llegar al suelo.

Fue impresionante, la sensación es indescriptible, diría entre liberación y sentirse muy vivo.

Era un chute de adrenalina que incitaba a vivir las cosas de otra manera.

Saludamos al cámara que nos grabó cuando tocamos el suelo y cuando nos soltaron corrí hacia Amor.

La elevé y la besé.

—¡Me encanta! —exclamó, sonriendo.

—¿Qué tal? —pregunté.

—*Buah*, impresionante. Otra vez, otra vez —repitió, dando saltitos.

Cuando nos calmamos, nos despedimos de los monitores y regresamos al coche todavía comentando la experiencia.

—¿Y si me apunto a una escuela de paracaidismo?

—Pues entonces te contrataría como instructora —le respondí, pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Me encanta, me encanta —repetía una y otra vez.

Miré el reloj y era ya casi hora de comer. Debíamos ir porque si no, no daría tiempo a la siguiente aventura.

—Hoy vamos a hacer una excepción con la comida —anuncié.

—Anda, ¿y eso? ¿Esa era la sorpresa?

—Ah... no diré nada.

—Me tienes intrigada.

Me encogí de hombros.

—Una sorpresa, es una sorpresa.

—Bueno, bueno, a ver qué es...

—Creo que vas a cambiar tu percepción sobre cierto ámbito, ya verás. De momento... puedo desvelarte únicamente que hoy vamos a comer en un restaurante, como personas normales. Tras una semana de comer precocinados digo yo que se agradece ser servido, ¿no?

Soltó una carcajada.

—Bueno, a mí no me importa. Está bueno, ¿eh?

—Ya, ya. Si comieras lo mismo durante un mes no dirías lo mismo.

Nos dimos una ducha rápida para quitarnos el sudor de los nervios al tirarnos, y fuimos al restaurante que había buscado en internet.

Estaba al lado del mar y hacían el mejor marisco de Mallorca. Era bastante caro, pero un día era un día. De vez en cuando se pueden tomar ciertos caprichos.

La comida estaba exquisita y conocí la parte salvaje de Amor con la comida.

¡Engullía! Me encantaba verla comer así. Cuando salía con Marina era horrible. Y sí, estarás pensando en que siempre las comparo, pero porque hasta yo mismo me sorprendo de poder haberme sentirme atraído por dos mujeres tan distintas.

La conversación fluía, estábamos tranquilos y felices, todo era perfecto.

Dimos un paseo por la orilla de la playa para bajar la comida de camino al aparcamiento.

—Ha llegado el momento —anuncié, arrancando el coche.

La escuela no estaba muy lejos de allí.

—Después del paracaídas está difícil superarlo, ¿eh?

—Quizá, pero igualarlo sí —respondí con picardía.

Cuando aparqué, enseguida supo lo que era.

—¿Motos de agua? —exclamó extrañada.

—Sehhhh. ¿Has llevado? —le pregunté emocionado.

—No, nunca. ¿Tú?

—Tampoco.

—Anda, ¡así nos desvirgamos los dos!

Me contagió su risa.

Nos dirigimos al mostrador, nerviosos y nos entregaron los trajes de neopreno.

La idea era llevar una moto cada uno, pero hubo un problema así que nos turnaríamos para llevar la misma.

El monitor nos enseñó cómo arrancar y parar y las normas de velocidad dentro del puerto.

Estaba pletórica, me encantaba verla tan feliz.

Me morí de la risa con sus gritos cuando arrancamos. Tengo moto, por lo que estoy acostumbrado al manillar, pero la verdad es que aquello no tenía nada que ver.

Acceleré y me encantó. Las motos estaban limitadas y teníamos que seguir al monitor, pero me lo pasé como un enano.

—¿Cambiamos? —le pregunté en una de las paradas de reagrupamiento.

—Venga.

—Déjame la cámara que te grabo un video.

Me sujeté con un brazo y con el otro empecé a grabarla. Iba muy despacito pero cuando empezó a acelerar gritaba como una loca pero no se paró, al contrario todavía aceleraba más. Me estaba meando de risa, pegaba cada salto que me iba a tirar la cabrona, parecía que estaba poseída por satanás, gritando y soltando carcajadas.

Nos reímos como nunca. La verdad es que fue una experiencia que no olvidaré nunca.

Cuando acabamos vimos los videos y las fotos y regresamos al coche.

No dejaba de dar saltitos, contenta. Entre el paracaídas y la moto había sido un día completo

de nuevas experiencias.

Se acercó a mí y me abrazó tan fuerte que casi me dejó sin respiración.

Levantó muy despacio la cara y me miró.

—Gracias —dijo, con sinceridad.

Pude ver en sus ojos que lo decía de verdad. Se puso de puntillas y me besó transmitiéndome una sensación de paz y tranquilidad que me puso la piel de gallina.

Nos quedamos en silencio, de esos que lo dicen todo y observamos el atardecer, abrazados. Era nuestro último día de las vacaciones improvisadas y ambos sabíamos que aquello había marcado un antes y un después en nuestras vidas. ¿Qué nos esperaba ahora?



CAPÍTULO 30

AMOR

Me cago en el innombrable, sí, siento ser tan explícita, pero me cago en él.

Estábamos viviendo un viaje perfecto hasta que cuando estábamos volviendo hacia el apartamento me preguntó por qué había venido yo sola a Mallorca.

En ese momento pasaron por mi mente infinidad de respuestas posibles: porque mi ex, hijo de la gran puta me ha dejado, porque he sido abandonada como un perro, porque tenía ganas de volver a sentirme mujer y un largo etc. que preferí callar, así que no dije nada. Pero mi puñetera cabeza ya empezó a pensar, así que me cago en el innombrable.

Antes de llegar a casa hicimos una última parada en una de las calitas donde nos relajamos bebiendo una cerveza y viendo las fotos que habíamos hecho.

Intenté apartar de mi cabeza el mal rollo que sentí.

El día anterior había disfrutado como una niña con las experiencias. Y lo mejor fue que durante esos momentos me sentí plena, llena, completa. Solo me importaba él, sólo existíamos él y yo y aquella moto de agua.

Cuando volvimos al coche después de comer y Sebastián se duchó sentí cómo mi sexo se contraía, estaba demasiado bueno y era incapaz de deleitarme con su cuerpo desnudo, pero era como que sentía vergüenza a pesar de todo lo que habíamos hecho.

Era algo extraño, me gustaba mucho lo que veía, pero por otra parte me sentía fatal. ¡Joder!

Puñetero dilema.

Cuando acabó de ducharse, recogimos y pusimos rumbo a mi apartamento. Las vacaciones se acababan. No tenía muy claro si quería estar allí en ese momento o no, pero me relajé un poco. ¿Alguna vez has sentido que querías a una persona, pero te sentías atraída por otra? Puede que sí, puede que no. Yo en aquel momento estaba hecha un lío.

Una noticia me hizo cambiar completamente de parecer.

Un simple bip, una notificación, un sencillo mensaje, un segundo...

Cogí el móvil y abrí EL MENSAJE, sí, con mayúsculas porque ese mensaje hizo clic en alguna parte de mi cerebro. ¿Por qué? No lo sé, a veces hay simples acciones que nos llevan a resultados que quizá ni nos habíamos imaginado.

“He visto al innombrable con otra”

Esas fueron las palabras que leí en el mensaje que acompañaba a una foto que me envió Alex. Una foto en la que aparecían él y una chica (muy fea, todo sea dicho, y lo siento porque no debo desmerecer a ninguna mujer, pero era muy fea) cogidos de la mano, paseando por la ciudad como hacía CONMIGO.

—¿Puedes parar por favor? —le pedí a Sebastián con urgencia.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal? —me preguntó, asustado.

—No, pero necesito tomar el aire —respondí.

Le vi asustado y se detuvo apenas unos metros más adelante.

Bajé del coche e, irremediablemente, me puse a llorar.

Sebastián se acercó a mí y me abrazó.

—Ey, ¿qué pasa?

Dudé, pero al final le conté todo... todo...



CAPÍTULO 31

SEBASTIAN

Me sentí un gilipollas, un cabrón y un sinvergüenza.

No sé por qué, pero desde la primera vez que la vi, con aquel comportamiento tan “borde”, algo me decía que a Amor le habían hecho daño.

Si hubiera tenido delante al gilipollas de su ex que le había tratado tan mal le habría dado una paliza. Menudo cabrón. ¿cómo podía haberle hecho eso a una criatura tan perfecta como Amor?

Me dolió en el alma cada lágrima que derramó. Ella no debía estar así por un gilipollas que no la merecía.

Mientras me relataba todo lo que estaba sufriendo por su ex, también reconozco que me puse algo celoso y molesto, pero no tenía absolutamente ningún derecho a hacerlo, porque en realidad yo no había sido completamente sincero con ella. Y no sé muy bien por qué no se lo dije en aquella ocasión, debería haberle hablado de Marina, pero no lo hice.

Le dejé que se desahogara y me sentí un mierdas por no poder hacer nada.

No sabía qué decirle, después de los días que pasamos juntos me di cuenta de que estaba enamorándome de ella. Era algo bastante novedoso para mí, y por ese motivo estaba cagado.

No sé si actué bien con lo que le dije, pero fue lo que en aquel momento pensé que la calmaría.

—Quizá, cuando estéis más tranquilos podéis hablar.

Ella levantó sus ojos vidriosos y los clavó en los míos, como analizando qué quería decir con esa frase.

No dijo nada y volvió a bajar la mirada.

La abracé con fuerza hasta que sentí que se calmaba un poco.

—Vámonos, *por fa* —me pidió.

Arranqué el coche y media hora después estaba aparcando en su apartamento.

Sentí un vacío indescriptible. No quería separarme de ella.

—¿Quieres que me quede contigo? —le pregunté, esperando que me dijera que sí.

—Querría, pero creo que tengo que estar sola. Tras lo que te he contado no me siento bien y necesito reflexionar. Me jode muchísimo que esto haya amargado nuestro viaje fantástico. Porque ha sido uno de los mejores de nuestra vida y te lo agradezco enormemente, pero hoy

tengo que estar sola. Te llamo mañana y quedamos. ¿Te parece?

—Vale —respondí, algo resignado.

No quería dejarla sola en aquel estado, sabía que estaría toda la noche llorando, no sé por qué, pero debía respetar su espacio, y con todo el dolor de mi corazón, tras ayudarle a subir sus cosas, me despedí con un beso en los labios cargado de miedo y esperanza, y me fui a mi casa.

Al llegar, no esperaba ver a Marina, pero lo que tampoco esperaba era que se hubiera llevado todas sus cosas y una nota encima de la mesa del salón.

“Me voy, Sebastián. Los dos sabemos que esta relación no funciona, yo valgo más que esto y tú lo sabes. No quiero volver a verte. Ha sido un placer.”

PD. Me llevo las cosas a modo compensación por todo lo que me has hecho pasar, tómalos como un pago por tus pecados. Ciao.”

—¡Joder! —exclamé.

Lo peor era que tenía toda la razón del mundo, pero al menos me habría gustado que lo hubiéramos hablado en persona.

Tiré la nota y fui a la habitación. Para mi sorpresa se había llevado hasta el colchón de la cama, la muy zorra.

Recogí como pude el desastre que había dejado y me tiré en el sofá, maldiciendo mi suerte y deseando retroceder un par de días para ver de nuevo el atardecer con Amor. Sí, fui y soy un cabrón, pero pagaré las consecuencias de mis actos.



CAPÍTULO 32

AMOR

Cuando cerré la puerta exploté. Grité, haciéndome daño en la garganta y volví a sufrir uno de mis ataques de ansiedad, que hacía tanto que no tenía.

—¡Dios! —grité.

Tenía una sensación muy desagradable. No sabía muy bien por qué me había afectado tanto que el innombrable estuviera con otra, si yo había estado haciendo lo mismo con Sebastián, pero por otra parte era como confirmar que había sido un desastre, que nuestra relación se había terminado, que no había tardado ni un mes en reemplazarme, tanto que decía que no me iba a olvidar nunca.

Tras calmarme un poco decidí llamar a Alex. Necesitaba más información.

—Eii —me contestó.

Siempre que tenía malas noticias decía eso, empezábamos mal...

—Al grano —le incriminé.

—Pues lo que te puse. Iba con otra...

—¿Pero, los viste besándose o algo?

—Amor... —dijo en tono de “¿seguro que quieres saberlo?”.

—Dímelo. Cuanto antes lo sepa mejor. No quiero vivir con la duda, y no puedes soltarme esa bomba sin luego explicármelo.

—Sí. Se besaron...

—¡Me cago en la puta, joder! —exclamé, empezando a llorar.

Me dieron ganas de tirar el móvil al suelo, pero escuché la voz de Alex que me decía que me calmara.

—Por eso no quería decírtelo tan explícitamente... Pero bueno, sigo pensando que era mejor que lo supieras, aunque sin detalles.

—Menudo cabrón...

Empecé a soltar insultos de todo tipo, estaba como loca.

—A ver, Amor, que yo no lo voy a defender ni mucho menos, pero él es libre, tú eres libre, y has hecho lo mismo con Sebastián. ¿Por qué te pones así?

A veces me dolía mucho cuando se ponía en plan condescendiente, aunque tuviera razón.

—Porque me jode... —respondí, reflexiva.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué?

—Aceptarlo. No te queda otra...

—Oye, te voy a colgar. No tengo ganas de escuchar estas mierdas. Mañana hablamos.

—Como quieras. Dile a tu yo consciente de mi parte que se arme de paciencia, que le va a costar dominarte. Buenas noches.

Colgó la llamada y tiré el móvil encima del sofá.

—¡Jodeeerrr! —grité.

Me sentía fuera de mí. Me dieron muchísimas ganas de llamar al innombrable para pedirle explicaciones, pero me di cuenta de que Alex tenía razón. Él no me debía nada, era libre, y por supuesto, que yo había hecho lo mismo con Sebastián, no estaba en posición de reclamar nada. Así que sí, una vez más, mini punto para Alex, no me quedó otra que joderme.

Para relajarme un poco me puse a escribir y se me pasó la noche sin darme cuenta.

Puñetero innombrable y su espina en mi corazón...

Me desperté con la cabeza apoyada en el cuaderno. Miré el reloj y eran las tres de la mañana.

Soñé con Sebastián, fue tan real que pude sentir su piel, le eché de menos y me pregunté cómo estaría.

Me di cuenta de que había sido muy injusta con él. Había pagado mi frustración cuando leí el mensaje, y me puse en su lugar.

Durante nuestro viaje vi en él algo que no había notado al inicio. Su mirada cambió, se volvió mucho más cariñoso conmigo y noté los sentimientos. Igual que a mí también se me había removido algo por dentro.

Cogí el móvil y decidida le envié un audio de más de quince minutos explicándole todo lo que me ocurría... Me iba a matar.



CAPÍTULO 33

SEBASTIAN

No podía dormir. No dejaba de pensar en ella cuando de repente escuché el sonido del móvil.

Era ella. Abrí la conversación y me encontré con un audio de quince minutos. Creo que nunca nadie me había mandado nada tan largo y lo empecé a escuchar...

Si la distancia de su apartamento a mi casa era de veinte minutos, en diez me planté en su puerta.

Al abrirme me lancé hacia ella y la besé. No podía no hacerlo tras todo lo que me había contado en aquel audio.

No lo pensé dos veces.

—Joder, Amor —fue lo primero que me vino a la cabeza.

La abracé con fuerza y ella empezó a llorar.

—He sido una imbécil, lo siento mucho —repetía una y otra vez con los ojos llorosos.

Le sujeté la barbilla con la mano y la obligué a mirarme.

—Amor, creo que me estoy enamorando de ti. Eres una mujer fantástica, divertida, lista, preciosa. Eres perfecta así, y quien no quiera verla no sabe lo que se pierde. No tienes que pensar en que has hecho nada malo, no te has comportado mal conmigo, simplemente has reaccionado de esa manera y has creído que era lo mejor, pero no me importa. Sé que no lo has hecho con mala intención.

Quiero que estés contenta y feliz, y creo que durante el viaje hubo varios momentos en los que lo fuiste, ¿verdad?

Asintió, tímida, con los ojos llorosos como si fuera una niña.

—Pues eso es lo que quiero conseguir, que seas feliz. Por mi parte siento mucho el haberte preguntado por qué habías venido sola, quizá esa simple pregunta te haya dolido sin yo ser consciente, pero intentaré hacerte feliz el resto del tiempo que estemos juntos —tuve que pensar esta última parte de la frase, porque querría haberle dicho “hacerte feliz el resto de mi vida”.

—Gracias, Sebastián. Gracias.

Cuando se calmó, bebimos un vaso de agua y me invitó a quedarme a dormir con ella.

La abracé muy fuerte durante la noche y así nos quedamos dormidos, como habíamos hecho el

resto de la semana y como quería volver a dormirme todos los días.



CAPÍTULO 34

AMOR

Me revolví entre las sábanas. Joder, me hacía falta dormir. Estar en aquella cama era como beber agua cuando tienes sed.

El sol se colaba por las rendijas de la persiana, pero no fue aquello lo que me despertó, si no el sonido característico de alguien que abre una puerta con cuidado. Despacio, para no molestar.

Me hice la dormida, quería observar sus movimientos desde la intimidad que te da que piensen que estás dormido.

Llevaba puestos unos pantalones de deporte cortos que marcaban perfectamente la curva apetecible de su trasero y una camiseta apretada al torso con marcas de sudor.

Eché un vistazo rápido al despertador de la mesilla, eran las 8 de la mañana. Todavía era incapaz de entender cómo alguien podía levantarse a las 6 para salir a hacer deporte, si vas por la tarde... bueno, pero madrugar a propósito...

Lo perdono porque las vistas que me brindó aquel cuerpo eran el mejor despertar que una puede tener.

No entiendo mucho de medicina, pero yo creo que él podría ser un ejemplo para que sus estudiantes se aprendieran los músculos del ser humano.

Se marcaban en sus brazos las venas por el esfuerzo y se notaba cómo sus abdominales peleaban por salir de aquella apretada camiseta y ser mostrados al mundo.

Observé sus movimientos, abriendo con cuidado su bolsa de deporte. Se giró hacia la cama y sonrió al verme acurrucada como un cachorrito.

Intenté hacerme la dormida, pero no coló.

—Sé que estás despierta —me dijo.

Sonrió con picardía, extendiendo aquellos labios carnosos tan incitantes.

Me encantaba cuando sonreía con sinceridad, haciendo que se marcaran en sus ojos unas arruguitas que lo hacían todavía más sexy.

Me quedé inmóvil, haciéndome la muerta, pero siguió sin colar.

Soltó una carcajada y dejando la ropa interior limpia que había cogido para llevarse a la ducha, se acercó a mi lado de la cama, apoyándose sobre el colchón y mostrándome su definido tríceps

y ya no pude fingir más.

Abrí los ojos lentamente, simulando un despertar.

—Anda, buenos días, no me había enterado de que habías entrado.

Soltó una carcajada y se acercó a mí, provocándome. Estábamos a apenas unos centímetros y pude notar su respiración.

Me sentí culpable por permitirme el lujo de aquella intimidad.

Él se acercó todavía más y yo no podía dejar de mirar su boca. Aquella boca que me incitaba a lanzarme sobre ella y no soltarla nunca.

Aquel hombre era un pecado y yo supe que iría de cabeza al infierno.

Las pupilas de sus ojos se dilataron y pude ver en ellos una chispa de deseo, que imagino era el reflejo de lo que él veía en los míos.

Tras el viaje habíamos decidido de manera tácita el pasar el resto de mis días en la isla juntos, lo cual nos permitió una nueva rutina en mi apartamento. Descubriéndonos más el uno al otro, como aquella faceta suya de salir a entrenar por la mañana.

Con su mano libre me acarició el rostro con cariño y me acercó todavía más.

Un roce, solo un roce con sus labios y supe que estaba perdida.

Parecía que no iba a llegar nunca el momento de volver a casa, y me arrepentí enormemente de haber reservado los billetes de vuelta el cuarto día de estar en la isla.

Por otra parte, el cambio de estación se estaba abriendo paso, estábamos en septiembre y se notaba que los días eran más cortos. No me gusta el otoño, me parece la estación más triste del año y eso no ayudó a mi despedida de Sebastián.

Por las noches le acompañaba al pub mientras trabajaba y por las mañanas íbamos a la playa.

Descubrí su lado culinario y me sorprendió la soltura con la que se desenvolvía en la cocina. Se notaba cuando un hombre había vivido solo.

Por ejemplo, el innombrable era, con perdón de la expresión, un inútil que no sabía hacer nada. Estaba acostumbrado a tener siempre la mesa puesta y la cama hecha.

No exigía, eso es cierto, pero tampoco intentaba hacer nada por mejorar ni aprender. Eso era una de las cosas que me molestaban para mantener un plan de futuro con él porque yo no me veía siendo la chacha de nadie.

Llegamos al aeropuerto dos horas antes de que saliera el avión.

Sebastián me llevó con el coche para que no tuviera que coger el autobús.

La noche anterior habíamos hecho el amor como salvajes. Aquello era algo que nos había unido mucho y que poco a poco me había hecho dejar de pensar tanto en el innombrable, aunque tenía la sensación de que necesitábamos más tiempo.

El regresar a casa justo en aquel momento en el que mejor estábamos no iba a ayudarme en absoluto, y lo sabíamos los dos, por eso durante el trayecto no hablamos nada.

Cuando aparcó en la zona de “carga y descarga de pasajeros” como la llamo yo, paró el motor, y soltó todo el aire de una sola vez dejando caer los brazos sobre las piernas.

—¿Y ahora qué? —preguntó, mirándome a los ojos.

Miré hacia mis manos, no me atrevía a afrontar aquella pregunta que me había rondado durante todo el camino.

—No lo sé... —respondí, con un hilillo de voz.

—¿Quieres que vaya a verte?

Analice las consecuencias que podría tener aquella proposición, y durante unos segundos imaginé en mi cabeza varios escenarios.

Él y yo, viviendo felices en mi ciudad, él y yo formando una familia, él y yo tristes por separarnos cuando debiera regresar a la isla...

—No lo sé —respondí con un hilillo de voz—. Vamos viendo.

Asintió, aunque noté en su mirada algo que él podía ver reflejado en la mía: miedo.

Me ayudó a bajar las maletas y nos dirigimos a la puerta de embarque.

El aeropuerto estaba a rebosar de gente. Grupos de estudiantes que gritaban y reían, familias con niños que cargaban mil mochilas, un grupo de ancianos del IMSERSO con miles de cajas de ensaimadas, parejitas que no dejaban de mirarse con ternura...

Nos hicimos paso hasta los carteles informativos donde indicaba que mi vuelo estaba retrasado.

—Olé —me quejé.

Por suerte era un trayecto directo y no tenía el peligro de perder la conexión, ya que allí venía a buscarme Alex.

—Bueno, más rato para estar juntos —dijo con una sonrisa.

—Pues sí, pero preferiría que fuera en la playa tomándonos un aperitivo y no aquí, alargando más esta agonía de despedirnos.

Nos sentamos en uno de los bancos que conseguimos libres tras varios minutos de “buitreo” y revisamos las fotos que nos hicimos durante el viaje.

No sé muy bien por qué, pero en un arrebato elegí una de las que estábamos los dos en el acantilado y la cambié por mi antigua foto de perfil de WhatsApp.

La que tenía me la había hecho el innumerable durante nuestro viaje a Estados Unidos. Me gustaba, estaba guapa y por eso no me la había cambiado durante muchos años, pero me apetecía renovar.

No era yo de poner fotos con nadie, pero aquella me gustó tanto que me decidí y se la enseñé, orgullosa.

Él sonrió.

—Es preciosa esa foto, me encanta.

Cogió su teléfono y se la cambió también.

Solté una carcajada porque me sentía como una quinceañera que intenta presumir de novio con esas tonterías de postreo.

Le contagié mi risa al contarle que una vez cuando era adolescente me enfadé con un novio que tenía porque se había quitado nuestra foto cambiándola por una de un dibujo anime de una chica medio en pelotas.

—¡Qué cría era! —dije, echándome las manos a la cara.

—Todos tenemos un pasado turbio, no te preocupes —me dio una palmadita en la espalda, riendo.

Llegó la hora en la que debía embarcar y nos acercamos a la zona del control.

Nos miramos sin hablar y con eso nos dijimos todo. Me ayudó con las maletas mientras sacaba los líquidos y la Tablet para colocarla en las cajitas, y nos besamos antes de entrar en la fila.

Me agarró por la cintura y me levantó para besarme en el aire.

—Te voy a echar de menos —le confesé.

—Y yo a ti, Amor.

No nos queríamos separar, y cuando lo hicimos casi me caigo al andar hacia detrás por no dejar de mirarlo.

Me llamó el guardia para que colocara mis cosas en la cinta y pasé el arco de seguridad.

Desde allí todavía lo veía entre la multitud y lo saludé con la mano antes de desaparecer por el

pasillo que me llevaría a la puerta de embarque.

Dos segundos después me estaba llamando.

—Ya te echo de menos —me dijo.

Solté una carcajada.

—Y yo a ti.

Estuvimos hablando hasta que tuve que entrar al avión. Y no sé por qué pero a la vez que la máquina al pasar mi tarjeta de embarque hizo un clic, provocó que sintiera un vacío enorme.

El vuelo se me hizo eterno. Intenté no pensar mucho en el cambio que había sufrido mi vida tras aquel viaje y empecé a escribir, pero no podía concentrarme mucho.

En el asiento de delante había tres señoras que no dejaban de hablar. Me resigné y las observé.

Le pidieron al pobre azafato que iban a volver loco con tanta cháchara tres Spritz Aperol por la módica cantidad de ¡Veinte euros cada uno! Y no contentas con eso, sobre todo una de ellas, que parecía la “líder del grupo” se compró casi todos los aceites y colonias que tenían en la carta.

Me hizo gracia el compararme con ellas, yo que, aunque tuviera sed era incapaz de gastar tres euros en una botella de agua del avión.

Me daba mucha rabia el abuso que hacían con los precios de cosas tan básicas.

Me imaginé a aquella mujer viviendo en su piso lujoso en Madrid, junto a Juan., el que era su marido y dijo que había conocido en la playa.

Me empecé a imaginar su historia, igual que Sebastián y yo nos habíamos conocido en la playa, me habría gustado ver cómo lo hicieron ellos.

Seguro que ella estaba tomando el sol, embadurnada en sus caras cremas y el tal Juan habría llegado para invitarla a comer. O por otra parte, podría ser que ella fuera una mujer sin muchos recursos y al conocer a su marido ricachón se hubiera acostumbrado a esa vida.

Ella seguramente tenía un hijo de otro padre, y el tal Juan lo había acogido porque era estéril pero siempre había querido tener descendencia y ella se había aprovechado de la situación.

Me reí yo sola por cómo era capaz de inventarme una historia de cualquier chorrada.

Las amigas eran como las típicas animadoras de las películas americanas que siguen a la líder y hacen todo lo que ella dice.

Me fijé en una en particular que cuando fue a pagar un costoso aceite para el pelo, puso una expresión de “esto me va a costar el sueldo del mes, pero tengo que aparentar estar a su altura para no ser excluida del grupo”

Como odiaba ese postureo para mantener el estatus...

En fin, al menos así la última parte del vuelo se me hizo más amena, pero todo empeoró cuando llegamos a tierra...



CAPÍTULO 35

SEBASTIAN

Vacío. Esa era la palabra para definirme aquel momento: Vacío.

¿Cómo podía haberme acostumbrado tanto a una chica que conocía de apenas tres semanas?

Llegué a casa y se me cayó el alma a los pies.

Tras haber estado con ella en el apartamento la última semana, había cambiado de aires y no había tenido que afrontar la cruda realidad de aquellas cuatro paredes: estaba solo.

Llevaba viviendo con Marina unos tres años, a pesar de sus idas y venidas, siempre había estado con alguien.

No es que echara de menos la compañía de Marina, ni era tan egoísta de necesitarla únicamente para no sentirme solo, pero el golpe de la realidad fue más duro.

Los días que estuve con Amor fueron perfectos, la convivencia era magnífica.

Desplegué ante ella mis artes culinarias y puse en práctica todo lo que había aprendido trabajando en los mejores restaurantes de la isla, se quedó encantada.

Tras dejarla en el aeropuerto sentí que a partir de entonces nada sería igual.

Sentía una necesidad de hablar con ella cada momento, de verla, de besarla.

¿Cómo haría entonces que estaba a cientos de kilómetros de distancia?

¿Qué ocurriría cuando ella llegara a su casa?

La echaba de menos, y supe que debía hacer algo.

En aquellos momentos el único que podía entenderme era mi amigo Iván. Hacía mucho que no hablábamos y tenía ganas de verle.

Le llamé, pero no me respondió, quizá estaría con alguno de sus ligues, era un mujeriego de cuidado, pero trabajaba muchísimo y siempre decía que no tenía tiempo para una relación. En todos los años de amistad nunca le conocí una pareja.

A los pocos minutos sonó el móvil. Era él.

—¡Ey! ¿qué tal tío? —dijo, marcando su acento andaluz.

—¡Hola! Joder, cuánto tiempo. Yo tengo muchas novedades que contarte. ¿Andas por aquí y quedamos?

—Pues sí, justo ahora estos días estoy en la isla, luego me volveré para casa.

—Pues genial. ¿Te va bien esta tarde?

—Yes. Donde siempre a las cinco.

—Hecho.

Colgamos y me quedé más tranquilo. Qué fáciles éramos los tíos, pin pan, en menos de dos minutos habíamos quedado.

Seguro que Iván me ayudaría a encontrar la solución.

—Ohú, entonces por lo que me dices esa chica es una bomba ¿no? —exclamó asombrado por lo que le había contado sobre Amor.

—Sí, tío. Nunca había estado con ninguna igual. Me vuelve loco —le confesé.

—Ya veo. ¿Y sabes algo de Marina?

—Nada, me dijo que no quería volver a verme en la vida y no la culpo, está en su derecho. Fui un cabrón con ella y tampoco lo merecía. Lo nuestro siempre fue una farsa que llevamos demasiado lejos.

—Ya... Pero tío, tú de esta chica estás enamorado.

—No sé, enamorado es una palabra muy grande.

—Por lo que me cuentas, por cómo sonríes al recordarla y esa cara de panoli que tienes... tú estás hasta las trancas de Amor —dijo, marcando su nombre para hacer el chiste.

—Ja, ja. Bueno lo que sea, pero ¿qué hago?

—¿Cómo que qué haces?

—¿Voy a verla?

—Sí, claro. Si es lo que quieres. ¿Ella ha llegado ya a casa?

—Sí, la he llamado antes, me ha dicho que la iba a recoger una amiga pero que había mucho tráfico y la estaba esperando.

—Pues bueno, ahora a ver cómo está estos días. Tantéala y verás si lo que vivisteis fue para ella algo pasajero o de verdad fue importante como parece que fue para ti.

—Ya... Tampoco quiero agobiarla, pero si por mí fuera estaría hablando con ella todo el rato. Me dio un codazo.

—Hasta las trancas, lo que yo te diga —dijo, riendo.

Estuvimos hablando de su vida el resto de la tarde mientras bebíamos cerveza como en los viejos tiempos.

Nos conocimos en Tailandia, en uno de mis viajes de mochilero antes de establecerme en Mallorca.

Como casi todos los que hemos viajado solos es porque huimos de algo o alguien o porque sentimos la necesidad de alejarnos de una cierta rutina.

Él estaba pasando un mal momento por su familia. Su padre tenía problemas con el alcohol y le habían metido en la cárcel. Su madre le echaba la culpa a él porque era el hijo mayor y se debería hacer cargo de la familia.

Estaba harto de la situación y explotó. Encontró su salvación en aquel viaje donde aprendió a valorarse a sí mismo y sobre todo a pensar más en él.

Nos conocimos en Bangkok mientras esperábamos el autobús. Ambos parecíamos bastante perdidos y nos ayudamos mutuamente.

Terminamos el viaje juntos, ya que regresábamos en el mismo vuelo, y ninguno de los dos tenía rumbo fijo. Así que planificamos una ruta para hacer los dos.

Teníamos las mismas ideas y descubrí que a pesar de su pinta de chulo, era un tío cojonudo, y a los hechos me remito, ya que muchos años después sigue estando ahí.

Es arquitecto y viaja mucho por trabajo. Es del sur, pero sus padres tienen una casa en Salamanca y se aloja allí cuando está en España.

Una vez fui a visitarlo y salimos de fiesta con los universitarios. Acabamos la noche con dos chicas cada uno. Fue una de las mejores juergas que pasamos juntos, bendita juventud.

Entre risas y la promesa de vernos pronto, nos despedimos y como no quería volver a casa me fui a la playa un rato.

Pensé en Amor, me encantaría que estuviera a mi lado. Me pregunté cómo estaría, si ella me echaría tanto de menos como yo.

No me pude resistir y la llamé, esperando que no se agobiara.

—¡Hola! —respondió, contenta.

—¡Hola Amor! ¿Te pilló bien?

—Justo te iba a llamar ahora, me has pillado con el móvil en la mano.

Solté una carcajada, bastante aliviado y feliz por escuchar eso.

Sentí unos pitidos y era que me estaba cambiando a videollamada.

Descolgué y la vi, estaba guapísima.

Saludó efusiva con la mano y giró el móvil para enfocar a su amiga Alex, que saludó con una sonrisa pícara.

—¡Hola, chicas! ¿Cómo estáis?

—¿Estás en la playa? —preguntó Alex.

—Sí.

Les giré la cámara para que vieran el mar. No había nadie y se estaba de lujo.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien, un poco largo, pero bueno. Ahora acabamos de llegar a casa. Menos mal que ha venido Alex, porque si tenía que coger el tren lo habría perdido por el retraso.

Alex puso expresión de chulería.

—¡Qué bien! ¡Me alegro mucho!

Me hicieron compañía mientras disfruté de la puesta de sol. No era lo mismo que hacerlo en persona, pero al menos podía verla.

Quizá debería acostumbrarme a aquella nueva realidad, en la que comunicarme con ella a través de una pantalla era como el “quiero y no puedo” y quizá durante un tiempo podría funcionar así. No quería darle muchas vueltas.

Algo más animado volví a casa. Estaba agotado, lo cual me salvó para poder dormirme pronto y soñar con ella.



CAPÍTULO 36

AMOR

El regreso a casa fue más duro todavía de lo que esperaba. Le echaba de menos, muchísimo.

Los primeros días hablábamos casi a todas horas por videollamada, pero poco a poco se fueron distanciando. Me decía que estaba cansado porque había trabajado por la noche. Era cierto que tenía mala cara, pero quizá al inicio sacaba más tiempo para hablar conmigo.

Aquello empezó a mosquearme un poco, quizá se estaba cansando de mí. No lo sé.

Mi vida después de conocerle cambió casi radicalmente. Estaba mejor en algunos aspectos, pero en otros parecía una persona completamente diferente.

Cuando le llamaba y no me contestaba me volvía arisca. No se me podía hablar hasta que no me respondía.

Me volví también muy celosa y no entendía por qué, ya que no éramos novios ni nada oficial. Pero creo que empecé a ilusionarme por lo bien que me trataba, aunque la distancia estaba acabando con los buenos recuerdos que generamos.

Pasaron dos meses y se acercaba la Navidad.

En aquellas fechas, el innombrable y yo siempre nos íbamos a la nieve. Me encantaba aquella tradición porque elegíamos un pueblecito diferente cada vez donde hubiera mercaditos navideños.

Durante el tiempo que estuve en casa al regresar, mi padre no dejó de repetirme que habían visto al innombrable, que estaba muy arrepentido, que les llamaba de vez en cuando y le veían mal. No perdía la oportunidad para decirme que volviera a intentarlo, que seguramente acabaría perdonándome.

Un día exploté, harta de aquellos comentarios y le conté que le habían visto con otra. Que en todo caso la que tendría que perdonarle sería yo, no él a mí.

¿Sabes lo que me contestó mi padre?

¡Que ya lo sabía! Y que era culpa mía si se había buscado a otra, pero que él seguía enamorado de mí y que esa chica era solo una amiga con la que pasaba el rato.

Me fui de casa esa noche. No podía aguantar aquello.

Alex me acogió en su habitación de piso compartido hasta que las aguas se calmaron.

Le pedí a mi padre que por favor, dejara el tema, pero no me hizo mucho caso, ya que dos semanas después volvió a la carga. Aunque ya acabé pasando.

Es cierto que él intentó llamarme dos veces, pero la primera no respondí, y la segunda le dije que estaba muy cabreada y no era el momento, no volvió a llamar.

Aquella tarde había planeado ir de compras con Alex para ultimar los regalos navideños.

Siempre hacíamos el amigo invisible con mis padres y mis hermanos y aquel año me tocó mi padre. Era el más difícil de acertar con el regalo, por lo que necesitaba ayuda.

Por la mañana le había escrito a Sebastián que le echaba de menos, que me habría gustado mucho que estuviera allí conmigo para buscarle un regalo.

Estoy segura de que a mis padres él no les gustaría de primeras, pero si estuviéramos más cerca y vieran lo buen chico que era, cambiarían de opinión.

No me contestó, a pesar de haberlo leído, y cuando llegó Alex se lo enseñé.

—Joder, pero ¿ahora qué he hecho mal? ¿Por qué se está alejando?

—No lo sé, Amor. Es un tío, necesita follar, no os veis desde hace dos meses. No quiero ser yo la que te lo diga, pero esto pinta todo a rancio.

A veces Alex era tan directa que no se daba cuenta del daño que hacía.

—Joder, Alex. No lo sabemos...

—Intenta no pensar mucho, o te acabarás volviendo loca.

—Lo sé, lo sé.

Guardé el móvil en el bolso y empezamos con la ronda de tiendas.

En una de las paradas para tomar café, miré si me había contestado, pero nada. No había dado señales de vida.

No me importaron los comentarios de Alex, sobre ser una pesada. Le llamé.

Entonces mi humor cambió todavía más. Tenía el móvil apagado.

Le escribí un WhatsApp y no le llegaban. ¿Me había bloqueado? ¿En serio?

Me enfadé mucho. Me transformé en un monstruo al que no se le podía ni hablar.

Alex, como ya me conocía, me dejó tranquila, y no dijo nada hasta que me calmé.

Volví a meter el móvil en el bolso y seguimos con nuestras compras.

Estaba mirando un jersey, que era perfecto para mi padre. Cuando levanté la mirada y entonces vi un chico parecido a Sebastián. Estaba lejos y yo no veía muy bien porque no llevaba las gafas.

Me dije que me estaba obsesionando mucho con ese chico, y volví a prestarle atención al jersey.

Busqué a Alex para enseñárselo y pedirle opinión, y cuando me quise girar, me topé de bruces con un cuerpo enorme detrás de mí.

Casi me caigo y tuve que apoyarme en el expositor haciendo que cayeran al suelo todos los jerséis.

—¡Mierda! —exclamé.

—Bueno, vale que igual no esperaba un recibimiento con flores, pero tanto como asustarte tampoco... —dijo una voz masculina con ese tono que tanto me gustaba.

—¡Hostia! —grité.

¡Era Sebastián! ¡El chico era él! No estaba loca. ¡Había venido a verme!

Me abalancé a sus brazos, reaccionando ante su sorpresa y me levantó en volandas como si no pesara nada.

Me abrazó y me besó con pasión y ganas.

Dios mío, había soñado tanto con aquel momento que fue de película.

Alex que escuchó el alboroto salió del probador con un vestido largo de lana y al verle se acercó corriendo para saludarle.

—¡Hablando del rey de Roma! ¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido? —exclamó.

—Pasaba por aquí, me habían dicho que esta era la mejor tienda para comprar jerséis y ¡aquí estoy! —nos dijo, guiñando un ojo.

—¡Joder! —exclamé contenta, sin poder dejar de abrazarle. No me parecía real.

Le notaba más delgado, pero seguía estando igual de bueno y apetecible.

—Menuda sorpresa, ¡no me lo puedo creer! ¿Hasta cuándo te quedas?

—No tengo billete de vuelta. Je, je.

—¡Ostras! Entonces puedes quedarte aquí por Navidad —dijo Alex.

Se encogió de hombros, y yo puse cara de circunstancias. No sabía muy bien cómo iba a llevarle a casa. Tanto tiempo pensándolo y cuando tuve la oportunidad me quedé en shock.

Nos acompañó mientras realizamos el recorrido por las tiendas y fuimos a tomar algo los tres.

—Vaya, vaya. Menuda sorpresa ¿eh? —murmuró Alex en tono condescendiente.

—¿Tú lo sabías? —le miré como si me hubiera ocultado que la tierra es esférica.

—¡Qué va!

Sebastián soltó una carcajada.

—Ya llevaba tiempo planeándolo, aunque no me creáis.

—¿Por eso estabas tan evasivo? —pregunté.

—Bueno, evasivo no, es que realmente no tenía tiempo y estaba reventado. Tuve que hacer doble turno para poder tener varios días de fiesta.

—Ah, vale... Bueno, lo importante es que ahora estes aquí. Me hace muchísima ilusión —le dije, sonriendo.

—He cogido un hotel para las próximas tres noches.

—Uh, pues entonces yo me voy a ir y os dejo solos —dijo Alex.

Nos miramos con complicidad y nos reímos.

Acabamos nuestra bebida, y tal y como había dicho, Alex se fue a casa guiñándome un ojo.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —le pregunté.

—Me he alquilado un coche.

Me quedé muy sorprendida de lo preparado que venía. Y de cómo supo elegir el mejor momento.

Me quedé mirándolo más tiempo de lo normal. Estaba guapísimo. Me perdí en sus ojos, hasta que me devolvió a la realidad.

—Amor, *eeoo*, que ¿dónde quieres cenar?

—Uh, perdona. No sé. Dónde quieras.

Soltó una carcajada.

—Pero ¿no eres tú la anfitriona? Se supone que sabrás algún sitio, digo yo.

—*Bueeeeno*, igual... podíamos ir a tu hotel.... ¿no? —puse cara de niña buena.

—Esa es mi chica. Respuesta correcta —dijo plantándome un beso en los labios.

Entre besos y arrumacos fuimos hacia su coche, y condujo hasta el hotel.

—Joder, no has elegido mal ¿eh? —exclamé, al ver que era uno de los mejores de la ciudad.

—He sido aconsejado por un muy buen amigo de la zona.

—¿Ah sí?

—Sí. Mi mejor amigo es de aquí, aunque viaja mucho. De hecho, quería presentártelo porque le he hablado mucho de ti y quiere conocerte.

Me quedé alucinada. No me esperaba ni mucho menos que Sebastián le hubiera hablado a

alguien de mí, pero me gustó.

Entramos en la recepción para que le dieran la llave de la habitación y nos dirigimos al ascensor donde nos fundimos en un beso cargado de deseo y anhelo.

El tiempo separados había pasado demasiado lento. Le había echado de menos y él a mí, y por fin el poder volver a estar juntos de aquella manera tan repentina fue como un regalo caído del cielo.

Me sentía de nuevo como Anastasia Steel de 50 sombras de Grey, mientras nos besábamos con pasión, chocándonos por las paredes de la enorme habitación.

Salamanca no era New Jersey ni Manhattan, pero también podía tener su gracia, y disfruté del momento sintiéndome protagonista de una película.

Él y yo, sus labios mezclados con los míos. Sus manos en mi espalda, bajando hasta mi culo, apretándolo con ganas y sintiendo su erección.

No me podía aguantar. Quería tenerlo dentro de mí, anhelaba su contacto.

La temperatura subió, los besos se hicieron más intensos. Las miradas más profundas y en pocos segundos la ropa voló por los aires, cayendo al suelo enmoquetado de aquella habitación que fue testigo de nuestra fogosa noche de pasión.

Ya ni recuerdo las veces que llegué al orgasmo, ¿quizá quince?

Lo hicimos en todas las posturas posibles, en el sofá, contra la pared, encima de la mesa, en la cama, en el suelo...

Le anhelaba, y mi cuerpo también.

Cuando ya no pudimos más, nos tumbamos encima de la cama, agotados.

Poco después nos quedamos dormidos acurrucados, como habíamos hecho dos meses atrás en aquel apartamento, maquillando cualquier rastro de problema que me hubiera surgido cuando nos separamos. Ahora estaba con él y me sentía completa.



CAPÍTULO 37

AMOR

El día siguiente lo pasamos en el hotel, follando como conejos, recuperando el tiempo perdido.

Cuando ya no pudimos más, decidimos salir a tomar el aire. Creo que nunca me había sentido tan relajada como aquel día.

¿Sabes esas películas en las que el prota hace algo épico y va caminando por una gran ciudad mientras suena una música particular? Así me sentía yo. Me faltaban las gafas de sol, eso sí.

Me sentía flotando, le eché dinero al mendigo de la esquina, ayudé a una viejecita a cruzar la calle, acaricié a un perrito callejero.

En mi cabeza todo esto me lo imaginaba así pero seguramente visto desde fuera cambiaba.

Llegamos hasta la cafetería donde había quedado con su amigo. Por suerte no había mucha gente y nos fue fácil encontrarle.

Me di cuenta de que también era muy guapo. Morenito, ojos marrones, labios carnosos, barbita perfectamente recortada y cuerpo de gimnasio.

—¡Hola, tío! —lo saludó Sebastián con efusividad.

—A mis brazos, campeón —respondió el amigo con un acento andaluz muy marcado.

Se dieron un abrazo con palmaditas en la espalda incluidas y chocaron los puños en una serie de golpes que solo ellos dos parecían conocer.

Me recordó a los saludos de los “bro” de las películas.

—Hola, yo soy Amor —me presenté, acercándome para darle dos besos.

Olía extremadamente bien y era de los típicos que te quedarías abrazada a ellos durante horas sin cansarte.

—¡Al fin te conozco! ¡Tanto *escuchá* oír hablar de ti pensaba que este se lo había *inventao toh!*

Me partía de risa con su acento.

—No, no, soy real, aquí estoy.

Me encantó saber que le había hablado tanto de mí a su amigo.

Enseguida llegó el camarero y nos dimos cuenta de que seguíamos todavía de pie alrededor de la mesa.

Nos sentamos y nos pidió la comanda: tres cervezas. Iván me miró raro porque pedí una jarra de medio litro.

—¿Qué? —le pregunté, arqueando la ceja.

—Nada, nada —respondió, omitiendo un silbido de asombro.

Vi cómo le daba un golpecito a Sebastián.

—Oye, no sé con qué tipo de chicas estáis acostumbrados a salir, pero yo lo veo de lo más normal.

—Con chicas insulsas —respondió Sebastián con sinceridad.

Pensé en Alex, si llega a estar aquí y se pide su Jaggermeister solo con hielo a las cinco de la tarde, les da un parraque.

Charlamos un poco sobre él, era del sur pero sus padres tenían casa en Salamanca y cuando regresaba de sus viajes de trabajo se alojaba allí, no estaba mucho pero de vez en cuando se quedaba varios meses.

Me contaron cómo se conocieron y Sebastián se sonrojó un poco con las anécdotas de su viaje.

Durante la conversación me sonó el móvil, era Alex.

Descolgué y excusándome con un gesto de la mano me aparté un poco para hablar más tranquila.

—Eh, perra ¿Qué haces? —me dijo con voz interesante.

—Ei, Pili. Pues estoy tomando algo con Sebastián y un amigo suyo.

—Ohhhhh lala, ¿un amigo? ¿está bueno?

—No está mal....

—Mmm, ¿hasta cuándo vais a estar?

—No sé, acabamos de llegar así que aún creo que tardaremos un rato.

—Umm, ¿voy?

—¡Venga! ¡Vente!

Le di la dirección del bar y en menos de quince minutos la vi entrar.

Les avisé de que venía mi amiga y vi cómo compartieron una mirada cómplice. ¿Cómo podían ser tan simples los tíos?

Me di cuenta cómo miró Iván a Alex. ¡Se le caía la baba! Pero me hizo gracia cómo reaccionó, como si la odiara. Ni siquiera se levantó, simplemente le hizo un gesto con la cabeza.

—Pero tío, saludala ¿no? —le recriminó Sebastián.

Con desgana se levantó y le dio dos besos forzados. Ellos no se daban cuenta, pero yo sí. Ahí había tema del bueno.

No podía dejar de sonreír por el *feeling* que sentí entre ellos.

—Bueno, así que tú eres la amiga loca de esta, ¿no? —le preguntó, colocando su brazo sobre la silla en actitud chulesca.

Pocas veces había visto a Alex tan enfadada. Cuando se le empezaba a hinchar la vena del cuello... era mejor correr, y en esos momentos se estaba poniendo morada.

—Y tú eres el amigo gilipollas de este, ¿no? —respondió ella, irguiéndose en la silla.

—Haya paz, niños —les recriminé yo.

—¿Nos vamos y les dejamos que se muerdan? —me preguntó Sebastián, intentando hablar por lo bajo.

—Yo con este a solas no me quedo ni aunque se extinga la humanidad.

—Perdón, perdón, yo lo decía por lo que me ha contado Sebastián, no por nada más. Si no te conozco de nada, no te creas tan importante —le dijo Iván a Alex, encogiéndose de hombros.

“Madre mía, pero si no hace ni diez minutos que se conocen”, pensé.

Sebastián y yo intentamos calmar el ambiente contando cosas sobre nuestro viaje y hablando de todo un poco, pero vi que ambos estaban tensos como la cuerda de una guitarra. Estoy segura de que sintieron amor a primera vista, pero eran tan orgullosos que ninguno se atrevía a aceptarlo.

—¿Entonces tú eres de aquí? —preguntó Alex a Iván.

—Sí, pero viajo tanto que apenas vengo. ¿Por qué? ¿Quieres mi número para preguntarme cuándo estoy y quedar conmigo?

—No, gracias, era porque no me cabe en la cabeza como alguien tan prepotente y tan chulo como tú pueda alojarse en la misma ciudad que yo.

—Tooma ya —exclamé sin poder evitarlo.

Solté una carcajada. Aquello era un partido de puyitas entre ellos dos.

Finalmente, un par de horas después, decidimos separarnos. Yo acompañé a Alex hasta el centro comercial donde debía recoger una cosa y quedé con Sebastián para vernos a la hora de la cena.

Me despedí de Iván con dos besos y cuando él se acercó a Alex lo paró con una mano.

—No está hecha la miel para la boca del asno —le soltó.

—Anda, nos ha salido poeta la niña —respondió él con una media sonrisa y cruzando los brazos sobre el pecho con chulería.

—Venga, vamos —le dije a Alex.

Le di un beso en los labios a Sebastián, agarrándome a su cuello y él me levantó en volandas sin mucho esfuerzo.

—Nos vemos luego —me dijo al dejarme en el suelo, guiñándome un ojo.

Cuando salimos del bar, me quedé mirando seriamente a Alex.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti con Iván?

—Lo mismo que a ti con Sebastián, solo que yo lo exteriorizo de esta manera —me dijo, guiñándome un ojo.

Entre risas entramos en el centro comercial mientras nuestros chicos emprendían un rumbo distinto al nuestro. ¿Dónde nos llevaría aquello?



CAPÍTULO 38

SEBASTIAN

Me enfadé un poco con Iván. No entendía muy bien por qué se comportó de aquella manera con Alex. Sabía que era un chulo pero no un gilipollas.

—Tío, te has pasado con Alex —le regañé.

—*Bah*, se ve de esas a las que se la suda todo. Sólo quería meterme un poco con ella.

—No, tú lo que quieres es meterla dentro de ella, eres un cerdo. Ya sé por dónde vas...

Se encogió de hombros.

—No es mi tipo.

No, realmente no lo era. Iván solía salir con chicas un poco “tontitas” que le reían las gracias, pero Alex era todo lo contrario.

—Bueno, tu verás, pero no la enfades porque no quiero que Amor se sienta mal.

—*Ah*, pero ¿que la voy a tener que volver a ver?

—Imagino que querrás quedar para Navidad ¿no?

—Sí, claro, tío. Ya que nos vemos poco y estás por aquí, sería lo mínimo.

—Pues yo voy a ir con ellas, así que tendremos que hacer plan conjunto.

—No me jodas... —se quejó.

Asentí con la cabeza. Yo lo tenía muy claro, había hecho el viaje para estar con Amor y no quería perder ni un segundo con ella.

Por suerte, ella pensaba lo mismo.

Iván y yo nos fuimos a tomar unas birras mientras Amor acompañaba a Alex.

Nos pusimos al día y en intimidad me contó que lo había estado pasando mal porque conoció a una chica y le había abandonado por otro.

—Tío en mi vida podría haber imaginado que ninguna me tocaría la fibra excepto ella. Ahora ya estoy mejor, he seguido saliendo con otras, pero todavía me acuerdo. Lo pasé muy mal durante dos meses.

Inevitablemente pensé en Marina. ¿Cómo estaría? No creía que lo que ella y yo tuvimos fuera amor, pero supongo que lo pudo llegar a pasar mal. Me sentí un cabrón porque lo cierto es que yo ni siquiera le había dado un “luto”, incluso me la llegué a follar después de haberlo hecho con

Amor. Nunca me lo perdonaré.

Estábamos acabando nuestra ronda de patatas bravas cuando sonó mi teléfono, era Amor.

Me sorprendí a mí mismo respondiendo con una sonrisa como un quinceañero.

—Hola.

—¡Hola Sebas! —me dijo, sorprendiéndome por usar aquel mote.

—¿Ya habéis acabado?

—Sí, en media hora o así voy para tu hotel. ¿Nos vemos allí?

—Vale, genial.

Colgué e Iván se quedó mirándome con picardía y se echó a reír.

—¿Qué? —le pregunté con cara de pocos amigos.

—Nada, nada —respondió sin dejar de sonreír.

Nos despedimos y puse rumbo hacia el hotel con una sonrisa en los labios.

No te miento si te digo que nunca había estado tan ilusionado con una chica como lo estaba con Amor.

Cuando llegó pude sentir a varios metros de distancia su perfume. Era inconfundible.

Corrió a mis brazos en cuanto me vio y la agarré, levantándola por la cintura.

—¿Sueno ñoño si te digo que ya te estaba echando de menos?

Se echó a reír.

—Sí, suenas ñoño, pero a mí me ha pasado igual. Oye, quería comentarte, ¿has visto lo mismo que yo con Alex e Iván?

—Sí, lo he visto —respondí con una sonrisa.

—Madre mía, la que se nos espera —me dijo, llevándose las manos a la cara.

—Son bastante parecidos, ¿eh?

—Sí, igual de imbéciles, pero bueno, se acabarán dando cuenta. Alex no ha dejado de hablar de él desde que nos hemos ido. Que si fíjate que quién se ha creído para tratarla así, que ella no le había hecho nada, que si tiene pintas de chuloputas, que ni loca se acercaba a él... Y luego ya ha empezado diciendo que si es muy guapo, que está muy bueno, pero que seguro que es peligroso, etc.

Solté una carcajada con su relato. Eran tal para cual.

Entre risas subimos a la habitación.

Tenía pensado llevarla a cenar a un restaurante que me había recomendado Iván, pero al final entre unas cosas y otras acabamos follando en la cama hasta la madrugada y sin cenar.

Tras nuestro último asalto, una vez empezó a reaccionar, desnuda, despeinada y con la cara más preciosa que he visto nunca, me miró y bostezó.

—No sé si tengo más hambre o sueño.

Me acerqué y le di un suave beso en los labios.

—Yo tendría hambre, pero de ti.

—Uff, creo que necesito un descanso, y ya es raro que yo te diga eso, pero estoy bajísima de energía —dijo, desperezándose.

—¿Quieres que pidamos algo de comer?

Miró el reloj del móvil.

—Son las 2 de la mañana...

Miré en la aplicación de comida a domicilio y comprobé que había un restaurante de Kebab abierto 24 horas.

—¿Te gusta el kebab?

—¡Sí! Me encanta. Aún recuerdo el último que me comí en Estambul, una mezcla entre

cordero y pollo, buenísimo.

Vi que puso una expresión de dolor tras decir eso, pero la cambió enseguida cuando la miré.

—Pues pido uno y que nos lo traigan aquí —respondí con resolución.

Como respuesta se estiró en la cama y subió el pulgar a modo afirmativo.

Casi nos quedamos dormidos, y me sobresalté cuando sonó el timbre del telefonillo de la habitación.

Descolgué y el recepcionista me indicó que había llegado la comida. Me vestí y bajé a recogerlo.

Amor se activó con el olorcillo que desprendía la bolsa y se incorporó en la cama, sujetándose la sábana por encima del pecho.

La visión de ella babeante por la comida y medio desnuda, me excitó muchísimo. Estoy enfermo.

Cogí una de las bandejas que había encima de la mesita y la llevé a la cama para que no tuviera que levantarse.

—Oh, es lo más romántico que me han hecho nunca, llevarme un kebab a la cama a las 3 de la mañana —dijo, riendo.

—Lo sé —respondí con chulería.

Los devoramos en un abrir y cerrar de ojos. Follar cansa, al fin y al cabo, es hacer ejercicio, y a pesar de estar habituado, soy humano y termina por notarse.

Además, me encantaba darle duro para que se corriera. Descubrí que le gustaba la profundidad y la rudeza, algo que no le pegaba con su carita angelical, pero que me volvía loco.

También hacía algo con su vagina que me llevaba al límite.

En uno de los asaltos de la tarde lo hicimos sin condón y me flipó, pero no era responsable, así que salí enseguida de ella. No obstante, me encantó sentirla piel con piel.

El efecto de la comida en el estómago y el agotamiento nos llevó a quedarnos dormidos al poco de haber recogido la bandeja.

Así, así querría vivir...



CAPÍTULO 39

AMOR

Me parecía increíble lo rápido que estaba pasando el tiempo. Los días que estaba junto a Sebastián parecían tener doce horas menos, porque llegó el día de Navidad sin apenas darnos cuenta.

Decidimos que vendría a casa con nosotros a comer, le gustara a mi madre o no. En Nochebuena cené con mis padres y mis hermanos y en cuanto terminé me fui al hotel con él. Me sentí fatal porque estuviera solo, aunque finalmente me dijo que había cenado con la familia de Iván.

Normalmente para Nochevieja nos juntábamos con la familia de Alex, y organizamos una fiesta después con todos los amigos. Este año haríamos lo mismo, pero no quería dejarle tirado el día de Navidad.

—¿Estoy bien así? —me preguntó nervioso, mientras se ajustaba el jersey navideño que habíamos comprado la tarde anterior.

—Estás perfecto, tranquilo —le dije dándole un rápido beso en los labios.

—*Puff* —resopló—. ¿Y si no me aceptan?

—Te aceptarán, seguro —le respondí para tranquilizarle.

Aunque en el fondo, a mí también me daba mucho miedo.

Cuando le dije a mi madre que tendríamos invitado me hizo el tercer grado y tuve que contarle más o menos todo.

Lo primero que me dijo fue que no, que no quería que entrara ningún extraño en su casa, que debía centrarme en volver con el innombrable y que estaba cagándola, estando con otro chico.

Mi madre era así... pero me dio igual, mis condiciones eran esas y estaba harta de hacer siempre lo que ellos quisieran.

Pusimos rumbo a casa de mis padres donde los coches empezaban a llenar la calle. Nos reuniríamos con mis hermanos y sus parejas, mis tíos y mis primos, en total éramos casi cuarenta personas. Tenía la suerte o desgracia de ser una familia muy numerosa.

Aquello, como todo, tiene sus pros y sus contras, pero si no te gusta el bullicio ni las reuniones familiares, estás jodido.

Al abrir la puerta y vernos a Sebastián y a mí con el mismo jersey y llevando una botella de vino y un pastel, la expresión de mi madre pasó por varias fases, primero de asombro, después de enfado y finalmente de alegría.

No entendía nada.

—Pasad, hijos pasad.

Hice las presentaciones con el resto de la familia y Sebastián los iba saludando, dándoles dos besos.

En el tiempo en el que llevábamos juntos, si se podía definir así aquel tipo de relación, me había dado cuenta de que era mucho más tímido de lo que quería aparentar y empecé a notar su acento alemán. Aunque al inicio pensé que me estaba tomando el pelo, porque incluso se le notaba un tono mallorquín, con el tiempo y hablando con más confianza le noté por su manera de hablar que no era español de nacimiento. Además de muchas costumbres y expresiones que no conocía del todo.

Por ejemplo, no estaba acostumbrado a saludar con dos besos, sino con un apretón de manos. Por lo que se veía, en su familia eran muy fríos y desapegados.

Dejamos el vino y el pastel en la cocina, y nos fuimos distribuyendo por la mesa.

Me alegré muchísimo de ver a mi hermana Sonia y de presentárselo en persona al fin.

Era la única de la familia a la que le había contado desde el inicio lo que estaba pasando con él, y en una ocasión hicimos una videollamada los tres.

Después en privado me dijo que le encantaba para mí y que ella también había conocido a alguien. No me lo quería presentar, porque quería que fuera una sorpresa.

Lo fue para todos, porque nos comunicaron que se habían casado y... que estaba embarazada de nuevo. Era un chico majísimo, de Londres, pero con orígenes italianos y hablaba perfectamente español porque era profesor en una academia. Había vivido muchos años en Málaga y se habían conocido en la parada del autobús.

Me alegré muchísimo por ella, estaba radiante y me encantaba verla tan feliz.

Nos dijo que había sido todo muy rápido, pero ninguno de los dos se arrepentía ya que había sido de esas veces en que ambos tenían claro lo que querían.

No pude evitar mirar a Sebastián cuando nos estaban contando la noticia. Pude ver en su mirada un destello de emoción.

Mis padres parecieron llevarlo muy bien y acogieron a John como uno más, pero para nuestra desgracia, no hicieron lo mismo con Sebastián. Por educación no le dijeron nada, pero se notaba que no les gustaba y yo no entendía por qué.

Cenamos y pude ver como el pobre se comía todo lo que mi madre le echaba, parecía un duelo a ver quién cedía antes, si él diciéndole que no o ella dejando de cebarlo como un cerdo.

Ganó Sebastián, que incluso le pidió repetir. Me reí sin poder evitarlo por la cara de desagrado que puso mi madre.

Mis sobrinos no dejaban de jugar y el bullicio era ensordecedor, a su vez le daba mucha vida a la noche, pero a mí me estaba explotando la cabeza.

Tras tomar el café, me aparté con Sonia mientras dejé a Sebastián jugando con mi sobrino y hablando con John.

Se cayeron bien enseguida, quizá por la unión de dos personas que se sienten extranjeras dentro de una familia.

Acaricié la cabeza de mi sobrinito cuando pasó corriendo por mi lado. No me gustaban los niños, pero con él hacía una excepción.

Cerramos la puerta para tener más intimidad y nos pusimos al día Sonia y yo.

—Me alegro muchísimo, Soni —le dije, acariciándole la ya pronunciada barriguita.

—Gracias, chiquitina. Pues te voy a decir que te veo mucho mejor con Sebastián de lo que te había visto nunca con el innombrable. Me gusta mucho este chico para ti, ya te lo dije.

—Ya, pero es complicado... él está allí, yo estoy aquí... No sé —dije, bajando la mirada.

Regresamos junto a todos al salón y le hice un gesto a Sebastián para que se acercara.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Bueno, como tú quieras —dijo, mientras intentaba separarse de mi sobrino, el cual le había pillado mucho cariño y no se lo quitaba de encima.

—Arón, deja al tío —le regañó Sonia al niño.

Sebastián le acarició la cabecita y regresó junto a su padre.

Cuando estábamos recogiendo los abrigos sonó el timbre.

Miré a Sonia interrogante, que yo supiera no esperábamos visita.

Mi madre, que parecía ser la única consciente de quién llamaba, se acercó para abrir con una sonrisa y la persona que vi tras la puerta dirigió su mirada directamente a mí, era el innombrable.

No supe cómo reaccionar. ¿Qué narices hacía él allí?

En un gesto rápido, Sebastián me agarró por la cintura atrayéndome hacia él y el innombrable se quedó mirándolo con aire de superioridad.

No te miento si te digo que en alguna ocasión había tenido alguna pesadilla en la que se conocían los dos, y por suerte o por desgracia, la realidad no difirió mucho: pelea de gallos.

No me gustó, nada, pero nada de nada, aquella situación. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Bueno, nosotros ya nos íbamos —dije, tirando de Sebastián.

—¿Ya te marchas hija? ¿Ahora que tenemos nuevo invitado? —dijo mi padre, dejándome boquiabierta.

Aquello parecía una cámara oculta.

No sabía dónde meterme.

El innombrable empezó a saludar a mis hermanos, como si no hubiera pasado nada, los vi hablar animadamente. Era como si lo mirara y me transportara al año anterior, en el que todavía estábamos juntos y no me había dado la patada, el muy cabrón.

¿Cómo podía tener el morro de presentarse allí el día de Navidad?

Comprendí que era cierto lo que decía mi madre sobre que iba a verlos casi todas las semanas, tenía más confianza con mi familia él que yo.

Cuando siguió la ronda de saludos y le tocó mi turno, me dio dos besos, acercando mucho la boca a mis labios y colocando su mano estratégicamente muy cerca de mi culo.

Maldito cabrón, sabía que eso era mi criptonita.

Durante unos milisegundos, perdí la conciencia, en sentido figurado, no sabía ni dónde ni en qué momento estaba viviendo, o incluso si era un sueño.

Pasó de Sebastián y fue a saludar a mi hermana, pero yo no me quedé callada.

—Él es Sebastián, mi novio —dije, pronunciando muy alto las dos últimas palabras.

Si las miradas mataran... Fijó en mí aquellos ojos azules que tantas horas había pasado mirando y regresó para saludarlo con un apretón de manos y una mirada más que significativa entre ambos.

Sebastián me miró y pude ver cómo le hervía la sangre.

Cuando acabó la ronda y se sentó en el sofá, sonó el teléfono de Sebastián y prácticamente un segundo después el mío.

Salvados por la campana, eran Iván y Alex, respectivamente, preguntándonos cómo íbamos

para quedar con nosotros.

Lo curioso era que ninguno de los dos quería verse, pero nos llamaron a la vez, y aquella fue nuestra vía de escape para salir de allí.

Nos excusamos de todos y salimos por patas sin girarme a mirarle, a pesar de que sentía sus ojos azules clavados en la mano que Sebastián apoyó en mi culo mientras me instaba para salir.

Una vez cerramos la puerta, soltamos todo el aire para liberarnos.

—Dios, ¿Qué acaba de pasar ahí dentro? —pregunté.

—Tú dirás, ¿qué hace tu ex con tu familia? No sonaba enfadado, sino más bien intrigado.

—Eso me gustaría saber a mí.

—¿Cómo pudiste estar con ese tío? Y no lo digo a malas ¿eh?, pero Dios, qué gilipollas. Al menos saluda por educación.

—Ya... —respondí, avergonzada.

No era típico de él, la verdad, no sé por qué lo hizo. Celos o alguna movida rara de hombres, imagino. Pero hasta donde yo sabía él estaba con otra u otras, así que no tenía absolutamente nada que recriminarme.

—En fin, vámonos ya —concluyó Sebastián, abriendo el coche con el mando.

Apenas quince minutos después entramos en el bar donde ya nos estaban esperando Iván y Alex, a los que pillamos desprevenidos hablando de lo más normal, incluso demasiado juntos...

Solté una media sonrisa pícaro... Ahí había temaaa, pero vamos.



CAPÍTULO 40

SEBASTIAN

No quería irme, pero todo llega a su fin, y las fiestas habían pasado, me estaba dejando mis ahorros en aquel hotel y Amor había regresado al trabajo, por lo que ya apenas nos podíamos ver.

Me costó muchísimo despedirme de ella.

Los últimos días habían sido mucho más intensos. Junto a Alex e Iván, empezamos a crearnos una rutina de salir a cenar los cuatro y nos partíamos de risa viendo cómo se picaban mutuamente, siendo evidente para todos que estaban enamorados hasta las trancas. No sabíamos hasta cuándo seguirían intentando ocultarlo, pero mientras nos lo pasábamos muy bien.

Para Nochevieja nos juntamos con el resto de los amigos de Alex y Amor y fue, yo creo uno de los mejores fines de año de mi vida. Los últimos años los había celebrado junto a Marina en un spa, siempre el mismo, y despidiendo el año follando como locos en una habitación de película erótica en la que me dejaba un mes de sueldo.

Este año fue completamente diferente. Algunos de sus amigos ya tenían niños por lo que prácticamente fue como una Nochevieja en familia muy grande, pero en la que después de tomar las uvas, la fiesta infantil se convirtió en fiesta para adultos.

Alquilamos un local con mesas y cocina, que después se convertía en sala de baile. Teníamos barra libre de alcohol y acabamos todos bastante tocadillos.

Alguno incluso se quedó dormido en uno de los sofás. Le echamos una manta por encima y le dejamos una nota para avisarle que tenía las llaves en los bolsillos.

Fue un show. Amor y yo regresamos al hotel muy calientes, pero estábamos tan borrachos que apenas atinábamos a desvestirnos, y finalmente nos quedamos dormidos medio desnudos, ella encima de mí y con la luz encendida, repito, un show.

La mañana siguiente fue horrible, eso sí. Odio las resacas, y por eso cuando bebía lo hacía con moderación para no acabar así, pero me liaron los cabrones, empezamos con juegos de chupitos, después la cosa se calentó, una llevó a otra y creo que acabé bebiéndome yo solo una botella y media de vodka a palo seco. Tenía bastante tolerancia al alcohol, pero aquello era demasiado.

El día de Reyes volvimos de nuevo a su casa para darles los regalos a sus sobrinos. Estar en

una familia tan numerosa me asustaba mucho, porque no estaba acostumbrado y me agobiaban tantos niños. Además, sus padres me odiaban y no entendía por qué.

La visita de su exnovio fue horrible, menudo subnormal. No entiendo cómo Amor pudo estar enamorada de semejante gilipollas, su actitud fue de maleducado de manual.

No le dije nada, pero me molestó muchísimo cómo se despidió de ella, estoy seguro de que le tocó el culo y me jodió.

Por suerte aquel día no se presentó. Amor me explicó que esa fecha la pasaba con su hermana que también tenía un niño pequeño.

—¿Y tú qué sueles hacer en Reyes? —me preguntó, dejándome muy pensativo.

—En Alemania celebramos más la llegada de San Nicolás, la tradición dice que la noche anterior al 6 de diciembre los niños colocan los zapatos en la chimenea y al día siguiente se encuentran con dulces y frutas. Esta tradición se ha incorporado a la Navidad y es él quien trae los regalos a los niños, como lo más parecido a Papá Noel. En mi familia el día 6 de enero no teníamos costumbre de celebrarlo, a pesar de que en muchos otros países de Europa como en Italia o Portugal sí que se celebra. Actualmente no tengo prácticamente ninguna relación con mi familia, así que no hago nada —confesé, un poco avergonzado.

—Buf, algunas veces me encantaría no hacer nada, me agobian tantas cenas y comidas familiares y de vez en cuando estaría muy bien un poco de tranquilidad.

—Ves, yo opino al revés, muchas veces no se valora el estar acompañado y se desea estar solo, pero cuándo lo estás realmente, matarías por estar con gente. Al final todo este bullicio da alegría, aunque sature un poco —respondí con una sonrisa triste.

—Ya... Muchas veces no se valora lo que se tiene.

Nos quedamos pensativos durante unos minutos que se me hicieron eternos.

Dos días después fue cuando hice las maletas con lo poco que había traído y nos encontrábamos en el aeropuerto.

Había venido a despedirme y me dio mucha pena, no quería irme ni ella quería que yo me fuera. Me recordó a nuestra despedida en Mallorca, y no dejaba de pensar en cuándo podíamos volver a vernos.

Nos besamos con desesperación y le tendí mi teléfono para hacernos una foto.

Como llevaba el billete impreso en papel y vi que empezaron a llamar por megafonía, avisando que mi vuelo estaba en última llamada, salí corriendo sin preocuparme de que ella se había guardado mi móvil en el bolso. Tampoco se dio cuenta porque fue todo muy rápido.

Cuando me senté en el avión después de recorrer corriendo medio aeropuerto me di cuenta de que me faltaba y caí en que lo llevaba ella.

—¡Mierda! —exclamé.

¿Y ahora cómo me ponía en contacto con ella? Se me iluminó la bombilla y antes de que obligaran a poner el modo avión, le pedí a la señora de al lado si me dejaba hacer una llamada.

Le expliqué lo que había pasado, porque no dejaba de mirarme mal, pero finalmente me lo dejó.

Marqué mi número y al segundo respondió.

—¡Mierda! Se me ha olvidado dártelo. ¿Y ahora?

—No te preocupes, me compraré uno cuando llegue a Mallorca, te llamo a este y te doy el número. Por si se te apaga la clave es una T, sí lo sé, lo más simple del mundo —dije soltando una carcajada nerviosa.

La azafata me indicó que debía colgar porque estábamos ya en movimiento.

—Te tengo que dejar que ya salimos, te aviso cuando llegue. Te quiero.

No me dio tiempo a escuchar su respuesta porque la mujer me quitó el teléfono de mala manera y mirándome mal lo puso en modo avión.

Intenté disculparme como pude, ya que debía estar a su lado durante las próximas dos horas.

Al llegar a Mallorca todas las tiendas estaban cerradas, por lo que no pude comprar nada y me di cuenta de lo perdidos que estamos hoy en día sin teléfono, no tenemos GPS, no tenemos internet... Y pensar que antes la gente hacía lo mismo sin tantas comodidades... En fin. Mi reflexión del día.

Cogí el coche que tenía aparcado en el parking, previa petición a un señor para llamar al servicio de aparcamiento, y me fui a casa.

Con el ordenador me conecté a Instagram y le envié un mensaje para decirle que ya había llegado. No me respondió, y no pude aguantar a su respuesta porque caí dormido enseguida.



CAPÍTULO 41

AMOR

Te quiero... me había dicho te quiero. En una situación de nerviosismo al tener que colgar rápido, no sé si fue del todo consciente de lo que había dicho, pero a mí desde luego que me afectó.

No pude contestarle porque se cortó la llamada, y realmente no habría sabido qué decirle. ¿Que yo también?

¿Yo le quería? ¿Estaba segura de que aquello era amor?

No me quise rayar mucho sobre eso, y quedé con Alex para no pensar.

Salimos a tomar algo las dos junto con Julia, nuestra amiga de la infancia a la que casi no veíamos porque estaba viviendo fuera.

Me hacían falta esos ratos así con ellas. Alex nos confesó que se había liado con Iván y como Julia no sabía de qué iba, le contamos toda la historia.

No quise quitar protagonismo a mi amiga, que parecía una quinceañera relatando cómo se habían lanzado mutuamente.

—Ya era hora, también te lo digo, porque estaba cantado.

—*Bua*, es que nunca me había sentido así, os lo juro, es entre una mierda y entre algo muy excitante.

—¿Te lo has tirado ya? —preguntó Julia.

—¡Qué va! No me reconozco, de verdad. Eso sí, besa que te mueres con esos morritos. Me corrí en cuanto me tocó, y qué lengua, joder, *ufff* me estoy poniendo cachonda solo de recordarlo —dijo, poniendo cara de guarrilla.

Le di un codazo soltando una carcajada y le contagié la risa con tan mala suerte que se me escapó un pedo, y Julia casi se mea, parecíamos tres locas, de verdad que cualquiera que nos hubiera visto, se habría pensado que estábamos fumadas o algo, pero para nada, éramos así en estado natural.

Aquellos momentos de risas con las amigas era lo mejor. Julia se tuvo que marchar porque había quedado con otras amigas que hacía mucho que no veía y como estaba poco tiempo en la ciudad tenía que repartirse. Nos despedimos con la promesa de una salida las tres juntas como en

los viejos tiempos.

Alex siguió dándome pelos y señales de lo bueno que estaba Iván, me enseñó sus fotos y videos de Instagram donde salía sacando la lengua de manera sexy y moviendo el culo.

Sí que estaba bueno, sí... Incluso hasta yo me puse un poquillo. Pero me alegré mucho por mi amiga. La cosa iba en serio, porque nunca había visto a Alex tan ilusionada por un tío y parecía que era mutuo.

Un pitido no familiar nos interrumpió.

Venía del teléfono de Sebastián y como me había dicho la contraseña lo desbloqueé pensando que sería él mandándome el nuevo número.

Pero no, se me congeló la risa en la boca cuando vi lo que no debía haber visto.

Una tal Marina le acababa de enviar una foto casi desnuda y con un escrito que me mató.

“Te echo de menos, espero que tu hayas pensado tanto en mí como yo en ti. Tengo ganas de hacerte una mamada y echo de menos que me folles como lo hacías siempre, duro y salvaje, estoy cachonda y ahora vivo muy cerca de nuestra casa, ¿quedamos?”

—¡Me cago en la puta! —exclamé, tirando el móvil encima de la mesa.

Alex que no entendía nada, lo cogió y cuando lo vio, tiró el móvil al suelo con toda su rabia. El pobre no tenía la culpa, la pantalla se astilló en mil pedazos y quedó prácticamente inutilizable.

—Menudo hijo de la gran puta. Se estaba tirando a esta mientras te decía a ti que te echaba de menos. Ya lo vemos... —empezó a decir Alex con odio.

—Qué cabrón, y aún me dijo “Te quiero” cuando subió al avión...

Empecé a llorar, no lo pude evitar. No podía ser que me fuera tan mal en el amor, joder. Si era mi nombre, porque lo sufría tanto, hostias.

Se me había esfumado todo el buen humor de quedar con mis amigas.

Alex me abrazó y me desahogué. No me lo podía creer, todo me daba vueltas.

—Tranquila, cariño —me decía Alex, dándome palmaditas en la espalda.

—Siento, haber amargado tu noticia, joder —le dije, con un hilillo de voz y con los ojos enrojecidos por el llanto.

—No seas tonta.

No recuerdo cuánto tiempo pasé llorando, hasta que me quedé sin lágrimas.

Recogimos el móvil de Sebastián, o lo que quedaba de él, no quería dejarlo ahí, y lo dejé en la guantera del coche.

Ella no me abandonó en ningún momento y fuimos a su casa donde me hizo la cena con sus pocas artes culinarias, y vimos una película de misterio de la que no me enteré de nada.

Antes de ir a la cama abrí Instagram y vi que me había enviado un mensaje avisándome de que ya estaba en casa y que no había conseguido el teléfono.

Menudo hijo de puta. No pude tener otra reacción que no fuera bloquearlo de todo. No quería volver a saber nada de él.



CAPÍTULO 42

SEBASTIAN

Conseguí el nuevo teléfono la mañana siguiente. Estaba feliz porque al fin podía volver a hablar con ella. Sólo había pasado un día sin saber nada y ya parecía una eternidad. Tenía ganas de hablar con ella, pero como envié un WhatsApp a mi teléfono y no le llegaron, abrí Instagram para ver si me había contestado.

Me extrañó mucho que su cuenta no me apareciera, había visto el mensaje, pero luego su cuenta había desaparecido, como si se hubiera eliminado el perfil.

Maldije mi cabeza por no acordarme de su número ni del de Alex. ¿Y si le había pasado algo?

Llamé a mi número, pero daba apagado y probé a lo largo del día sin éxito.

No entendía nada. No dejaba de dar vueltas por el piso, inquieto. Algo no iba bien.

Pensé en Iván, él quizá podría hablar con Alex. Al fin y al cabo... Estaba claro que se habían intercambiado el teléfono, aunque por lo que me dijo, aquella semana estaba de viaje.

Le llamé y se extrañó al ver aquel número.

—Sí, tío, me dejé el móvil. Estoy bastante preocupado porque estoy intentando llamar a Amor a mi número y me da apagado. Su cuenta ha desaparecido de Instagram y no sé cómo contactar con ella.

—¿Te ha bloqueado? Espera a ver si a mí me sale.

—¿La sigues en Instagram? —pregunté, asombrado.

—Claro, tío, quién no sigue en Insta a una tía buena, cómo te crees que me hago yo los pajotes. El Instagram es el nuevo porno, actualízate.

—Eres un cerdo. Y que sepas que eso no se hace, espero que no te hayas pajeado con ella.

—No... no... claro —respondió con ironía.

Cabrón.

—Bueno, ¿te sale?

Tras unos segundos en los que lo escuché decir barbaridades de las tías que le iban saliendo, me contestó.

—Sí, aquí me sale.

—Joder. Me ha bloqueado. ¿Pero por qué?

—No sé... ¿Qué has hecho?

—No sé, tío. Nada... Si hemos estado de puta madre estos días, no lo entiendo.

—Mujeres....

—Me da igual, ella no es una cualquiera. ¿Puedes escribirle y darle mi número nuevo por favor?

—Sí. Pero me huele a que tras eso me bloqueará a mí también.

—Joder... ¿Y Alex?

—No sé, esta semana estoy de viaje, no la veo y si ha pasado algo como para que te haya bloqueado creo que es mejor hablarlo en persona, ¿no?

—Sí, tienes razón. Pues no sé... Igual puedo esperar y se le pasa. ¿Tienes su número?

—No, solo tengo el de Alex.

—Ah, vale —respondí, apenado.

Nos despedimos y tiré mi móvil nuevo en la cama con rabia. No entendía nada...



CAPÍTULO 43

AMOR

No dormí, nada. Ni aquella noche ni las cinco siguientes. Pasé de estar feliz y contenta a ser un esqueleto andante. Parecía un zombi, no me reconocía ni en el espejo.

Aquella vez no me dio por comer como cuando estaba en Mallorca, sino todo lo contrario. No me entraba la comida, perdí todo lo que había ganado y más.

Tenía unas ojeras hasta el suelo y daba asco verme.

Alex intentaba sacarme de casa, pero no tenía ganas. Mi madre me preguntaba todo el rato por qué estaba así, y cuando le dije que era por Sebastián ¿Sabes qué me dijo?

—Ya te lo dije, que ese chico no me gustaba.

Fue la puntilla que me hizo explotar.

Me fui de casa dando un portazo. Reservé una habitación de hotel y vagabundee por la ciudad, con tan mala o buena suerte que aquel día me crucé con el innombrable.

—¡Amor! —me saludó, efusivo.

—Hola —dije, arrastrando la voz, sin ganas.

Debía de dar muchísima pena, porque me abrazó como si hiciera años que no nos veíamos.

—¿Qué te pasa? —preguntó, preocupado.

No pude contestar. Le miré a los ojos, a aquellos ojos azules por los que tanto había llorado, por los que tanto había sufrido, y que tanto había añorado y me lancé a su cuello.

Lloré sobre su hombro y él se debió de quedar alucinado. Me apretó fuerte mientras yo perdía la poca dignidad que me quedaba.

Cuando me fui calmando poco a poco, nos separamos y me miró.

—¿Quieres venir a cenar conmigo? Justo estaba yendo a hacer la compra ahora.

Se había mudado desde que lo dejamos y no sabía dónde vivía, una parte de mí pensó que no era buena idea, pero mi curiosidad y la alternativa de quedarme sola en el hotel me llevaron a responderle un claro y rotundo sí.

Su rostro se iluminó con una sonrisa como hacía años no le había visto, y me la contagió.

Fuimos al supermercado y poco a poco, gracias a aquél poder que sólo él tenía conmigo, me calmó y me hizo casi olvidar por qué estaba mal.

Todo lo que había llorado por él, me lo devolvió en forma de felicidad con aquella cena, que sería la primera de unas cuantas.



CAPÍTULO 44

AMOR

3 MESES DESPUÉS...

Si me lo llegan a decir, no me lo creo. Después de tantos meses sufriendo, pasándolo mal, llorando, sin ni siquiera llamarle por su nombre (cuando hablo alguna vez con Alex aún le sigo llamando el innombrable por inercia) ... ¡Hemos vuelto a estar juntos!

Todo empezó con aquel encuentro casual, en el que fue mi salvación, mi luz al final del túnel, mi agua en el desierto, sí, lo sé, estoy un poco metafórica, pero es que fue un cambio radical,

Tras la desilusión tan grande que me llevé con Sebastián, empecé a pensar en que el amor no era para Amor, je,je, sí, lo siento estoy tontina.

Pero llegó él y mírame, me cambió el humor, volví a ser la de siempre, incluso en versión mejorada.

Era como si el tiempo que habíamos estado separados nos hubiera hecho darnos cuenta de lo que tuvimos y perdimos por idiotas.

Di las gracias al destino y al universo por cumplir todas aquellas plegarias que recé, me anoté mentalmente ir a aquella bruja que me dijo que jamás volvería con él y hacerle un Zas en toda la cara.

Es verdad que el reencuentro fue muy rápido. Aquella misma noche pude ver su piso, que ahora es el nuestro. Y la verdad es que no me esperaba menos de él, me gustó mucho cómo lo había amueblado y aunque me jodió sobremanera no haber sido yo la que le hubiera ayudado al inicio, me gustaba pensar que era yo la que finalmente lo disfrutaría.

Preparamos la cena como habíamos hecho siempre, pero con una sonrisa en la boca, rememorando nuestros buenos tiempos.

Una cosa llevó a la otra, abrimos una botella de vino blanco, como habíamos hecho siempre y al final mientras estábamos tumbados en el sofá, me besó.

Fue un beso tímido, parecía que estaba pidiéndome permiso, no lo sé, pero el alcohol en mis venas, las ganas que tenía de aquel momento, las veces que había soñado con eso, me hicieron responderle con creces.

Dios, me sentí en casa, era como cuando vuelves de unas vacaciones en una isla paradisíaca donde todo es bonito, pero llegas a tu casa y respiras la paz que te da el hogar, lo seguro, tu rincón particular dentro del mundo.

Así me sentí.

Sus labios carnosos se abrieron dejando acceso a nuestras lenguas, que anhelaban el contacto tras tantos meses de distancia.

Le había echado tantísimo de menos...

Creo que en todos los años que estuvimos juntos no nos habíamos estado besando durante tanto rato.

Cuando al fin nos separamos emití un gemido inconsciente de queja.

—Buff, Amor, te echaba de menos.

—Y yo a ti, joder —le dije, volviendo a agarrarle del cuello para seguir besándole.

Después de aquello, la temperatura fue subiendo y parecía que no había pasado nada.

Nuestros cuerpos se conocían a la perfección y ambos sabíamos lo que nos gustaba, aquello no había cambiado.

Sus manos subieron por mi muslo mientras me besaba, y fueron subiendo poco a poco hasta mi cintura.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta holgada, lo primero que había pillado. Sacó la camiseta del borde del pantalón y metió una mano dentro de ella.

Me estremecí al sentir su contacto, tenía las manos muy suaves, increíblemente suaves. Casi las había olvidado, y en aquel momento, vinieron a mi mente las manos grandes de Sebastián.

¿Soy gilipollas o qué? Cuando me estoy tirando a uno me acuerdo del otro y viceversa.

Aparté de mi cabeza aquellos pensamientos y me entregué por completo al que sí, finalmente corroboré que era el amor de mi vida.

Sus manos siguieron el camino que le marcaba la seguridad de saber lo que estaba haciendo.

Me levantó la camiseta, que voló por el suelo del salón y tras quedarse un poco anonadado de mis pechos, me desabrochó el sujetador.

—Joder, Amor, se me había olvidado lo buena que estás.

No dije nada, pero pensé que si me hubiera visto cuando empecé a engordar por la ansiedad que él me había provocado no habría dicho lo mismo, pero callé.

Con los dedos me hizo en los pezones aquello que me volvía loca. Me estremecí, todo lo que me hacía parecía activar en mí el botón de orgasmo seguro, porque no podía dejar de sentir placer.

El ritmo fue subiendo y los preliminares se fueron acortando, las ganas y el deseo después de tanto tiempo, se hicieron latentes.

Me quité el pantalón y me bajé las braguitas.

Por suerte mi higiene íntima a pesar de ser un zombi la seguía manteniendo y di gracias mentalmente a la depilación laser que me había hecho en el pubis que me hacía estar siempre depilada. Esto va muy a gustos, pero yo lo prefiero así y sabía que a él le encantaba.

Puso expresión de lascivia y vi como dirigía poco a poco su boca a mi sexo.

Dios, todavía ni me había rozado y ya estaba sintiendo su lengua húmeda acariciando mi clítoris.

—Ahh —gemí.

—¿Te gusta? —preguntó con voz ronca.

—Me encanta...

Siguió avanzando y aumentando la presión de su lengua, pasándola por mi abertura,

empapándome con su saliva mezclada con mi flujo.

¿Cómo podía ponerme tan cachonda aquel chico?

No sé, creo que solo con respirar ya conseguía que me corriera, no me había pasado con nadie.

Me acarició con los dedos y los introdujo poco a poco en mi vagina, tras pasearlos por mis labios, humedeciéndolos.

No me quedaba mucho, me iba a correr.

—Sí, nena, quiero saborearte —me dijo.

Sus palabras fueron órdenes y exploté en un brutal orgasmo que se materializó en un abundante squirt que llenó toda la cama de mi flujo. Me vacié, en aquel orgasmo me vacié de todo lo que llevaba acumulado durante aquel tiempo, de todas las noches sin dormir, de todas las lágrimas derramadas, exploté, me liberé de aquella carga y fue aquel orgasmo el que me permitió volver a ser yo misma.

Me quedé tumbada sobre el sofá, en aquel momento podría haber hecho conmigo lo que le hubiera dado la gana.

Me habría gustado hacerle a él lo mismo que me había hecho él a mí, pero no me dio tiempo.

Se bajó los pantalones y mostró ante mis ojos la polla más bonita que había visto en mi vida.

—Joder, me cago en la puta, la anaconda... Dios... ven aquí —le dije, para que se acercara.

Casi me dieron ganas de llorar, no sé por qué.

La agarré con la mano. Era como sujetar no sé, un collar de Tiffany's. Ya lo sé, es un poco raro comparar la polla de tu novio con un collar, pero es para que te hagas una idea del valor que aquel trocito de carne tenía para mí.

Me la llevé a la boca y la besé. Fue más un acto de cariño que de lascivia. Tantos años viendo siempre el mismo pene al final le coges cariño, y todavía más si encima te encanta.

Él se rio y llevó su mano a mi vagina para comprobar que todavía seguía mojada.

—¿Puedo?

—Sí, tomo la píldora.

No entramos en detalles de si habíamos follado a pelo con otros o no, ¿fue irresponsable por mi parte?, sí, y por la suya también, pero no me juzgues, la fogosidad del momento nos llevó a aquello.

Me levantó las piernas y las colocó sobre sus hombros, dejándome espatarrada y abierta de piernas ante él, que se relamió del espectáculo.

Se agarró la polla y la meneó un poco antes de introducírmela sin miramiento.

—¡Dios! —grité.

—¿Te duele? —preguntó, preocupado.

—¡No! ¡Joder! ¡Me encanta!

—Ah... entonces —respondió, cambiando su expresión a picardía.

Y entonces, hizo su magia. Empezó a bombear dentro de mí, me corrí a la segunda, empapando su polla con mi flujo y llegando a un brutal orgasmo que creo que dejó sordos a los vecinos que no nos hubieran oído ya.

—¡Joder!

Me penetró con ganas, con deseo acumulado y antes de correrse dentro de mí hizo aquel gesto tan suyo, en el que se le hinchaban los labios y acabó desplomándose encima de mí.

El tiempo se detuvo y mis actos seguían la inercia de tantos años.

—Gracias, te quiero —le dije, acercándome para besarle.

Él nunca me respondía, y siempre besaba sus labios casi inertes en ese estado postcoital, pero en aquella ocasión abrió mucho los ojos y me miró fijamente.

—Amor, te quiero. Te quiero muchísimo y he sido tan gilipollas de no darme cuenta hasta ahora —me dijo, muy serio—. Lo siento mucho, de verdad, por todo lo que te he hecho, por haberte tratado así, he sido un imbécil por haberte dejado marchar así. Lo siento.

Me deshice. ¿Qué te digo? Soy perro ladrador, poco mordedor, un polvazo, dos palabras bonitas y ya me tienes. Me conformo con poco.

Le abracé y nos quedamos fundidos entre el sudor y nuestros flujos, pero a ninguno nos importó.

Solo importaba que estábamos juntos de nuevo, y aquella vez iría mucho mejor.



CAPÍTULO 45

AMOR

Tras nuestra reconciliación, empezamos a hacer todas aquellas cosas que nos faltaron la primera vez.

Salimos mucho más a cenar fuera, quedábamos con sus amigos, que todo sea dicho, nos dieron la enhorabuena a ambos por haber vuelto.

Me introdujo en aquel grupo y cambié un poco la imagen que tenía sobre ellos.

Me sentí integrada al fin. Me trasladé a vivir con él, y aquel piso era mucho mejor que en el que vivíamos antes, más moderno y espacioso.

Todos los domingos íbamos a comer a casa de mis padres, que como te puedes imaginar estaban la mar de felices.

No me lo creía, de verdad que vivía con miedo de que todo fuera un sueño.

Alguna vez pensaba en Sebastián, en qué habría sido de él. Quizá no fui del todo justa al no dejarle ni siquiera expresarse.

Recordé que todavía tenía su móvil destrozado en la guantera del coche, pero no lo quería sacar, era como que, si lo tocaba, se me removería todo y no, no quería estropear aquel maravilloso momento junto al innombrable. Aquello era lo que llevaba mucho esperando, lo que había soñado tantas veces y ahora que por fin funcionaba, no quería estropearlo. Estaba pensando incluso en boda.

Al fin y al cabo, ya llevábamos diez años de relación sin contar el parón. Incluso me dije a mí misma que si no lo hacía él, lo haría yo.

Aquella tarde estaba sola en el piso, él se había ido a jugar al pádel con unos amigos y yo no tenía muchas ganas de salir.

Aquella era una de las novedades de la nueva relación, mi anterior yo, le habría tocado las narices hasta que se hubiera quedado conmigo, pero mi nueva yo comprendió que cada uno debíamos tener nuestro espacio y que el que se fuera a jugar, no significaba que no quisiera estar conmigo.

De hecho, le vi bastante convencido, después de todo, las segundas oportunidades deben ser de mutuo acuerdo.

Por mucho que quise evitarlo, al final acabó saliendo el tema de si habíamos estado con otras personas.

Me daba mucho miedo, yo no quería saberlo, no quería, pero me dijo que él se quedaba más tranquilo si me lo contaba.

Yo le hablé un poco de Sebastián, pero porque me lo pidió, al fin y al cabo, lo había conocido en Navidad, era justo que al menos le explicara quién era.

Una punzadilla de dolor me atravesó al hacer el resumen para contárselo.

No estaba preparada para lo suyo, pero me llevé una sorpresa.

Me dijo que únicamente se había besado con una chica. Ni siquiera llegó a más, y yo me sentí fatal por todas las veces que había follado con Sebastián.

Me dijo que, al besarla, se dio cuenta de que a quien realmente quería era a mí. Que él era ya mi familia, y que se arrepentía mucho de haberme dejado.

Por eso tampoco dejó nunca de perder el contacto con mis padres. Pero no se atrevía a llamarme y preguntarme de quedar.

Me dijo que cuando vio que había llevado a Sebastián en Navidad, lo pasó muy mal, y sintió que me había perdido para siempre, pero luego me madre le había dicho que estaba muy mal, incluso le pidió ayuda.

—¿Qué mi madre te pidió ayuda? —le pregunté, incrédula.

—Sí, bueno ya sabes del tipo “Ay, hijo mío, ojalá pudieras ayudarla tú, que siempre he sabido que eras el ideal para mi niña”.

Puf, se me puso mala leche, no me gustaba que mi madre, ni nadie, se metiera en esas cosas. Ellos seguro que no sabían todo lo que yo sufrí cuando no me hacía ni caso y cuando me abandonó.

¿Sabes lo que es que tu novio te limite las horas para quedar con él? Yo sí.

¿Sabes lo que es, el estar conteniendo las ganas de decirle algo a tu novio porque si le hablas mucho le agobias? Yo sí.

¿Sabes lo que es el no poder salir con nadie porque se molesta, pero que él tampoco quiera salir contigo? Yo sí.

En fin, de todas maneras, tras nuestras confesiones no volvimos a sacar el tema de parejas intermedias, por lo que nos pudimos volver a centrar de lleno en nosotros. En sanar aquella relación que tan enferma se había puesto.

A lo que iba, aquella tarde que estaba sola y tenía un rato decidí llamar a Alex. Es cierto que la había abandonado un poco.

Tardó un poco en responder y su tono fue bastante seco.

—¿Qué pasa?

—Joder, hola... —recriminé.

—Hola —la pude imaginar con los ojos en blanco.

—¿Qué tal? —pregunté, intentando apaciguar a la bestia.

—Bien.

—Yo también, gracias... Quería ...

—Estoy liada, ¿quieres algo? —me cortó, borde.

—Joder, Alex ¿Qué pasa?

—No es algo que quiera hablar por teléfono.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Tú qué crees?

—Por tu tono, diría que sí, pero no sé qué motivos tienes.

—Amor, ¿de verdad que no lo sabes? Piénsalo y cuando lo sepas me llamas.

Me quedé con la palabra en la boca porque me colgó.

Espiré e inspiré hasta calmarme un poco y la volví a llamar, pero esta vez me colgó directamente.

Le escribí un WhatsApp.

“Joder, no es para tanto, llámame por favor”

Dos segundos después sonó la melodía personalizada que le había puesto, Fever de Dua Lipa.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes quedar esta tarde?

Tardó un poco en contestar.

—Hasta la hora de cenar sí, después he quedado con Iván.

—*Ohh*, Iván —dijo con tono de picardía para quitar hierro al asunto.

—Sí, Iván —respondió, seca.

—¿Te apetece venir al piso? Estoy sola. Este se ha ido a jugar y vendrá en un par de horas.

—No, yo allí no voy. Si quieres quedamos en mi casa. Ahora no estoy, pero voy de camino.

Me quedé patidifusa cuando me dijo que no venía al piso. ¿Tanta tirria le tenía al innombrable? Pues estaba visto que sí.

—Vale, me preparo y voy —claudiqué antes de que colgara sin despedirse.

Sí que estaba enfadada...

Me armé de paciencia, pasé por el súper a comprar nuestra botella de vino blanco preferida y en quince minutos estaba llamando a su puerta.

Me hizo gracia su felpudo, era nuevo y le pegaba a la perfección “Estar estoy, pero no quiero abrir”

Cuando me abrió, seria, como una estaca me pilló sonriendo al leerlo.

Menos mal que al ver la botella de vino suavizó su ceño fruncido.

—Bien, pasa... —dijo, arrebatándomela de las manos.

Noté la casa algo diferente, había como un toque más.... ¿Masculino?

Mis labios se arquearon en forma de O enorme.

—No me digas qué... —le pregunté, atónita, sabiendo ya la respuesta.

—Sí. Si no estuvieras tan ocupada preocupándote solo de tu puto culo, igual podrías haber seguido un poco más la historia de tu amiga. Te has perdido uno de los mejores momentos de mi vida y eso no te lo voy a perdonar nunca.

Pum. Así era Alex, directa al grano, pero sí, tenía toda la razón.

—O sea que al final... la cosa iba en serio.

—Va en serio —me dijo, enseñándome un anillo de pedida en su mano.

—¿Quéééééé? ¿Os casáis?

—En algún momento, sí. La petición y la respuesta están hechas, pero no tenemos fecha todavía.

—Joder. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no me ibas a hacer caso, Amor. Llevas unos meses que no te reconozco. No me gusta nada que me hayas dejado de lado. Recuerda que cuando ese cabrón con el que estás ahora te hizo trizas y te dejó echa una mierda, la que estaba ahí para ayudarte fui yo —me regañó como una madre que echa la bronca a sus hijos cuando han hecho algo mal.

—Lo sé, lo siento...

Estuvimos unos minutos en silencio.

—Bueno, te perdono, pero solo porque estoy contenta y has traído vino.

Ambas sonreímos y dimos por enterrada el hacha de guerra.

Pasamos toda la tarde poniéndonos al día, me contó con pelos y señales su primer polvo con Iván, con tanto detalle que casi me puse cachonda.

—Tía, podrías escribir un libro erótico.

—Ya me lo he planteado, no te creas.

Abrimos la botella de vino e hicimos palomitas. Cuando estábamos riéndonos a carcajada limpia escuchamos el ruido de la puerta de entrada.

Tras él, una voz familiar dijo.

—¿Dónde está mi reina? ¡Que vengo con hambre y no quiero otra cosa que no sea tu *armeja*! Vengo contento y prepárate porque te voy a dar como cajón que no cierra.

Al vernos en el salón a las dos, Iván se quedó parado. No podría decirte cortado, porque con aquella labia era imposible, pero sí durante unos segundos no reaccionó.

—*Ohú*, Amor, no te esperaba por aquí.

—Oye que antes de que tú llegaras ya venía por aquí. Si estas paredes hablaran... —le dije, sacándole la lengua y levantándome para darle dos besos.

—¿Cómo estás? —me preguntó en un tono extraño.

—Muy bien, la verdad. ¿Y tú?

—En un momento de mi vida que jamás habría imaginado.

—Me alegro mucho, de verdad, por los dos —respondí con sinceridad.

—Gracias.

—Siento mucho no haber estado más presente estos meses... Me he perdido una historia de libro, joder...

—No pasa nada, la historia continúa —respondió, guiñándole un ojo a Alex.

Me dedicó una sonrisa y se excusó, dejándonos solas al irse a la ducha.

Alex me hizo un gesto para que le mirara el culo cuando Iván se giró.

Realmente estaba muy bueno, pero ya no tenía ojos para nadie más.

Siguió contándome con pelos y señales cómo se lo había estado follando en todos los rincones de la casa, y me dio repelús cuando me dijo que justo donde estaba sentada le había hecho una mamada y se le había corrido en la cara.

—Joooder, no me hacen falta tantos detalles.

Soltó una carcajada sonora.

Al fin era la Alex de siempre, la había echado de menos y antes de marcharme le prometí no volverla a abandonar a cambio de que ella hiciera el esfuerzo de aceptar que yo había vuelto con el innombrable y estábamos bien.

—Bueno, no prometo nada, pero poco a poco —claudicó.

Nos dimos un abrazo de esos que regala con cuentagotas y que saben a gloria, y volví a casa donde ya estaba esperándome el innombrable.

—Hola, cariño —saludé.

—Hola, cielo, ¿Qué tal? Acabo de llegar y te esperaba en casa —me dijo con un tono un cierto repelente.

—He salido con Alex, hacía mucho que no la veía. ¿Qué tal el partido?

—Ah, ¿cómo está? El partido muy bien, hemos ganado.

—¡Olé! —le dije, chocándole la mano.

Noté que se había puesto un poco tenso, y no entendía a santo de qué venía esa reacción, pero no quise darle más vueltas.

—Alex está bien, me ha dado recuerdos para ti —me inventé para hacerle quedar bien. Él asintió con la cabeza a modo de agradecimiento—. Está saliendo con...un nuevo chico —evité decir que era amigo de Sebastián, demasiados detalles.

—¿Alex con novio? No me lo puedo creer.

—Ya ves, se les ve muy bien y me alegro mucho por ellos.

—Ya, espero que ella también se alegre por nosotros —dijo con retintín.

Subí una ceja y me quedé mirándole con aire desafiante.

—¿Por qué estás tan condescendiente?

¿Te ha molestado algo?

—No, no, nada... —dijo, desviando la mirada.

Me planté delante suyo. Mi yo de antes se habría tragado aquella respuesta, pero mi yo de ahora quería hablar las cosas.

—No, de tonterías nada. ¿Qué te pasa? —pregunté desafiante.

Emitió un chasquido de fastidio con la lengua.

—Nada, que tengo miedo de que te meta cosas raras en la cabeza sobre nosotros, no quiero volver a perderte.

—¿Eres tonto o qué? Si hasta yo misma le he pedido que sea comprensiva con la situación. Yo te amo, pero ella es mi mejor amiga. Es verdad que la he dejado de lado estos meses y no quiero volver a hacerlo. Por favor no me hagas elegir...

—No, no, Amor, por nada del mundo te haría eso, ya sé lo importante que es ella para ti, es solo que siempre ha sido tan...

—Tan... ¿qué? —ya me estaba tocando las narices.

—Tan... ya sabes. Abierta.

—Vete a la mierda —solté, dejándole con la palabra en la boca y encerrándome en la habitación dando un portazo.

¿Quién se creía él para juzgar así a mi mejor amiga? Me sentó muy mal, pero que muy mal aquello...

¿Empezaban de nuevo los problemas?



CAPÍTULO 46

SEBASTIAN

No podía aguantarme más. Quería verla, necesitaba hablar con ella y entender qué le había pasado y por qué de la noche a la mañana había desaparecido así.

Estuve esperando un tiempo, demasiado para mí, pero quizá necesario para ella, pero al ver que no aparecía ni saba señales de vida, hablé con Iván antes para consultarle y reservé un vuelo para ir a verla en persona.

Me dijo que hacía mucho que no sabía nada de ella y que él se iba a vivir con Alex.

Me alegré mucho por ellos, al fin había dado el paso y por una parte me dio un poco de envidia porque al fin y al cabo podríamos ser también nosotros los que nos fuéramos a vivir juntos...

Ellos comenzaban una nueva vida juntos, y ella me había dejado a mí, separando las nuestras sin sentido.

Llegué al aeropuerto donde me estaba esperando Iván con el coche y me llevó a casa de sus padres. Todavía se estaba mudando, por lo que no podíamos ir a casa de Alex, tenían todo patas arriba.

Me acogió como un verdadero amigo. Él no sabía dónde estaba Amor y quedamos con Alex que tampoco, pero me dijo algo que poco después pude comprobar: había vuelto con su ex.

—¿Qué? ¿Con ese gilipollas? —pregunté, atónito.

Alex asintió con desgana. Parecía que a ella tampoco le gustaba la idea.

—No la veo desde que te fuiste. Empezó con él al segundo día, aunque es normal porque estábamos enfadadas por tu acción.

—Bueno, sé que igual me precipité un poco, pero me salió así, no sé... Lo siento mucho y lo voy a sentir siempre.

—Hombre, jugaste un poco con ella, si no estabas seguro no entiendo por qué lo hiciste.

Me quedé un poco sorprendido de aquellas acusaciones, entendí que lo estaba diciendo por el te quiero que le dije antes de despegar.

Lo estuve pensando mucho y llegué a la conclusión de que había sido por eso. Amor se había agobiado por el te quiero que le dije desde el avión, por eso me bloqueó justo al día siguiente.

La conversación se quedó ahí y para intentar animarme, Iván cambió de tema.

La mañana siguiente estaba decidido a ir a hablar con ella. Estaba seguro de que con aquel imbécil no estaba feliz y me prometí a mí mismo que si ella me decía que estaba bien con él, me retiraría y asumiría que la había perdido para siempre, pero si no, intentaría hacerle entrar en razón.

No sabía muy bien qué ni cómo hacerlo.

Me dijeron que solía ir a pasear al parque por las tardes y me dirigí hacia allí, deseando encontrármela sola.

Estaba sentado en uno de los bancos, como un jubilado que da de comer a las palomas, esperando sin certeza que apareciera.

Me sentí fatal porque parecía que estaba acosándola, como estos que se ponen sombrero y gafas de sol y se esconden tras un periódico con un agujero para cotillear, pues así.

Entonces me giré como un imán. Escuché su particular risa y algo se removió dentro de mí. Me levanté, haciendo ademán de acercarme hacia dónde provenía su voz. Todavía no la había visto, sólo la había escuchado.

Pero no iba sola. Cuando me di cuenta de que iba cogida de la mano de aquel gilipollas me quedé tenso.

Estaban de espaldas, por lo que no podían verme.

Y se me cayó el mundo encima, porque la vi feliz, no dejaba de sonreír mientras aquel imbécil le decía algo al oído.

Estaban paseando vestidos con mallas de deporte, quizá se dirigieran al polideportivo que había visto al inicio del parque.

Ella que siempre me había dicho que odiaba el deporte, no me la imaginaba así... y menos con aquel tío.

Me quedé mirándola mientras se alejaban de mí y comprendí que sí, la había perdido para siempre. La vi bien, feliz y reía. A pesar de que fuera con aquél imbécil, era lo que quería para ella, que estuviera bien aunque fuera sin mí.

Creo que fue justo en aquel preciso instante cuando se me rompió el corazón y entonces tomé de mi propia medicina por todas aquellas veces que yo les había hecho lo mismo a otras chicas.

—Joder, duele —murmuré.

—Claro que duele —me respondió una vocecita dulce.

Me giré para ver de dónde provenía y me sorprendí al ver una niña morena y pizpireta que se me había quedado mirando.

—Anda, ¿por qué dices eso?

—Porque tienes la misma cara que mi papá cuando mami nos dejó...

—Oh, vaya, lo siento —no sabía qué decirle a aquella niña—. ¿Qué le pasó? —pregunté con curiosidad.

—Mamá se fue con otro y papá se fue al cielo en busca de los ángeles por la pena de no poder estar con ella.

Me quedé blanco con aquella respuesta y me vi a mí mismo reflejado en aquel hombre. Suena fuerte, pero entendí que la gente muere por amor, por muy peliculero o novelístico que parezca.

Cuando quise decirle algo más, la niña había desaparecido. Miré a mi alrededor, pero ya no estaba.

Quizá hubiera sido una imaginación de mi cabeza.

Lo que sí era certero era la felicidad que pude ver en su risa sincera. Aquel chico, por muy maleducado que fuera, la estaba haciendo feliz, y quizá fue algo que yo no conseguí, ya que, si

dejó de hablarme y volvió con él, querría decir que no era suficiente para ella.

Por tanto, decidí que debía dejarla ir y asumir que no podría volver a verla, sería duro, pero estaría tranquilo sabiendo que ella era feliz, a pesar de que me habría gustado a mí ser el causante de esa felicidad.

Regresé hacia la parada del autobús, cabizbajo y arrastrando los pies con desgana.

De camino reservé un vuelo de vuelta para el día siguiente.

Cuanto antes me alejara de ella, mejor. Con cada paso que daba, los sueños que había imaginado junto a ella se fueron desvaneciendo.

Con Amor había sentido cosas que no había tenido en mi vida. Ella era el amor, hacía honor a su nombre. Y tuve que admitir que no era para mí.

Debía estarle agradecido por haberme hecho pasar uno de los mejores meses de mi vida y por haberme dedicado su cuerpo y su alma durante ese tiempo que no olvidaría nunca.

Tengo que reconocer que una de las cosas que nunca me había llegado a plantear era tener familia, pero incluso con ella lo había pensado.

Cuando estuvimos todos juntos con sus sobrinos, etc. al principio me agobió mucho, ya que no estaba acostumbrado a tanto bullicio, pero nos vi a nosotros en un futuro y eso era lo que yo quería: formar una familia y ser feliz a su lado.

Aquella fue la última burbuja que se explotó antes de subir al autobús donde irremediablemente y sin vergüenza empecé a llorar.

No pudo ser y debía aceptarlo.



CAPÍTULO 47

AMOR

Tras mi cabreo por cómo había hablado sobre Alex, vino un periodo algo tenso entre nosotros. Me empecé a encerrar un poco en mí y él se iba cada vez más a jugar.

No me gustó aquella situación, me estaba recordando a nuestras discusiones, por tanto, agarré el toro por los cuernos y me planté.

—Tenemos que hablar.

Levantó la mirada del móvil y dirigió sus preciosos ojos a los míos.

Su expresión mutó. Pensaba que me iba a mandar a la mierda, pero me sorprendió.

—Amor, ¿qué ocurre?

—Que no me está gustando nada el comportamiento que estás adoptando últimamente —expuse, muy seria.

—¿Lo dices por lo que dije de Alex?

—Entre otras cosas, sí. Estás volviendo a pasar de mí, ya no hacemos tantas cosas como al principio y vuelves a ir más con esos que conmigo, ¿qué pasa?

Soltó el aire, como abatido y me dejó ahí plantada, con la palabra en la boca. Me quedé inmóvil, no supe cómo reaccionar, pero tampoco me dio tiempo porque enseguida regresó con un sobre blanco en la mano.

—Joder, Amor, no puedo hacer nada sin que te enteres...

—¿Eh? —pregunté sin entender nada.

Me entregó el sobre.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo —me ordenó.

Rasgué el papel y me sorprendí al ver su contenido. Eran dos billetes de avión y una reserva en un hotel, en Dublín.

Miré la fecha: 12 de marzo.

—Era una sorpresa para tu cumpleaños —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Quedaban apenas unos días para mi cumple y siempre me había hecho mucha ilusión celebrarlo en Dublín, para ver el desfile de la fiesta de San Patricio el día 17 de marzo.

—¡Ostras! —exclamé, emocionada.

Me encantaba la sorpresa y enseguida se me pasó el cabreo que llevaba.

—Si te hubieras esperado un par de días... —suspiró.

Me tiré a su cuello para besarle, estaba eufórica.

¿Cómo podía cambiar todo en tan poco?

—Gracias, gracias, gracias —le dije sin poder dejar de besarle—. Me encanta, cariño.

—Me alegro muchísimo, de verdad.

Me abrazó y correspondió a mis besos, mostrando un cariño infinito que parecía que había estado guardando para ese momento. Me lo comía a besos.

Sabes cómo acabó el día, ¿no?

Je, sí, follando como conejos.

No recordaba el sexo tan maravilloso que tenía con él, nunca había tenido queja, quizá porque estaba muy acostumbrada, pero tras nuestro parón me di cuenta de que nos entendíamos a la perfección en ese sentido, y me encantaba, hacía todo mucho más fácil al no tener que estar con esa tensión de si le gustará a la otra persona o no.

Inconscientemente, recordando ese momento, me vino un fugaz recuerdo de Sebastián, cuando lo hacíamos en la tienda de campaña.

No sabía muy bien por qué, pero lo veía todo tan lejano y difuso, a pesar de que no había pasado casi tiempo. Empezaba a preguntarme si estaría bien.



CAPÍTULO 48

AMOR

—¡Venga cariño, que nos vamos! —me gritó desde el recibidor.

Estaba terminando de coger todas las cosas que quería llevarme. Siempre me ocurría igual, siempre, siempre. No aprendía.

Había llegado el día en que salíamos para Dublín.

Me había costado un poco pedir los días en el trabajo, sí, es verdad a estas alturas y todavía no lo había mencionado, pero también me gano la vida como todo hijo de vecino trabajando en una floristería, jeje, igual no te lo imaginabas.

Cuando lo dejamos me pedí una excedencia porque no era capaz de estar vendiendo ramos de flores sin llorar a parejas de enamorados cuando me acababa de dejar mi novio, pero cuando regresé de Mallorca volví a trabajar.

Me hacía una ilusión tremenda hacer aquel viaje, llevaba muchos años queriendo ir para celebrar mi cumpleaños y él lo sabía.

Cuando se lo dije a Alex se puso muy triste porque siempre lo habíamos celebrado juntas, pero le prometí un fiestón conjunto para el suyo que era un mes después del mío.

Teníamos el itinerario marcado, aunque no nos gustaba mucho viajar así. Quería ver muchas cosas de Irlanda, no sólo Dublín, por lo que alquilamos un coche para hacer un recorrido por la isla.

Fue un viaje raro, se me pasó volando y lo cierto es que me encantó visitar algo nuevo con él. Empezamos por la costa oeste y fuimos dando la vuelta para acabar en Dublín el día de mi cumpleaños.

Reservamos la visita en la fábrica de Guinness, era un *must* que debíamos hacer y él lo tenía todo absolutamente controlado.

Nos explicaron el proceso por el que hacen la cerveza y nos enseñaron tirar una pinta.

Primero se inclina el vaso a 45 grados y se llena hasta la esquinita del arpa del logotipo, luego se deja reposar unos minutos hasta que se estabiliza y se rellena en vertical para crear la esponjosa capa de espuma.

Me encantaba aquella cerveza, y la verdad es que sabía muchísimo mejor allí que en cualquier otro lugar del mundo.

Los guías fueron todos muy amables, nos entregaron un diploma con nuestro nombre y nos dejaron hacernos fotos con las pintas.

Además, con la entrada completa podíamos subir al bar de vista 360 grados. Era genial, se veía toda la ciudad y aprovechamos para subir al atardecer y poder verlo de día y de noche.

Nos bebimos dos cervezas mientras charlábamos y reíamos.

Estaba feliz de estar allí con él celebrando mi cumpleaños, era algo que quería hacer y era como hacer realidad un sueño.

No sé muy bien por qué, quizá fue porque vieron las velas que soplé encima de dos muffins que me llevó, pero la gente, que empezaba a irse porque eran ya las ocho de la tarde, nos ofrecieron los tickets de las consumiciones que les habían sobrado, así que bebimos gratis cuatro pintas más...

Te puedes imaginar cómo iba.

Fuimos los últimos en salir y todavía nos quedaba bebida. No sé lo que les dijo a las camareras, pero nos dejaron bajarnos los vasos con el magnífico líquido azabache y nos dirigimos a la segunda planta, donde todavía estaba abierta la tienda de souvenirs que cerraba media hora más tarde.

Entre risas nos acabamos la cerveza y nos guardamos los vasos, que todavía tengo de recuerdo.

Fuimos al baño y no sé si fue por el alcohol o por tanto tiempo que habíamos perdido separados, pero estaba muy cachonda.

Le miré con lujuria, pero él no quiso entrar al trapo. Me colgué de su cuello y le besé con ganas, devoré su lengua que todavía sabía a cerveza y sentí cómo su polla iba creciendo bajo mi pubis apretado.

—Vamos —le susurré, indicando el baño.

—No, no —dijo, intentando separarme.

No me solté y él, que intentaba entrar en el baño, finalmente claudicó y entramos los dos en uno de los cubículos.

Por suerte no había nadie, y empecé a tocarle la polla ya erecta.

Emitió un gruñido masculino y echando la cabeza para detrás golpeó la puerta que emitía un ruido sordo.

Me agaché para dejar su pene a la altura de mi boca, y no me detuve en preliminares. Me la metí entera, empapándola con mi saliva.

Le acaricié el borde del glande con mi lengua, saboreando cada uno de sus bordecitos.

Me encantaba su polla, estaba siempre dispuesta, enorme y muy suave, como sus manos.

Manos que empezaron a desabrocharme el vestido para introducir las en mi escote.

Protesté, porque quería darle placer yo, de mí ya nos ocuparíamos después.

Lo entendió y se quedó quieto, disfrutando y gozando lo que le estaba haciendo.

No duró mucho, pocos minutos después me hizo un gesto para avisarme que estaba a punto. Me apartó la cara y girándose se vació dentro del inodoro.

—*Ohh*, nena, gracias —dijo con voz ronca y los ojos cerrados.

—Me relamí con gusto y el orgullo del “trabajo” bien hecho y me levanté hasta quedar a su altura para besar sus hinchados labios.

Estaba empapado en sudor, y tan relajado que casi se cayó.

—Gracias a ti, cariño —le dije con amor.

Escuchamos unos golpes en la puerta avisando de que estaban cerrando y debíamos salir.

Nos reímos por lo bajito, por pocos minutos antes no nos pillaron y además ¡Yo estaba en el

baño de los hombres!

Se subió los pantalones con fastidio por no poder disfrutar de aquellos minutos de relax postorgasmo y abrió la puerta, haciéndome un gesto para que esperara dentro.

Salió, y al cerciorarse de que no había nadie me hizo un gesto para que fuera.

Nos reímos con ganas por nuestra travesura.

—Espera un segundo voy a entrar a limpiarme —le dije, indicando el lavabo de mujeres.

Le di un rápido beso antes de entrar y cuando terminé nos fuimos hacia el hotel.

Pedimos una hamburguesa para compartir en el servicio de habitaciones y las ganas de sexo que nos habían generado aquellas deliciosas pintas se materializaron en forma de besos y caricias que subieron la temperatura.

—Ha sido uno de los mejores cumpleaños de mi vida, gracias —le dije entre besos.

—Gracias a ti por haber querido cumplir tu sueño conmigo.

—Claro, este y todos. Te amo, César.

Sí, pronuncié su nombre, lo dije porque aquel momento para mí fue tan especial y tan mágico que hizo que me olvidara de todo lo malo que nos había ocurrido y de aquella manera, con aquel estúpido gesto, comenzara una nueva etapa para nosotros, fue la consolidación de nuestra relación mejorada.

Ya no necesitaba nada más, junto a él me sentía completa, tranquila y feliz. Lo tenía todo estando a su lado.

—Te amo, Amor —me respondió, abrazándome con fuerza.

Poco después me quedé frita entre sus brazos con una sonrisa permanente en los labios, que por desgracia no duró mucho.



CAPÍTULO 49

AMOR

El viaje terminó y regresamos a la rutina, los primeros días fueron idílicos. Parecía que acabábamos de volver de una luna de miel.

Estábamos como locos, no podíamos dejar de besarnos y de comernos sin parar.

Follábamos a todas a horas y en cualquier lugar. Estábamos en la ducha de buena mañana y me puse a pensar.

Cuando estás follando son infinidad de sensaciones las que sientes. Hay gente que no piensa en nada y otros que le dan vueltas a todo. Yo debo de decir que depende del momento.

En aquella ocasión estaba literaria y me imaginaba cómo sería describir todo lo que estaba sintiendo.

A veces es difícil expresar con palabras lo que se está viviendo, ya que hay situaciones indescriptibles, pero alguna vez me habían dicho que con mi narrativa era capaz de "hacer sentir". Eso para un escritor, y sobre todo amateur como yo, es el mejor piropo que le pueden hacer, ya que significa que he conseguido mi objetivo, hacer vuestra una parte de mí.

Fue todo muy intenso, las ganas eran tan fuertes que incluso dolían.

Nos metimos en la ducha, sin tocarnos, acumulando el deseo y manteniéndolo acurrucado en nuestro sexo, gritando por salir y explotar.

No recuerdo quién fue el primero en romper aquella barrera no impuesta por el juego, pero nuestro deseo reventó y nos empezamos a besar con pasión. Devoramos nuestros labios como si no hubiéramos comido en una semana.

Le di un pequeño mordisco que le hizo soltar un gemido de placer.

Aquello accionó en él un botón que lo hizo volver salvaje.

Me agarró del cuello apretando un poco mientras me devoraba la boca entrando y saliendo con su lengua, provocándome.

El agua caía por encima de nosotros como si fuera lluvia tropical, humedeciéndonos, creando en nuestras pieles una superficie suave, activando el jabón.

Le abracé con fuerza, agarrándome con los brazos a su cuello y me restregué por su pecho. Rozando mis pezones por su piel.

Mis caderas se movieron buscando su sexo, le anhelaba, quería tenerlo dentro de mí.

Él se separó de mi boca, haciéndome protestar. Se agachó hasta quedar a la altura de mis pechos y los agarró con ambas manos. Los apretó, los masajéo y jugó con ellos llevándoselos a la boca y lamiéndolos.

Eché la cabeza para detrás, dejando escapar un gemido de placer.

Una de sus manos se fue deslizand por mi vientre, provocándome hasta llegar a mis caderas.

Él se agachó todavía más hasta quedar su boca a la altura de mi pubis.

Me miró con lascivia y yo le acaricié el pelo. Abrí las piernas para dejarle un mayor acceso.

Bajó sus manos por mis piernas, rozando un poco mi trasero, haciendo que me estremeciera.

Subió poco a poco y me obligó a acercar mis caderas a su boca.

Sacó la lengua, poniéndola en punta dirigiéndola a mi ya hinchado, clítoris.

Tenía ganas de lo que me iba a hacer, y lo quería ya. Agarré su cabeza, para que dejara de torturarme de aquella manera y presioné sobre ella, acercándola a mí.

Él se escapó y me miró, sonriendo.

—¿Qué quieres?

Emití un gruñido y como respuesta le agarré la cabeza dirigiéndola a mi sexo.

Soltó una carcajada y me empezó a lamer.

Su saliva se mezclaba con el agua de la ducha. Me sentía empapada.

Me agarró del culo e introdujo uno de sus largos dedos dentro de mí.

Gemí y eché la cabeza para detrás, subió la otra mano hasta agarrarme la garganta. Me encantaba aquello.

Siguió lamiéndome y moviendo sus dedos con pericia hasta que no aguanté más y me corrí, exploté sobre su boca. Me temblaban las piernas, sentí cómo flotaba.

Le tiré para arriba de los brazos para que subiera y le besé. Me colgué de su cuello, y le devoré los labios. Quería más.

Le agarré el pene y le masturbé. Me tocaba a mí entonces. Me agaché y me lo introduje en la boca, sin pensar. Sentí cómo crecía bajo mi roce.

Me encantaba la cara que ponía mientras lo hacía. Jugué con él, y repitió el mismo gesto que le había hecho. Me agarró de la cabeza y me penetró la boca con ganas hasta que llegó un momento en el que me obligó a subir.

Me giró, dejándome contra la pared, agarró su miembro y de una estocada me penetró.

Dios, me sentí llena y completa.

Gemí de placer y él me agarró la boca para que no gritara, provocándome todavía más placer.

Sentí como su cuerpo se acoplaba con el mío para después entrar y salir dentro de mí, con brío y ganas.

Tras pocas estocadas más me corrí, a la vez que él me agarraba del cuello introduciéndome un dedo en la boca.

Estaba tan cachonda que no podía parar. Me moví y le pedí que me la metiera por detrás. Quería que me follara el culo, quería sentirlo dentro de mí por todos los agujeros de mi cuerpo.

Con delicadeza y cuidado me la introdujo. Estaba muy apretada, por lo que le llevó un poco, pero al final entró.

No obstante, desistió y me giró, dejándome de frente a él.

Me besó con ganas y me penetró la vagina con facilidad.

Siguió con ritmo hasta que no aguantó más y sacándola se corrió sobre mis tetas, llenándome de su semen.

Se apoyó con una mano sobre la pared de la ducha y soltó un gemido de placer.

Me limpié y le besé.

—Gracias, te quiero.

—Gracias a ti.

Nos lavamos y tras secarnos nos tumbamos en la cama, donde prácticamente nos quedamos dormidos al instante.

Ojalá estar así de relajados siempre.



CAPÍTULO 50

SEBASTIAN

Habían pasado ya dos meses desde que viajé a España y los vi.

No volví a saber de ella y me estaba matando. No era capaz de pasar por una esquina de aquella isla sin acordarme de ella.

Pensé en irme de allí, porque si no acabaría volviéndome loco.

Estuve hablando con los de la discoteca para comentarles que era posible que estuviera fuera una temporada.

Como estaba terminando la afluencia de turistas, no me pusieron ningún impedimento.

El dueño era muy amigo mío y sabía que si había necesidad podían contar conmigo, por lo que no me puso ninguna pega.

Me despedí de todos sin la certeza de saber si volvería o no.

Pensaba hacer un viaje fuera de allí, quizá así se me iría de la cabeza y podría regresar a mi vida normal.

Reservé un billete para Chile y poco después empezó mi aventura.

Fue un viaje inolvidable, para empezar, tuve problemas en el aeropuerto de Santiago porque al haber hecho escala me perdieron la maleta y no había manera de encontrar la solución para lo que había pasado.

Como fui a la aventura, tuve que buscar allí las cosas para hacer y cómo iba a estar bastante tiempo, pregunté en uno de los albergues si necesitaban alguien que les echara una mano.

Me contrataron como ayudante de cocina, y así me costeaba la estancia y ganaba algo de dinero para poder visitar la zona.

Pensé que la distancia y una nueva experiencia me ayudarían a olvidarla, pero no, nada más lejos de la realidad, el efecto fue todo el contrario, la veía en todas partes. Me moría de ganas por contarle lo que estaba haciendo, pero no podía y eso me creaba bastante ansiedad.

La sentía en cada esquina, en cada café, en cualquier lugar la veía. Su cara angelical que se transformaba en diablesa cuando estábamos en la cama, sus ojos verdes, su boquita de piñón, aquella sonrisa tan preciosa que tenía, todo...

Viajé hacia el norte, al desierto de Atacama e hice un tour en Bolivia para visitar el salar de

Uyuni, me encantó.

Conocí a gente maravillosa y a todos les hablé de ella, no podía sacármela de la cabeza... Nunca había tenido este sentimiento tan fuerte por alguien.

Además, era una conexión muy fuerte la que sentía por ella. Algo me decía que no era feliz...

Continué mi viaje, y cuando regresé a casa estaba cargado de experiencias y feliz por lo que había descubierto, pero con la certeza de que ella era el amor de mi vida. Estaba completamente seguro. A pesar de haber puesto miles de kilómetros de distancia y de haber conocido a nuevas personas, seguía sintiendo lo mismo o incluso de manera más fuerte.

Tardé varios días en adaptarme al cambio horario. Dormía de día y vivía de noche, pero poco a poco me fui normalizando.

Estaba todavía pensando en qué hacer, si quedarme allí o buscar otro sitio para vivir, porque realmente me estaba volviendo loco y necesitaba un cambio.

Estaba preparando el desayuno cuando escuché el timbre, no esperaba visita, por lo que me asusté.

Miré por la puerta y era Marina.

¿Marina? ¿Qué hacía allí?

Le abrí y le dejé pasar, echándome a un lado.

Estaba radiante, se había hecho mechas rubias y cortado un poco el pelo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, extrañado.

—Te echo de menos —dijo, contorneándose sinuosamente.

Extendí la mano para detenerla y me fijé en sus ojos. Al contrario de lo que veía en los de Amor, en los suyos había deseo y lujuria carnal, pero nada más allá.

Marina había venido a por sexo, no a por amor. Me había costado darme cuenta de aquello, pero lo había comprendido. Marina nunca me había querido, ni yo a ella.

—Venga, cariño. No me digas que no me has echado de menos... —me dijo con voz sensual.

Me quedé callado, mirándola sin saber qué decir.

—Joder, ¿me vas a hacer el vacío como el de la última vez? —protestó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Eh? ¿Qué última vez? Si cuando llegué a casa ya no estabas y no volví a saber de ti.

—Hombre, será porque te has cambiado el móvil, porque la foto bien que la viste antes de desaparecer del todo.

—¿Qué foto? ¿Qué dices? —pregunté, empezando a asustarme y a comprenderlo todo.

Sacó su móvil y me enseñó la conversación. Me había enviado una foto casi desnuda con un texto, y aquello fue el día que Amor se llevó sin querer mi teléfono.

—¡Me cago en la puta! ¡Por eso se enfadó! —grité, como un loco.

La aparté de malas maneras y fui a por mi móvil para buscar el primer vuelo disponible.

Ella se quedó inmóvil mirándome, expectante.

—Lo siento Marina, tú no me quieres y yo a ti tampoco, solo quieres mi polla y mi dinero, y estoy seguro de que de eso nunca te va a faltar, pero yo ahora lo que quiero es amor, no sexo.

Arrugó la nariz pequeñita y me miró con desgana.

—Acabas de perder una oportunidad de oro. He tirado por la borda mi orgullo viniendo aquí para encontrarme con esto, pero bueno al menos podemos tener una despedida digna, era algo de lo que me estaba rayando, la verdad.

—Te agradezco mucho tu sinceridad, Marina —le dije sin rencor y deteniéndome a mirarla.

Sabía que no volvería a verla, al menos hasta dentro de mucho tiempo.

Nos abrazamos, por todos aquellos años que compartimos.

Así sí. Así debían ser las despedidas, y no mediante notas o mensajes de WhatsApp.

Me dedicó una mirada sincera, no parecía ni la misma persona que había entrado y no sé muy bien por qué, pero la vi madurar delante de mis ojos.

En cuanto se marchó compré un billete para volar a Salamanca, al haber descubierto qué fue lo que le pasó a Amor, debía hablar con ella y explicarle todo.

Me sentí un gilipollas porque si se lo hubiera contado antes, como había hecho ella con su ex, quizá siguiéramos juntos.

Amor... allá voy, espero que no sea demasiado tarde.



CAPÍTULO 51

AMOR

Entramos en una dinámica rutinaria que hacía que los días pasaran volando.

Entre semana íbamos a trabajar, nos veíamos únicamente para cenar y los fines de semana hacíamos planes por separado, él con sus amigos y yo con Alex e Iván.

Otros fines de semana los aprovechábamos para estar juntos en casa, sin hacer nada, viendo una película o follando como conejos.

La verdad es que no estaba mal, pero empezaba a necesitar algo más de acción.

Rebuscando en “ideas para hacer con tu pareja” encontré una experiencia sensorial nocturna.

Cliqué con curiosidad y me llevó a la página del evento. Tenía muy buena pinta y me decidí a reservarlo para el próximo fin de semana.

Por lo que me había dicho, no habían quedado, así que nos tocaba “finde de casados”, como le llamaba yo.

Imprimí el vale y lo metí en un sobre para dárselo aquella noche como sorpresa.

Me apetecía cocinar y como siempre llegaba antes que él, empecé a preparar uno de sus platos preferidos: lasaña.

Compré una botella de vino en el súper e hice una tarta de tres chocolates, que también le encantaba.

Cuando llegó se quedó sorprendido al ver la mesa puesta con todo listo.

—Anda, cariño. ¿Y esto?

—Me apetecía —respondí, subiendo los hombros.

—Me voy a dar una ducha y vengo enseguida —me dijo, dándome un beso en los labios.

Estaba juguetona, así que le acompañé y me metí dentro del cubículo con él. Puedes imaginar lo que pasó... al salir tuve que volver a calentar la lasaña porque se había quedado fría.

No sabía por qué me ponía tanto aquel hombre, nadie como él era capaz de hacer que me corriera tantas veces seguidas.

—Te quiero —le dije, dándole un beso a sus labios hinchados por el esfuerzo.

El sudor le caía por el rostro, y tuvimos que volver a ducharnos de nuevo.

—Ay, qué bien, qué relax —suspiré al sentarme en la silla.

—Ya te veo, ya —me dijo con orgullo.

Degustamos la cena y cuando llegó el postre le saqué la tarta con el sobre.

—¡Tachán!

Me miró, sorprendido. No se lo esperaba.

—Anda, y ¿esto?

—Ábrelo —le ordené.

Al verlo, se le iluminó la cara.

—¡Qué *guapada*, cariño! ¡Gracias!

Sonreí, hinchando el pecho con orgullo. Me encantaba verlo tan contento y sobre todo si la culpable de aquella felicidad era yo.

Nos comimos a besos y acabamos de nuevo haciendo el amor en la cama hasta que nos quedamos dormidos.

Condujimos hasta el sitio dónde se desarrollaba la experiencia.

Me encantó cómo estaba todo preparado. En el punto de encuentro había varias parejas y una chica que iba sola.

Estaba todo a oscuras y el sendero por el que caminábamos tenía unas pequeñas lucecitas en el suelo que marcaban la ruta mientras se adentraba en un bosquecito.

La guía nos explicó que haríamos tres paradas, la primera para tomar un pisco con vino de la zona y quemar nubes de chuchería en una pequeña hoguera.

Desde ahí podíamos ver algunas constelaciones y la chica que lo explicaba nos hizo juegos para adivinar de qué formas se trataban.

De ahí pasamos a la segunda parada donde nos hicieron fotos con las estrellas de fondo. Estaba precioso. Nos besamos en una de ellas para enmarcarla en el salón y me quedé pensativa al ver que había varias personas que estaban haciendo la experiencia solas.

Una chica en particular llamó mi atención, era pequeñita, me recordaba mucho a mi hermana Sonia, pero quizá algo más tímida.

La tercer y última parada fue la más emocionante. Nos explicaron la historia de las estrellas y pudimos ver la luna con un telescopio.

El guía nos habló de los horóscopos y la relación que tenían con las estrellas. Me habría quedado horas escuchándole. César era Aries, y se notaba mucho en su personalidad. Era muy cabezón y algo rencoroso y para esas cosas era bastante frío, sin embargo, Sebastián hacía honor a la sensibilidad de Cáncer.

Durante toda la experiencia pensé en él. En cómo se le iluminaban los ojos cuando me explicó las constelaciones, se notaba la ilusión que le hacía y cómo disfrutaba explicando aquello.

Inconscientemente una lágrima cayó por mi mejilla recordando aquel momento.

Me vi a mí misma en dos situaciones parecidas, pero con un hombre distinto. Con Sebastián era todo muy intenso, alocado, sin programar, a la aventura y olía a problemas a la legua, sin embargo con César no, él me daba calma y tranquilidad, hacía las cosas mucho más fáciles, era como la opción más segura, “lo de siempre”. Le amaba con locura, eso estaba claro, pero ¿y si a la larga nos acabábamos aburriendo?

—¿Qué te pasa, cariño? —me preguntó, pasándome la mano por la mejilla con delicadeza.

Sacudí la cabeza, quitándole importancia a los pensamientos que me rondaban.

—Nada, me he emocionado.

Me abrazó y me acunó en su pecho. Miré hacia arriba, me sacaba una cabeza justa, me puse de

puntillas y le besé.

Me sentí protegida y me cercioré de que no quería salir de ahí nunca.

Entonces ¿Por qué Sebastián no se me iba de la cabeza?



CAPÍTULO 52

SEBASTIAN

Estaba nervioso, en aquella ocasión me daba igual que estuviera con el otro, quería hablar con ella. Tenía que explicarle lo que pasó.

Antes de llegar, hablé con Iván y le conté lo que había pasado, había sido todo un malentendido. Me vinieron a buscar él y Alex, y me miraron preocupados.

—Tío, estás fatal —me dijo Iván, mirando lo delgado que me había quedado.

Me encogí de hombros.

—¿Sabéis dónde está?

—No está aquí, pero vuelve mañana —me dijo Alex.

—Fue su cumpleaños hace un par de semanas, ¿verdad?

—Sí...

—Joder, y yo sin poder felicitarla —me quejé—. ¿Dónde está? —pregunté mientras íbamos de camino al coche.

Alex miró a Iván de manera significativa y no me respondió.

—¿Qué pasa? —pregunté, asustado.

Alex suspiró.

—Está fuera, aunque tampoco hubieras podido felicitarla...

—Ah. ¿Por qué? ¿Dónde estaba?

—En Irlanda...

Me quedé parado en seco. En lo poco que estuvimos juntos me había confesado que su sueño era vivir su cumpleaños en Dublín, al menos una vez en su vida.

—¿Con él?... —me atreví a preguntar.

—Sí...

Sentí como si una daga me hubiera atravesado. Me habría encantado ser yo el que la llevara por primera vez. Ir juntos y disfrutar de sus expresiones de ilusión infantil. Pasar su cumpleaños juntos, colmarla a besos y vivir muchas experiencias durante ese viaje, pero ya se me había adelantado.

Alex me abrazó, sabiendo lo que estaba pensando. Y me resultó curioso, por lo fría que era

siempre.

—Venga, vamos. Ya lo hablaréis mañana —me dijo, intentando animarme.

Le sonreí, e Iván me dirigió una mirada cómplice. Me alegré mucho al verlos juntos tan bien, la verdad.

Me prepararon el sofá cama del salón para que durmiera, aunque no pegué ojo en toda la noche, estaba muy nervioso.

Cuando empezó a salir el sol me levanté con mucho cuidado de no hacer ruido, y fui a tuestas por el pasillo para dirigirme al baño, con tan mala suerte que tropecé con una figura que tenían en el suelo, se cayó haciendo un estruendo enorme. Un minuto después apareció Iván con cara de dormido.

Me quedé inmóvil, avergonzado por el follón que estaba montando a las cinco de la mañana.

—¡Dios! ¡Qué susto! —dijo, intentando no levantar mucho la voz.

—Lo siento, tío.

—Joder, no pasa nada, pero pensaba que nos estaban invadiendo o algo —explicó, regulando su respiración.

—¿Se ha despertado Alex también?

—No, ésta, aunque le pase un tren por encima no se despierta, pero ya sabes que yo tengo el sueño ligero.

—*Puff*. Perdón.

—No pasa nada, tranquilo. Vaya cara llevas. ¿Has dormido?

—No...

—¿Nada?

—No...

—Joder... —murmuró.

Bajé la mirada y tuve que ocultar una lágrima.

—Anda, ven. Vamos a hablar —me dijo, acompañándome al salón.

Nos sentamos en el sofá, como hacíamos en nuestros momentos de confesión durante el viaje que nos conocimos, y no paramos hasta que se despertó Alex.

—¿Qué hacéis? Como si fuerais dos quinceañeras —nos dijo mientras se frotaba los ojos de recién levantada.

—Nos estamos poniendo al día —le dijo Iván.

—Ah, vale, vale, os dejo solas —dijo, dándose media vuelta y subiendo los hombros.

Nos reímos porque no aguantó ni cinco minutos para volver y sentarse con nosotros.

—A ver, Sebastián, te lo voy a preguntar sólo una vez. ¿Tú la quieres?

—Sí —respondí, conciso y claro.

—¿Quieres estar con ella?

—Me gustaría, la verdad.

—Vale, pero ahora está con otro, y bueno, aunque sea un gilipollas de manual, parece que a ella le hace feliz. De todas maneras, estoy contigo en que debes explicarle lo que pasó, porque yo fui quién tiró tu móvil al suelo al ver aquella fresca, porque parecía todo lo contrario a lo que fue. Aunque bueno, si estabas con ella cuando conociste a Amor tampoco fue muy justo por tu parte —explicó Alex.

—Bueno, estábamos, pero no... —me excusé.

—Pero sí. Ahí la cagaste, pero no fue tan grave como que te la hubieras estado tirando después, cuando ya se hizo todo más “oficial”.

—Eso es... La cosa es que quiero explicarle que fue todo un malentendido y que ella tampoco

me dejó explicarme.

—Sí, bueno, en eso también estoy contigo... Ahí nos pasamos.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, plan de acción. Yo te voy a ayudar a que puedas hablar con ella, pero no te voy a prometer ni que te haga caso, ni que te conteste, ¿vale?

—Sí, sí. Ya solo con verla, te lo agradezco enormemente. Espero que no se enfade contigo.

—Bueno, si se enfada, dos trabajos tiene...

Nos reímos. Y me explicó cuál era el plan. Tenía un solo cartucho y debía utilizarlo bien si no quería perderla para siempre.



CAPÍTULO 53

AMOR

Cuando llegamos a casa tras la experiencia astronómica, no podía dejar de pensar en Sebastián. No sabía lo que me pasaba, pero me sentía fatal.

Cesar me preguntó en varias ocasiones qué me ocurría, pero no quería decirle nada. Seguramente sería un recuerdo pasajero e intenté borrarlo de mi cabeza.

Aquella tarde había quedado con Alex para irnos de compras. Hacer algo ella y yo me vendría bien. Tarde de chicas, limpieza facial, centro comercial y paradita para el café.

César se iba a jugar con sus amigos y nos despedimos con un buen polvo antes de separar nuestras actividades.

Como buena Piscis, intuí que algo raro estaba pasando.

Alex estaba mucho más seca de lo normal, que ya es decir, y apenas contestaba.

“Ya estoy”, le escribí.

Me leyó, pero pasaron un par de minutos y no contestó. Y cuando ya iba a llamarla para cagarme en todo por hacerme esperar, levanté la mirada como atraída por un imán, y me encontré con los ojos verdes de Sebastián.

Creo que mi cara fue un poema, y mi reacción también.

Porque como estaba medio agachada para sacar el móvil y con las piernas cruzadas al estar esperando a Alex, me tropecé, no sé lo que hice, pero acabé en el suelo, tirada a sus pies.

—Me cago en la puta —grité.

Intentó ayudarme para levantarme, pero me solté de sus manos rápidamente.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté con desgana y enfadándome con Alex por haberme hecho aquella encerrona.

—Hola, Amor. Te he echado de menos —me dijo con aquella voz tan vibrante que tenía.

Removiendo dentro de mí aquellos sentimientos que habían empezado a aflorar en la visita astronómica.

Pero no debía ceder, estaba bien con César, él era todo lo que necesitaba y lo había conseguido, no quería que nadie se interpusiera en nuestra relación, y menos él, que me engañó y me utilizó.

—Amor, quiero explicarte lo que pasó. Fue todo un malentendido...

—No, no quiero escucharte —le interrumpí—. Dile a Alex que esto le va a salir caro —añadí, dándome media vuelta con aires de Diva.

—No, por favor. Amor, de verdad, cuando viste aquella foto ya no estaba con ella. Fue un malentendido.

Me puse los dedos en los oídos mientras caminaba hasta la salida con él detrás. No quería escucharle.

—Por favor, Amor. Te quiero, te amo. No he estado con nadie más que contigo. Te echo de menos y me encantaría que me perdonaras.

—Lalala, no te escucho —canturreé.

—Amor, por Dios, sé un poco madura y escúchame.

Me frené en seco y casi se me lleva por delante con su fuerte pecho.

—Para o tendré que avisar a seguridad.

Le vi que se tapaba la cara con las manos y aproveché para analizarlo.

Estaba mucho más delgado, quizá rozando la anorexia. Vestía con una camiseta muy estirada y no llevaba colonia... Le vi bastante desmejorado, la verdad y quizá fue eso lo que me llevó a darle una oportunidad.

—Tienes diez minutos y ya estoy siendo muy benévola —le dije, poniéndome en jarras delante de él.

Soltó un bufido mientras le ponía el temporizador del móvil.

—Amor, por favor. Lo siento mucho, tenía que habértelo dicho. Cuando nos conocimos estaba con una chica, llevábamos una relación abierta, sabía que ella hacía meses que salía con otros, y yo también salía con otras, pero siempre, quizá por inercia volvíamos a estar juntos. No te quise decir nada, porque cuando te conocí me acojoné. Nunca había sentido lo que sentí por ti. Tenía mucho miedo, joder. Eras... eres perfecta y no quería cagarla. Cuando me contaste lo de tu ex, pensé que, si te lo decía, me odiarías, porque sí es cierto que debería habértelo contado, pero cuando ella envió esa foto ya no estábamos juntos. De hecho, cuando empezamos a “salir” lo dejamos, ella se fue de casa y fue todo un malentendido. Debes creerme, por favor. Al principio pensé que te habías agobiado porque te dije “te quiero”, y lo hice porque lo sentía de verdad. Te quiero, Amor, te quiero más que a nada. Y nunca me perdonaré el haberlo hecho tan mal contigo, porque ahora has vuelto con él y sé que te he perdido...

Pi, pi, pi, pi.

Sonó la alarma del móvil, interrumpiéndole.

Intenté hacerme la dura, pero creo que me lo notó. Fui incapaz de mirarle a los ojos. Todo lo que me había contado, internamente ya lo sabía, porque no le conocía, pero no me imaginaba que estuviera con otra.

Me creí sus actos, no me hicieron falta sus palabras.

Entonces me enfadé conmigo misma por no haberle dado la oportunidad de expresarse en su momento. Estaba enfadada porque no lo vi hasta bastante tiempo después, y entonces ya había vuelto con César. Estaba bien con él y no quería volver a pasarlo mal. Me cerré en banda y tomé el camino fácil: huir.

—Se acabó el tiempo —le dije, dándome media vuelta, ocultando mi expresión.

Le escuché soplar. No quería irme, no quería dejarle así, no quería darme la vuelta, quería decirle que ya hacía días que le había perdonado y que le echaba de menos, quería abrazarlo y quería besarle, pero no lo hice.

Simplemente me giré sin mirar atrás, y sé que él se quedó allí plantado, no me siguió y deseé

que lo hubiera hecho, pero no lo hizo.
¿Fuimos gilipollas? Lo fuimos.



CAPÍTULO 54

SEBASTIAN

Me dolió muchísimo verla marchar, sé que no quería hacerlo. Intentó hacerse la fría, pero sus ojos no mentían. Es demasiado expresiva como para engañarme.

Me sentí un gilipollas quedándome ahí plantado. Pensé en seguirla, te lo juro que lo pensé, pero creí que era mejor dejarla ir.

Debía ser ella la que me diera las señales para ir detrás. Si se estaba marchando era por algún motivo y yo debía respetarlo.

No me dio explicaciones, no me dijo nada, pero yo ya lo sabía.

Lo supe por cómo me había estado mirando cuando se lo conté. Lo supe por su lenguaje corporal, todavía sentía algo por mí.

Cabizbajo regresé a casa de Alex, donde me estaban esperando para que les contara cómo había ido.

Alex me dijo que Amor le había mandado un mensaje diciéndole que ya hablarían, que le iba a costar caro, pero que no estaba enfadada porque ella habría hecho lo mismo.

Así que al menos no debía sentirme culpable porque estuviera enfadada con su amiga.

—Bueno, tú ya se lo has explicado. Ahora ya la pelota está en su tejado. No le des más vueltas —me dijo Alex.

Asentí, cabizbajo. Me sentía como una mierda e impotente. No podía hacer nada más que esperar, pero... ¿esperar a qué?

Alex e Iván intentaron animarme como pudieron, pero no lo consiguieron. Decidí que debía tirar para adelante.

Me costó asimilarlo, pero fui tan imbécil que el poco tiempo que la vi, me dio fuerzas para seguir. La vi preciosa, pero en su mirada noté algo triste en lo que no me había percatado la última vez. ¿Quizá tuviera problemas con aquel gilipollas?

Esperaba que no la estuviera tratando mal, porque eso sí que me jodería. Aunque no estuviera en mi mano, se merecía ser feliz.

Al día siguiente regresé a Mallorca con un objetivo claro: irme de allí.

No podía seguir viviendo en un sitio donde todo me recordaba a ella.



CAPÍTULO 55

AMOR

No puede decirse que me enfadara con Alex, porque yo en su lugar habría hecho lo mismo, pero sí que me molestó que no me lo hubiera preguntado antes.

Se montó bien la jugada, pero ¿y si por lo que fuera hubiera ido con César?

No me gustaba la idea de que se vieran los dos de nuevo. Me habría sentido incómoda.

—Perdona, Amor. No había pensado en ello, la verdad. César nunca va a los centros comerciales y menos si has quedado conmigo, pero sí, tienes un poquito de razón en que te lo podía haber tanteado, sí —me dijo, bajando la mirada hacia su café.

Pocas veces nos habíamos enfadado, pero cuando lo hacíamos era por algo gordo.

En esta ocasión, por suerte no había pasado nada, pero podría haber sido mucho peor.

Se me quedó mirando, con aquella expresión tan suya, tan de querer decirme algo, pero no en voz alta, utilizando ese poder cómplice que teníamos para leernos la mente.

—Lo sé —le dije.

Con su mirada me recriminó el estar en una relación sabiendo que no iba a acabar bien, sabiendo que realmente yo sentía mucho por Sebastián y que en el fondo había sido culpa mía el alejarle, sabiendo que él seguía enamorado de mí y sabiendo que, si no hacía nada, acabaría amargándome y sintiéndome culpable por no haberle dado la oportunidad que se merecía.

Me dolía la cabeza, porque unos pensamientos parecidos me martillearon cuando César me dejó.

Quería una oportunidad para volver a estar juntos, no quería quedarme con las dudas de lo que hubiera pasado si hubiéramos seguido, y realmente creo que el haber vuelto me había servido para darme cuenta de algo muy importante: Él me quería y yo a él, nos queríamos muchísimo, pero no éramos compatibles.

En el día a día, él tenía unas aficiones, yo otras, que a veces se podían compaginar, pero otras no. Y que nuestra relación iba a ser siempre un tira y afloja, de ahora cedes tú y ahora cedo yo.

Sé que el amor no es color de rosas y que siempre va a haber ese tipo de “problemas”, si me permites llamarlo así, pero a la larga tantas diferencias nos acabarían minando.

Yo seguía estando segura de que él era el amor de mi vida, de que en otra vida fuimos felices

juntos, pero en esta nos tocaba vivirla por separado. Manteniendo en nuestra memoria los recuerdos buenos como si quedaran grabados en una película, nuestras risas, nuestros viajes, nuestros besos, el mejor sexo de mi vida y nuestras ilusiones truncadas por el desarrollo vital de cada uno.

Siempre iba a amarle, y lo sentía por el resto, pero nunca podría entregar a nadie mi corazón entero, porque una parte de él se la quedó César, así como yo tenía una parte del suyo.

Eso mismo fue lo que le expliqué a él cuando regresé tras mi charla con Alex.

Lo hablamos tranquilamente en nuestro salón, aquel en el que tantas veces habíamos hecho el amor últimamente, aquel con el que tantas veces había soñado, y ahora me veía a mí misma desde fuera, tomando una de las decisiones más difíciles de mi vida.

Se había intentado, y había funcionado, pero los pensamientos que me rondaban por la cabeza no podrían hacerle mucho bien a nuestra relación, y no quería estropear el recuerdo.

Me sorprendió su reacción.

Por lo que parecía él también lo llevaba tiempo pensando, se había dado cuenta de que a veces se sentía forzado a estar conmigo, pero no se atrevía a decírmelo, a pesar de que nos prometimos contarnos todo.

Lloramos abrazados durante gran parte de la noche y no pegué ojo, pero fue distinto a cuando él me dejó, porque aquella vez habíamos sido los dos, de mutuo acuerdo los que decidimos que preferíamos quedarnos con los momentos buenos antes de volver a mandarlo todo a la mierda.

Hicimos un trato. No dejaríamos de hablarnos, ni nos bloquearíamos, seguiríamos en contacto y quizá nos podríamos ver de vez en cuando porque, al fin y al cabo, él antes de ser mi pareja, había sido mi mejor amigo y ninguno de los dos quería perder eso.

En el momento en que pudiera doler, nos lo diríamos y tomaríamos medidas siempre desde el respeto y el cariño.

Le iba a echar de menos, pero había llegado el momento de cuidarme a mí, por propia voluntad. Necesitaba estar sola, necesitaba ordenar mi cabeza y mis pensamientos y lo que menos quería entonces era una relación.

Quería mimarme a mí y encontrar mi sitio en el mundo.

Había tomado aquella decisión y debía ser firme con ella.

Comenzaba una nueva etapa para mí.



CAPÍTULO 56

AMOR

Dos días después de haber tomado la decisión, me arrepentí enormemente. Me sentí gilipollas y me derrumbé. Me pasé el día llorando, pero fue diferente a la última vez.

Poco a poco me fui calmando, estaba más serena y tenía mucho más autocontrol, a pesar de ello me dieron unas ganas terribles de llamar a César y decirle que lo sentía mucho.

Los días fueron pasando y me sentía como un zombi. Actuaba en piloto automático: Me levantaba, iba a trabajar, comía lo justo y volvía a casa tan cansada que apenas tenía ganas para hacer nada que no fuera cenar y dormir, y así entré en un bucle.

Los fines de semana apenas salía porque Alex hacía planes con Iván y no quería meterme siempre entre ellos. Sí es cierto que me lo pasaba muy bien cuando salíamos y que eran ellos mismos los que me invitaban y proponían quedar, pero me resultaba inevitable el recordar cómo era en mi vida en pareja cuando los veía juntos y siempre acababa llorando.

Pasó la primavera y llegó el verano.

Alex y yo nos fuimos una semana de vacaciones a Cádiz, donde nos relajamos tomando el sol y bebiendo cócteles en la piscina del hotel.

Seguía sin saber nada de Sebastián, y con César estaba enfadada porque, a pesar de habernos prometido que hablaríamos, apenas me respondía a los mensajes y siempre tenía que escribirle yo, por lo que empecé a cansarme.

En una ocasión me asusté mucho, porque habían pasado dos meses sin saber nada de él, cuando de repente tuve una sensación muy fuerte de que le había ocurrido algo a su padre.

No te sabría explicar cómo fue, pero en aquel momento supe que algo le había pasado.

No le quise decir nada porque debía mantener un poquito de orgullo, siempre era yo la que le escribía, pero no me pude aguantar porque lo sentía muy intensamente y le escribí.

Agárrate si estás de pie, me respondió que justo el día de antes le habían operado y que había estado muy, muy mal. ¿Me puedes decir cómo narices pude yo saber eso?

Yo solo me lo explico con la conexión tan fuerte que tenemos...

Me gustó sentir aquello porque me corroboraba la intuición de que él era el amor de mi vida, pero no podíamos estar juntos.

Mi padre al principio se tomó muy mal que lo hubiéramos dejado otra vez, pero con el tiempo le expliqué lo que pasaba y lo comprendió. Aun así, todavía seguía preguntándome por él, y estaba segura de que de vez en cuando se veían.

Manda narices que tu propio padre tenga mejor relación con tu ex que contigo... Pues así es.

Un sábado que estaba tumbada en la cama mirando las redes me apareció una publicidad de “Da un cambio radical a tu vida, clic aquí”

¿Qué hice yo? Cliqué allí. A tomar por saco las cookies, los posibles virus... me dio igual, si en ese momento me hubieran escrito, sal y tírate de la ventana, lo habría hecho.

Estaba asqueadísima y actuaba movida por la inercia, como un robot.

En la página web se mostraban fotografías de gente sonriendo, muy felices, las que te daban ganas de decir: sí, sácame un riñón, pero yo quiero ser como ellos.

Sonrisas a dientes llenos y ojos brillantes.

El producto que ofrecían era un servicio de “guía” para el extranjero. Ellos te buscaban un trabajo y alojamiento, a cambio de una pequeña cuota mensual y de hacer de profesor para los nuevos que se animaran a la iniciativa.

El tiempo de estancia y el lugar lo podías elegir, y el trabajo que debías hacer, te lo asignaban en base a tu currículum.

Eché un vistazo a las opciones: Praga, Roma, París y Londres.

No sé por qué, pero enseguida me decanté por Londres.

Había estado tres veces y en cada ocasión descubría algo nuevo y veía la ciudad con otros ojos, por tanto entré en las ofertas que se exponían para la ciudad.

Había un formulario “sin compromiso” para darte a conocer y enviar tus datos para que pudieran proporcionarte más información, y sí, como puedes imaginar el “sin compromiso” se convirtió en compromiso.

Me llamaron casi al segundo después de haberle dado a enviar.

Me contaron un poco más en qué consistía y no me lo tuve que pensar mucho, acepté.

Podía elegir estar tres meses o un año. Como el tiempo pasa volando y, al fin y al cabo, nada me ataba ya a mi casa, me decanté por la opción de un año.

Debía pedir de nuevo una excedencia en el trabajo para poder tener la posibilidad de regresar al terminar la experiencia, y me dijeron que si “abandonaba” antes de tiempo, con abonar una pequeña cantidad de penalización era posible.

Vamos, que nada me obligaba a quedarme allí.

Me encantó la idea de poder cambiar de aires y de, como decía la publicidad, poder dar un cambio radical a mi vida.



CAPÍTULO 57

AMOR

6 MESES DESPUÉS...

—*Yes, for sure* —le contesté, por enésima vez a mi nuevo jefe.

Tal y como esperaba, el tiempo pasó volando.

Parecía que había sido ayer cuando hice clic en la página de la esperanza, y ya había pasado la mitad de la experiencia.

Al inicio fue bastante duro porque me costó adaptarme al ritmo de la ciudad.

He de decir que no estoy muy contenta del todo con la empresa que lo organizaba, porque una vez te daban el trabajo y el alojamiento, *ciao*. No se hacía nadie cargo de si tenías algún problema o no.

La casa en la que me alojaron se encontraba en un barrio alejado del centro, pero bien comunicado con autobús, a pesar de tardar dos horas, tenía que acostumbrarme.

En la casa vivía la casera con un perro y un niño de 6 años al que debía enseñarle español.

El perro me cayó bien enseguida, y parece que yo a él también, pero el niño ya era otra historia, era muy vergonzoso y me hacía difícil el interactuar con él.

Como en mi currículum era una experta en estar de cara al público, me colocaron como dependienta en una tienda de ropa muy cara.

Yo estaba acostumbrada a vender flores, no vestidos para pijas ricachonas, pero a todo se tiene que hacer una.

El trabajo no estaba mal, pero mi jefe era muy pesado. Quería siempre confirmación de todo y yo no solía tener que dar explicaciones a mis superiores sobre lo que hacía y lo que no, por lo que eso no me gustaba.

Digamos que al tener esos “problemillas” me ayudaba a olvidarme un poco del día a día, y a centrarme menos en mi vida personal.

Los primeros meses tuve tiempo para visitar un poco la ciudad, y de nuevo, no dejaba de sorprenderme.

Por casualidad, Yoli, la prima de una amiga de Alex estaba también el grupito organizado, por lo que tenía alguien de referente con quien poder salir de vez en cuando.

La chica tenía dieciocho años y había ido principalmente para estudiar inglés.

Me hace gracia el pensar en los motivos tan distintos por los que la gente se involucra en estas aventuras. Unos para mejorar idioma, otros para encontrar oportunidades laborales y otros como yo que huían de su rutina para poder encontrarse a ellos mismos.

Realmente, económicamente no me estaba suponiendo una mejora, sino más bien al contrario, pero el objetivo de salir de mi rutina lo había conseguido.

Había cambiado muchos de mis hábitos, pero seguía echando mucho de menos las costumbres españolas.

Eso de que lloviera día sí y día también sin apenas descanso era algo que no llevaba nada bien.

Los turistas cuando visitan Londres y les llueve, tienen la posibilidad de ver ese lado “melancólico” de la ciudad, que sí, está muy bien para un par de días, pero cuando no ves el sol en meses... deja de hacerte tanta gracia y te amarga un poco el carácter.

Me volví más fría, y a veces entendía a Alex en lo de evitar el contacto.

Salí con Yoli apenas un par de noches, ya que la diferencia de edad se notaba y no éramos muy compatibles.

Al vernos solas se nos acercaron bastantes chicos, muchos se pensaban que yo era inglesa, de hecho me mimetizaba muy bien en aquel entorno, lo cual me daba cierta ventaja para evitar los típicos “moscones que van en busca de turistas”.

A Yoli sin embargo, parecía encantarle el que le hicieran caso. Durante la segunda y última noche me quedé sola mientras ella se liaba con uno de los chicos que se habían acercado, me vi a mí misma sola en medio de la pista, sin ganas, sabiendo que estaba en un sitio que no me correspondía y rodeada de parejitas o gente que iba a ligar. Por eso no volvimos a salir.

Yoli me contó que un par de meses antes de irse de España lo había dejado con su novio.

Lo contaba con una tranquilidad envidiable y me dijo que después de él ya había estado con dos o tres.

Increíble... Te diría “bendita juventud”, pero no, porque yo también he sido joven y nunca he entendido cómo pueden pasar de uno a otro con tanta facilidad, solo de pensar cómo tenía yo la cabeza por lo que había pasado con Sebastián...

Me seguía sintiendo fatal, en las ansiadas noches de intimidad, tenía tiempo para darle vueltas a la cabeza, y no paraba.

Era un dilema constante, y entraba yo sola en un bucle del que no conseguía salir.

Mi corazón me decía una cosa y mi sentido común otra.

Seguía amando a César, le amaba, estaba segura, pero era incapaz de sacarme a Sebastián de la cabeza. ¿Por qué?

¿Y si no amaba tanto a César como yo pensaba? ¿Me había portado mal con él por haberme liado con Sebastián un año después de dejarlo? ¿La había cagado con Sebastián, siendo que él parecía tener unos sentimientos muy fuertes por mí?

Y así, toda la noche. Me sentía una sinvergüenza, y Alex no dejaba de decirme que dejara de martirizarme, que no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirme y debía estar en paz conmigo misma.

¿Por qué no conseguía salir de ahí entonces?

Me llegué a plantear el conocer a alguien nuevo, pero no tenía ganas.

Yoli me creó un perfil en una nueva aplicación para ligar y salí un par de veces con un chico que, al menos parecía ser capaz de mirarme a los ojos y no a las tetas como hacía la mayoría.

El chico parecía majó, pero no me llenaba...

No quería ninguna relación, quería aprender a estar conmigo misma, sola.

Era el momento de encontrarme y conocerme, y ordenar mis ideas para en un futuro poder ser feliz con otra persona.

Me dio un poco de pena el decirle que no quería nada, y lo sentía por haberle hecho perder el tiempo, pero el chico lo entendió y adivina qué, se convirtió en uno de mis mejores amigos aún a día de hoy, que ya te adelanto que encontró el amor y me alegré muchísimo por él y por Jasmine, su mujer. Jeje, te hago spoiler.

Aquella tarde regresé a casa de la tienda, literalmente arrastrando los pies.

Estaba moral y físicamente agotada. Por suerte estaba sola en el piso, bueno sola con el perro, pero al menos él no me exigía buenas caras.

Me empezó a dar hambre y no sé por qué, pero se me antojó carrot cake.

Me costó decidirme a salir porque estaba lloviendo a mares, pero cuando vives en un lugar que siempre lo hace, al final debes comprender que o sales o mueres encerrado.

Me miré al espejo, parecía una gitana.

¿Sabes de esas veces en las que no te apetece nada arreglarte, que te la pela tu aspecto físico y que dices, bah, total no me voy a encontrar a nadie? Pues en ese estado me encontraba.

Me hice una coleta alta, me puse una sudadera sin sujetador y un par de vaqueros y me dirigí al supermercado más cercano, que estaba a tan apenas cuarenta minutos (nótese la ironía), esperando no encontrarme a nadie... ¿Qué pasó?

Correcto, parece que me vas conociendo, tras más de 50000 palabras.

En las escaleras me encontré con mi jefe, al cual tuve que detenerme a saludar, por educación, claro. Pero no pasé por alto el hecho que no dejaba de mirarme los dientes, quizá se me hubiera quedado algo de lechuga o algo así.

Dentro, en la sección de quesos me encontré con la directora de la empresa de la experiencia, con la que tuve la primera entrevista desde España.

Y para finalizar mi tarde de encuentros casuales que preferiría haber evitado, cuando estaba saliendo, creyéndome a salvo de ver a nadie más... tuve el peor encuentro de todos, con alguien a quien jamás me habría imaginado encontrar y menos en aquellas circunstancias. A alguien a quien sentí antes de ver....

César.

—Me cago en la puta, no puede ser —murmuré, intentando esconderme dentro de la sudadera.

—¿Amor?! —me gritó en el otro lado de las escaleras mecánicas.

Él subía y yo bajaba.

Intenté hacerme la loca, no quería que me viera así... Joder... joder...

—¿Amor! Sí, eres tú —gritó.

No me quedó más remedio, tuve que girarme, hacerme la sorprendida y saludar.

—¿Anda! ¡Hola!

—Espera que bajo y te saludo bien —me gritó ya casi desde arriba.

Iba solo, estaba guapo el cabrón y no entendía qué hacía allí...

Bajó corriendo y dejó las bolsas de la compra en el suelo, porque con lo que me estaban temblando las piernas por el encuentro, temí que se me cayeran las botellas de vino que había comprado para ahogar mis penas.

Sí... me aficioné a beber vino por las noches... bebía y me consolaba con el satisfacer que me regaló Alex, imagen típica de solterona amargada. Sólo me faltaba el helado y las telenovelas... En fin.

Me dio dos besos que me sentaron como una patada en... lo que no tengo.

¿Pero por qué...?

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, algo más brusca de lo que quería.

—Pues, no te lo vas a creer, pero hablé con tu madre, me dijo que estabas aquí, que te estaba encantando la ciudad y aprovechando que tenía una conferencia la semana que viene, decidí venir un par de días antes para visitar la ciudad.

Él no había estado en Londres. Las veces que había ido fueron antes de conocerle, pero siempre me había dicho que le habría encantado visitar la ciudad.

—Ah, muy bien —respondí, con sorna. No me hacía gracia que hablara con mi madre tan alegremente.

—¿Te apetece que vayamos a tomar un café?

DILEMA. ¿Qué le podía decir?

¿No, tengo ganas de hacer mi carrot cake, emborracharme con el vino más barato que hay y que aun así me cuesta un 15% de mi sueldo, y llorar toda la noche pensando en mi vida de mierda? O decirle que sí...

Pues le dije que sí.

Y para mi sorpresa fue mucho mejor de lo que esperaba.

Su hotel estaba cerca del supermercado y fuimos hasta allí porque me dijo que había una cafetería muy buena.

Hablamos, nos pusimos al día. Me dijo que no me escribía porque tenía miedo a agobiarme o hacerme sentir mal.

Me dijo que su vida había dado un cambio, que me echaba mucho de menos, pero que él también había comprendido que no podíamos estar juntos en pareja.

Si te digo la verdad, a una parte de mí le escoció aquel comentario, sobre todo porque parecía muy sincero.

Me dijo que su padre estaba mejor, que les había dado un susto de muerte, pero por suerte había ido todo bien.

No mencionamos en ningún momento la relación ni entramos en cómo nos encontrábamos respecto a ello, si estábamos con alguien o no.

Fue bien, me alegré de verle, la verdad.

A la hora de despedirnos, evité darle los dos besos, preferí darle un abrazo y él me correspondió.

Era un poco tarde, pero preferimos no cenar juntos, por lo que regresé a mi apartamento con el perrete donde hice mi ansiada carrot cake mientras veía una película de El diario de Bridget Jones, así era cómo sentía que estaba yendo mi vida últimamente, como en esa película.



CAPÍTULO 58

AMOR

9 MESES DESPUÉS...

Sí, lo sé. En estas últimas partes estoy yendo un poco deprisa, pero porque tampoco quiero entretenerme mucho en los detalles de mi experiencia. Los últimos seis meses fueron bastante más monótonos.

Digamos que me acostumbré tanto a la vida de allí como la que estaba llevando en España.

Entonces comprendí que el problema no era el lugar, el problema estaba dentro de mí. Hasta que no cambiara aquello que me estaba martirizando no podría avanzar.

Entonces se me ocurrió algo, quizá era buena idea regresar al lugar dónde empezó todo. Quería cerrar el ciclo, y decidí buscar un vuelo para Mallorca.

Por suerte o casualidad, el apartamento que reservé hacía justo un año estaba disponible, por lo que contacté con el propietario, que se acordaba perfectamente de mí; sí, donde voy suelo dejar marca, para bien o para mal, y me lo alquiló incluso haciéndome una pequeña rebaja.

Dos días después me encontraba en el aeropuerto de Son Sant Joan, donde parecía que era ayer cuando había llegado en mi primer viaje.

Miré alrededor, qué diferente me sentía en aquel momento.

Recordé que la primera vez me pegué todo el viaje llorando, tenía los ojos rojos y apenas podía ver los carteles.

Tras mi estancia en Londres, a pesar de no haber ganado dinero, me volví un poco comodona, por lo que busqué en la aplicación un Uber para que me llevara al apartamento.

No me apetecía pegarme tanto rato en el autobús como la última vez.

Me sentía más madura, no lloré, estaba como muy segura de mí misma. En mi cabeza sonaba la canción de Rocky, estaba dispuesta a enfrentarme a lo que hiciera falta.

Al regresar a España después de mi año en Inglaterra me costaba mucho estar en casa de mis padres, eso también me impulsó a volver a hacer el viaje, y en esa ocasión no tenía billete de vuelta, porque no sabía cuándo querría volver.

Está claro de quién me acordé al abrir la puerta del apartamento, ¿no?

La última vez que había estado allí, nos habíamos despedido haciendo el amor en todos y cada uno de los rincones de aquel piso.

No me arrepentí de haber escogido el mismo lugar, estaba preparada para afrontar todos aquellos recuerdos. Para eso había vuelto a Mallorca, para cerrar aquel ciclo, y qué mejor manera que con una terapia de choque.

Llamé a Alex y estuvimos charlando, recordando cuando vino a verme. Los sentimientos empezaron a aflorar.

Cuando colgué me miré al espejo y el reflejo me devolvió el rostro de una mujer que había sufrido mucho, pero valiente, con ganas de vivir, con ganas de aprender y con ganas de comerse el mundo.

La “aventura”, permíteme llamarlo así, con Sebastián me había cambiado la vida. Había sido poco tiempo, pero había llegado en el momento oportuno para desbaratarme la cabeza. Antes de él sólo existía César, tenía muy claro lo que quería, mis objetivos eran mucho más planos, y cuando volvimos juntos pensé que sería suficiente, pero no lo fue.

Me di cuenta de que llevaba encerrada en mí misma mucho tiempo, me había anulado al intentar complacer a una persona que me limitaba, indirectamente y sin maldad, por supuesto, pero me estaba coartando, y no me di cuenta hasta mucho después.

Le amaba, como siempre he dicho y diré, lo sé me repito, lo siento, pero por su manera de ser, que ya no creo que cambiara, comprendí que no seríamos plenamente felices nunca, porque yo estaba en constante búsqueda de algo que él no podía darme y él se agobiaba con toda mi intensidad. Necesitaba a alguien más parecido a él, más plano.

Me costó horrores darme cuenta de esto que te estoy diciendo, y solo lo conseguí a base de hostias, de noches sin dormir, de gastar toneladas de pañuelos... Pero finalmente ahí estaba, orgullosa de mí misma, mirándome al espejo con ganas de cerrar aquel bucle para poder seguir creciendo.

Pensaba cada día en Sebastián y muchas veces tenía ganas de escribirle para preguntarle cómo estaba.

La verdad es que fui bastante imbécil por no hacerlo, y fue algo que no me perdonaré nunca, porque le traté realmente mal.

No esperaba encontrarle, no había ido a buscarle porque en aquella ocasión sí necesitaba estar plenamente sola, además llevaba más de un año sin saber nada de él y sería demasiada casualidad...



CAPÍTULO 59

SEBASTIÁN

Un año, justo esa semana se cumplía un año en que empezó mi “declive”. Cuando regresé de Salamanca con el objetivo de irme de Mallorca, lo cumplí.

Apenas una semana después dejé el que había sido mi hogar durante los últimos años, me despedí del trabajo y emprendí una nueva aventura en... ¿dónde crees que fui?

Salamanca.

Sí, quizá hayas pensado ¿eh? ¿Pero este chico es tonto? Se va de Mallorca porque todo le recuerda a ella y se muda a la misma ciudad de dónde es. Sí. A veces el comportamiento humano es incomprensible, pero como buen Cáncer actuó mucho por mis emociones y sentimientos, y había algo que me decía que tenía que ir allí.

No volví a saber de ella, directamente... lo confieso. Alex e Iván me dijeron que se había ido a Londres. Se quedaron muy sorprendidos cuando les dije que me mudaba allí. No entendían por qué, pero se alegraron por mí.

Fue gracias a ellos por lo que conseguí tener un nuevo grupo de amigos, para integrarme y hacerme mucho más fácil y ameno el paso de los días sin ella.

No querían meterse en medio de nosotros, por lo que llegamos a un acuerdo de que yo no debería preguntarles nada sobre Amor, y ellos no le dirían nada de mí.

Me pareció correcto, porque al fin y al cabo eran amigos de los dos y no debían posicionarse en ninguna parte.

También fue casualidad que nuestros dos mejores amigos, aquellos que parecía que morirán solos rodeados de ligues de Tinder, se enamoraran, llegando incluso a formalizar su relación mediante la unión de pareja de hecho.

Lo hicieron todo en secreto, no querían celebraciones ni grandes eventos.

Iván cambió el trabajo y se estableció allí, por lo que ya no viajaba tanto. Únicamente a las obras de la zona que debía controlar.

Mis días eran bastante monótonos. Como no tenía un oficio claro, y en Salamanca la afluencia turística era diferente a la que había en Mallorca, tuve que adaptarme y me contrataron como camarero en uno de los bares de la Plaza Mayor donde por las noches se reunían muchos

estudiantes universitarios. Estaba cubriendo bajas y me llamaban para casos puntuales, pero me llegaba para pagar el alquiler y sobrevivir en la ciudad.

Realmente en el ámbito laboral no aspiraba a mucho más, por lo que estaba cómodo.

Cuando libraba aproveché para visitar la zona. Hacía viajes solo, porque fue una manera de mejorar la relación conmigo mismo, que me hacía mucha falta.

Descubrí un club de astrología y astronomía y me uní.

Allí pude aprender más del campo que me apasionaba y disfrutar de las estrellas como siempre había soñado.

Pensaba cada día en Amor, me preguntaba cómo estaría. Supe por Alex que ya no seguía con el tío ese, y no te puedo negar que en el fondo me alegré un poco. Un gilipollas como él no se merecía a una tía como ella.

La echaba de menos. Creo que nuestro inicio de relación fue turbulento y se truncó en el mejor momento.

Lo cierto es que las sensaciones que sentí con ella, y que el tiempo mantenía en mí, era algo que jamás creía que me pudiera ocurrir. No podía explicar cómo se me iluminaba la cara cada vez que recordaba los momentos que estuvimos juntos.

Sí, quizá suene exagerado, ¿cómo pude llegar a sentir tanto en tan poco tiempo?

Quizá porque a veces no es la persona, sino el momento, no lo sé. Sólo tengo claro que no me la quitaba de la cabeza.

No dejaba de darle vueltas a todo esto mientras paseaba de buena madrugada por las preciosas playas de Mallorca.

Había vuelto, me apetecía pasar unos días allí, quizá para martirizarme por lo que ocurrió. Regresar en mi mente a aquel momento en el que pude disfrutar de esa sensación de ilusión, de felicidad...

Al pasar a la altura del que fue su apartamento los recuerdos pasaron por mi mente en forma de imágenes de nosotros, como si fuera una película.

Llevaba los auriculares puestos, aunque por lo general prefería caminar disfrutando del sonido del mar, pero me apetecía escuchar música.

Sonaba On my Mind, de Linnic.

Just got you on my mind

I'm thinking about you every single time

Just gotta hold on tight (gotta hold on tight)

I forget about my feelings I just left behind

Y cuánta razón tenía.

Pienso en ti cada momento...

Pues sí, pensaba en ella con cualquier cosa que veía. Incluido en aquel momento al pasar por aquella playa donde la encontré por primera vez.

No había nadie y me quedé mirando en el hueco exacto, con la mirada perdida...

Seguí mi paseo, sacudiendo la cabeza para volver a la realidad.

La orilla tenía varios kilómetros, pero debía regresar al punto de partida donde había dejado el coche, por lo que cuando llegué al final regresé al principio.

Se notaba que empezaba a haber más gente. Las sombrillas en la orilla estaban creciendo como si fueran setas.

Al pasar de nuevo por la zona de su apartamento volví a fijarme y entonces casi se me cae el móvil de las manos.

Parecía que aquello solo ocurría en las películas y no pude evitar sentirme parte de una de

ellas.

Allí estaba, ella, Amor. En el mismo sitio donde la vi por primera vez, a las ocho de la mañana, hora bastante extraña para ella por otra parte, tumbada, con el sombrero encima de la cara.

La reconocí enseguida, era inconfundible.

Esta vez llevaba un bañador, no un bikini, quizá porque había pillado miedo a que se le volara la parte de arriba.

Me quedé inmóvil. No sabía qué hacer.

¿Qué diablos hacía ella allí? ¿No se suponía que estaba en Londres?

Dudé, muchísimo. Ella no me había visto, por lo que podía haber pasado de largo, haber hecho como que nada y seguir con mi vida, pero en unas décimas de segundo mi cerebro decidió que no, que era mejor acercarse y hablarle.

La vida está llena de decisiones y a veces nos preguntamos qué habría pasado si en lugar de haber tomado ese camino hubiéramos tomado el otro.

Nadie lo sabe...

Me acerqué a ella, esta vez no tenía ninguna excusa para hacerlo, porque he de confesar que la primera vez me sentí atraído por ella como un imán y por eso le devolví el sujetador, si no, lo habría dejado allí hasta que otro se lo hubiera dado o ella misma se diera cuenta.

Me sentía gilipollas... entonces cogí una concha de la orilla y me acerqué a ella.

Me aclaré la garganta y con más nervios que un adolescente en su primer día de clase, me agaché, interponiéndome entre el sol y ella.

—Hola, perdona —le dije.

Ella se levantó en un impulso tan fuerte que creí que me iba a pegar.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz y me enfocó su expresión cambió, de mala leche a alegría, dedicándome una gran y sincera sonrisa.

No sabría decirte más....

En aquel preciso instante, nuestros corazones se sincronizaron y empezaron a latir al unísono.

¿Había sido Amor o había sido casualidad?



CAPÍTULO 60

AMOR

MUCHOS AÑOS DESPUÉS...

—¡Jolin, abuela! ¡Menuda historia! —me dice con emoción mi pequeña Elisa.

Una lágrima se me escapa al terminar de contarle a mi nieta mi larga historia.

Se había empeñado en que le contara cómo había conocido a su abuelo, porque le habían mandado un trabajo de la universidad.

Estaba estudiando periodismo, era una chica lista y la verdad es que me recordaba mucho a mí, ya no solo físicamente, que parecía guiri igual que yo, a pesar de haber nacido en Vigo y ser gallega de pura cepa. También en la forma de ser, era algo rebelde para su época, con una personalidad muy fuerte y muy marcada, era muy suya.

—Ya ves, hija...

No me dio vergüenza contarle los detalles más íntimos. Era lo que se suele decir una “abuela moderna” y para qué ocultar el sexo como si fuera un tabú, siendo que todos lo hacemos o lo queremos hacer.

—¿Ya estás con tus historias? —pregunta un envejecido, pero siempre muy sexy Sebastián.

Se acerca a mí y me besa. Teníamos ya setenta años, pero manteníamos nuestra pasión como el primer día.

Puedo decir bien orgullosa que seguíamos haciendo el amor cada semana, sí bueno, atrás quedaron los tiempos de follar cada día, pero seguíamos manteniendo nuestra lujuria y estaba muy orgullosa de que él diera la talla.

Suelto una carcajada sincera.

—Sí, cariño. Le estaba contando a nuestra chiquitina nuestra historia.

—*Bufff*, entonces habéis hablado mucho rato —dice, sonriendo.

—Bueno, lo necesario.

—Pues se me ha hecho corto, ¡quiero saber más cosas! —protesta Elisa.

—Bueno, os dejo solas, voy a cuidar el huerto —dice, volviéndome a dar un beso en los labios.

Cuando se marcha, Elisa me mira con los ojos llorosos.

—Abuela... y ¿qué pasó con César?

—Ay cariño... me alegra que me hagas esa pregunta... Nunca le olvidé, nunca.... Sigo manteniendo que él fue el amor de mi vida, como ya te he dicho, pero fue el vivo ejemplo de que el amor no es suficiente para poder estar en pareja y formar una familia.

Seguimos en contacto durante muchos años, tu abuelo aprendió a aceptar que él era una persona muy importante para mí.

Si te debo decir la verdad creo que en algún momento César se dio cuenta de lo que “había perdido” pero nunca me lo llegó a decir.

Se casó con una chica del pueblo. Me alegré por él. No tuvieron hijos porque eso era algo que él tenía muy claro y con lo que también chocábamos.

Seguíamos en contacto, manteniendo una relación de amistad pura y sana que tanto nos había costado alcanzar.

Lamentablemente él enfermó y murió cuando tú tenías dos años. Lo pasé muy mal... y ¿sabes qué, cariño? Lo sentí... Antes de que su mujer me llamara para decírmelo, ya sabía que él ya se había ido. Era la conexión tan fuerte que tuvimos hasta el final —se me escapa una lágrima al recordarle. — Todo esto no quiere decir que no ame con locura a tu abuelo. En absoluto. Desde aquel momento en que nos reencontramos en el mismo sitio donde nos habíamos visto por primera vez empezamos una relación profunda y sincera. Tras mi periodo de aprendizaje estando sola, conseguí comprender que una relación debe basarse, entre otras cosas en la confianza, en ser capaz de decirle al otro lo que nos gusta y lo que no sin miedo a que se enfade o a que le sienta mal. Debemos ser nosotros mismos y disfrutar de la simple presencia de la otra persona. Eso lo conseguimos tu abuelo y yo, igual que lo hicieron la tía Alex y el tío Iván. Ellos también tienen su propia historia, y fueron el ejemplo de que “nadie ha nacido para estar solo por mucho que se engañe a sí mismo”

—Qué bonito, abuela. Me alegro muchísimo de que me hayas contado esta historia. Se van a quedar flipados en la uni cuando entregue el trabajo.

Se acerca a mí y me abraza con fuerza.

No puedo evitar que me caigan las lagrimillas de emoción por ver parte de la familia tan preciosa que habíamos creado Sebastián y yo.

Lo que empezó por casualidad y se acabó convirtiendo en amor.

—Amor —me dice Sebastián con mirada felina.

A pesar de los años seguía manteniendo un sex-appeal muy fuerte y cada vez que me miraba así era incapaz de contenerme.

—Ven aquí, anda —le digo, acercándole hacia mí.

Me besa con pasión, como sólo él sabía.

El sexo cuando se es “mayor” cambia, ya no se tiene tanta energía como de joven, pero no por ello deja de disfrutarse. Yo seguía haciendo las mismas cosas que cuando teníamos treinta y cinco años. Me seguía corriendo cuando él me tocaba y seguía disfrutando de lo que hacíamos.

Creo que éramos el vivo ejemplo de una pareja que disfruta y se disfruta a pesar del paso del tiempo. Lo cual me hacía sentir muy orgullosa de mí y de él.

Cuando se derrumbó sobre mí tras haberse vaciado en mi interior, le besé, como siempre hacía.

—Gracias, te quiero —le dije.

—Te quiero, Amor.... O casualidad —me dijo con una amplia sonrisa.

¿FIN?



NOTA DE LA AUTORA

¡Hola! Muchísimas gracias por haber llegado hasta aquí.

Estoy muy emocionada de estar escribiendo estas líneas, que son como el “cierre final” del libro.

Me ha costado mucho escribir esta historia porque he salido de mi zona de confort y me he lanzado de lleno en un género del que ya tiene a varias reinas en el mercado español como Megan Maxwell y Elísabet Benavent, dos estrellas que me han inspirado con sus novelas.

Espero que te haya gustado y el poder haber dado un toque nuevo y renovado con esta novela erótica, en la que principalmente he querido transmitir que el amor a veces es incomprensible, porque nos ocurren ciertos eventos que no somos capaces de explicar.

A lo largo de nuestra vida podemos tener varios amores, o quizá nunca llegar a experimentar este sentimiento de manera plena, pero lo que sí es cierto es que cada relación es un mundo.

Lo que le ocurre a la protagonista, en la que su propio nombre lleva intrínseca la palabra, no tiene muy claro cómo amar.

Se encuentra ante un dilema entre lo que le dice su cabeza y lo que le dice su corazón.

Estoy segura de que alguien que haya leído este libro se ha podido llegar a sentir identificado con ese sentimiento de duda e incertidumbre.

Finalmente, lo más importante que he querido reflejar es que hasta que ella no se encuentra bien consigo misma, es incapaz de conseguir una relación sana con Sebastian, en este caso.

Por ello, y aunque suene tópico, para poder amar bien primero debes amarte a ti mismo.

Una de las maneras en las que la gente consigue esa conexión personal es viajando, y quizá repitiendo una serie de patrones para “cerrar ciclos”. Por eso Amor regresa a Mallorca, pero sin saber si realmente fue el amor o fue una casualidad, se encuentra con Sebastián, y juntos pueden formar la familia que ella tanto había deseado.

Espero de corazón que te haya gustado, que hayas pasado un buen rato leyendo estas líneas. Si es así te agradecería que se lo dijeras a tus amig@s y compartieras con ell@s mi obra.

Además, tus reseñas positivas en redes son muy importantes para crecer y poder llegar a más gente.

¡Millones de gracias!

Nos vemos en la próxima

Amanda Fowels



AGRADECIMIENTOS

Es de bien nacido, ser agradecido, decía mi abuela.

Benditas abuelas, ¿verdad? Por eso y como el cierre final del libro se completa con la voz adulta de la protagonista que le cuenta la historia a su nieta, quiero dedicar esta novela a todas las abuelas, las nuestras y a las que quizá seremos algún día.

Y en especial a Fina, por haber sido mi segunda abuela no de sangre cuando me quedé sin las mías. Porque las casualidades de la vida hicieron que ella y yo nacióramos el mismo día con 50 años de diferencia.

Por supuestísimo, además de a ella, este libro va a dedicado a su nieta y mi gran y fiel amiga, Ainhoa, por estar siempre ahí aguantando mis quejas, que son muchas, y por ayudarme tantísimo a levantarme en momentos difíciles, por nuestras escapadas y nuestras locuras, por estar ahí a cualquier hora del día, excepto cuando duerme. Por esas noches de pizza y sushi casero, y sobre todo vino blanco, eso que no falte.

Por su sinceridad directa; no tiene piedad, si algo es así, te lo dice y punto, y a veces ese tipo de hostias van bien para espabilarnos.

Gracias, amiga, por tanto, por toda una vida juntas y por poder contar muchas historias a nuestros nietos. Te quiero, pequeña.

No puedo dejar sin mencionar a Iru, millones gracias por nuestros momentos escatológicos que nadie entiende. :P

Gracias por supuesto a Andrea, mi profe preferida que corrige errores que soy incapaz de detectar por muchas veces que lo lea :)

Millones de gracias a Aitana, por tu comprensión siempre y por ser capaz de entenderme solo con mirarme.

Y además, gracias a Gin, por tus consejos aunque a veces duelan :)

Para ellas y para todas mis amigas, a las de siempre y a las de toda la vida.

Gracias a Dani, por ser mi fan número uno, lector cero súper experto, y casi podría decirse: mi agente literario. GRACIAS, bonito.

Y, sobre todo, muchísimas gracias a ti por haber llegado hasta aquí aguantando mis sermones. Gracias porque con tu lectura le has dado vida a este libro, contribuyendo a seguir creciendo y mejorando en lo que empezó siendo un hobby y se convirtió en una necesidad: escribir.

¡GRACIAS A TOD@S!
Un abrazo enorme.



SINOPSIS

¿Por qué será que a algunas personas cuando nos encontramos mal nos da por viajar?

Me había dejado mi ex y me sentía como una (caquita sonriente), así que puse rumbo a Mallorca con el objetivo de encontrarme a mí misma, pero sin esperarlo, aunque suene a tópico, cambió mi vida por completo.

No puedo contarte nada más de momento, *sorry*, pero si quieres pasar un ratito entretenido, reírte y quizá compartir conmigo tus penas amorosas, quédate y dale una oportunidad a mi historia, y si no sigue buscando tu próxima lectura en la estantería.

Gracias por interesarte en la primera novela romántico-erótica de la autora, narrada por mí con un toque ácido, fresco y con pelos y señales de mi vida sexual. ¡Aquí no hay vergüenza!

Una historia en la que no queda muy claro si fue Amor o casualidad.

¿Te animas?

Contenido

PRÓLOGO	
CAPÍTULO 1	AMOR
CAPÍTULO 2	SEBASTIAN
CAPÍTULO 3	AMOR
CAPÍTULO 4	SEBASTIAN
CAPÍTULO 5	AMOR
CAPÍTULO 6	AMOR
CAPÍTULO 7	AMOR
CAPÍTULO 8	SEBASTIAN
CAPÍTULO 9	amor
CAPÍTULO 10	AMOR
CAPÍTULO 11	SEBASTIAN
CAPÍTULO 12	AMOR
CAPÍTULO 13	AMOR
CAPÍTULO 14	SEBASTIÁN
CAPÍTULO 15	AMOR
CAPÍTULO 16	AMOR
CAPÍTULO 17	SEBASTIÁN
CAPÍTULO 18	AMOR
CAPÍTULO 19	AMOR
CAPÍTULO 20	SEBASTIAN
CAPÍTULO 21	AMOR
CAPÍTULO 22	SEBASTIAN
CAPÍTULO 23	AMOR
CAPÍTULO 24	AMOR
CAPÍTULO 25	

[AMOR](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 50](#)
[SEBASTIAN](#)
[CAPÍTULO 51](#)
[AMOR](#)
[CAPÍTULO 52](#)

SEBASTIAN

CAPÍTULO 53

AMOR

CAPÍTULO 54

SEBASTIAN

CAPÍTULO 55

AMOR

CAPÍTULO 56

AMOR

CAPÍTULO 57

AMOR

CAPÍTULO 58

AMOR

CAPÍTULO 59

SEBASTIÁN

CAPÍTULO 60

AMOR

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS